

El balcón de las trinitarias

Olga Cortez Barberá



EDITORES



El balcón de las trinitarias

Olga Cortez Barbera

Olga Cortez Barbera
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798293117925
Depósito Legal: ZU2025000183

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Añorar el pasado es correr tras el viento
Anónimo

Rápidamente, se vio envuelta en una secuencia de espirales in crescendo.

Se arrepintió cuando ya no era posible volver atrás.

Antes de que perdiera, totalmente, la conciencia se preguntó:

¿Voy directo a los calderos del infierno?

I

Abrió los ojos y, por un instante, reinó el desconcierto. Fue abordada por una vaga sensación de pesadilla. Trató de levantarse; parecía que su cabeza giraba como un trompo. Todo era difuso, por lo que se centró en descifrar el entorno. El olor a antisépticos y la voz de la enfermera le hicieron caer en cuenta de que estaba en la habitación de la clínica. Como la niebla que se aparta para mostrar la curva del horizonte, las sombras de la confusión abrieron paso a la línea de los acontecimientos de aquella mañana. A través de la ventana, observó los rayos del sol filtrarse por las ramas del frondoso árbol. El día veraniego se le antojaba oscuro y glacial. Sin embargo, los destellos sobre las hojas la transportaron a la época cálida de la niñez.

Los alones del pasado la llevaron al corral de las gallinas, donde abuela Carmen escogía los huevos más grandes y rosados. Con ellos preparaba sus exquisitos desayunos, aromatizados con el café recién molido. En el patio, mientras el astro rey se afanaba por forjar su amplia presencia en el mundo circundante, ella disfrutaba de sus vacaciones escolares en casa de los abuelos, bajo la sombra del Pan de palo, el gorjeo de las palomas y la fragancia de los limoneros. Luego de tomar algunos limones, iba a la cocina. Abuela y nieta se sumergían en la magia del arte culinario. La canela, la miel y la vainilla, a la hora de preparar los postres, conspiraban para esquivar cualquier desfase generacional. La abuela, como por encanto, se convertía en otra niña.

Ahora, se veía con su madre camino a la escuela, custodiadas por los legendarios samanes del barrio; entre tanto, los pájaros trinaban bajo las níveas nubes. Ambas conversaban como dos buenas amigas. ¡Cuánto le atraía escucharla! Le hablaba sobre la vida, sobre tópicos que, en ocasiones, escapaban a su comprensión. La mamá, al verle el desconcierto en el rostro, sonreía y le aseguraba: *Hija, pronto entenderás, completamente, lo que te estoy diciendo*. Luego, les daba por reír de cualquier cosa, hasta de ellas mismas, o se contaban sus veniales secretos. Virginia creyó que aquella complicidad perduraría por siempre.

En el curso acompasado entre la niñez y la adolescencia, la madre y la abuela, con la razón más allá de los convencionalismos de sus respectivas épocas, mantuvieron la mentalidad abierta para escuchar las inquietudes de aquella niña que crecía en medio de una realidad ajena a la de los pasados tiempos. Ellas supieron proporcionarle la confianza que jamás pudo encontrar en su papá. La joven suspiró. Hubiera querido tenerlas allí para contarles lo que, en esos momentos, le estaba lacerando el alma. Sentir el bálsamo de sus manos u oír el consuelo de sus sabias palabras. Eso ya no era posible, lo que le llevaba a dudar sobre sus deseos de seguir viviendo.

En la fría habitación y sin los efectos de la anestesia, tomó tiempo para meditar sobre el recorrido de las últimas horas. Presa del insomnio, la oscuridad se transformó en el fuste que hostigó sus tortuosos pensamientos. Terminó por levantarse antes del amanecer. Gastó mucho tiempo debajo de la ducha, en un intento infructuoso por retrasar la cita con la providencia. Vestida para salir, se sentó en la sala de

su casa a esperar las pinceladas de la aurora. No obstante, su deseo era el de regresar a la cama y buscar protección debajo de las sábanas, como lo hacía en la infancia, cuando trataba de ocultarse de los monstruos nocturnos. Ya no era una niña.

Esperó a escuchar los sonidos de la rutina del barrio. Sin probar el desayuno, salió de casa. La envolvieron la brisa fresca y el cielo limpio. En el jardín, su papá, en tanto saludaba a los vecinos, sorbía la primera taza de café de la jornada. Con la prisa pisándole los talones, los habitantes de la cuadra abandonaban sus hogares para ir al mercado, a sus puestos de trabajo o a sus centros de estudios. Los niños bulliciosos, dentro de los uniformes planchados y con los bultos escolares en mano, esperaban el timbre de la escuela para entrar a clases. A su paso, ella apenas percibía la vida en pleno movimiento; al vendedor de periódicos, las bodegas abiertas y las frutas al aire libre, en complicidad con las bocinas de los carros y de los autobuses escolares.

No podía recordar cuales fueron las calles que atravesó hasta llegar a la clínica. A la entrada, se detuvo. La paralizaba el pánico, tanto para entrar como para regresar. Hubiera querido morir o, al menos, pensarlo un poco más... Frente al alto riesgo, el doctor le había recomendado no esperar. Miró atrás buscando, en el último minuto, una señal que le hiciera desistir. Al no encontrarla, determinó que era inevitable seguir adelante. Con el alma al borde del abismo, cruzó el umbral. Era la renuncia a todo lo que había sido su existencia, a la esperanza, a ella misma. Luego, se perdió entre las indicaciones de la enfermera, la camilla, el témpano en su interior, el letargo...

II

Virginia Santamaría interrumpió la secuencia de sus pensamientos y miró la hora. Faltaba mucho para aterrizar. Por la ventanilla contempló la alfombra de nubes iluminadas por la luna. Era bueno que intentara dormir; así calmaría las emociones durante el largo viaje que, apenas, comenzaba. Como en los últimos tiempos, adueñarse del sueño no le era sencillo. Antes de ceder de nuevo al influjo de los recuerdos, revisó la lista, mentalmente: las recomendaciones al abogado, el poder notariado para vender las propiedades, el pago por el mantenimiento del sepulcro, el equipaje con lo necesario. Todo en orden para, después de casi cuarenta años, volver a casa.

Regresaba consciente de que no hallaría lo que abandonó cuando decidió irse a un país lejos de sus afectos. Algunos ya no existían. Los calurosos reencontros quedaban descartados. Llegaba a una realidad llena de ausencias. Sin embargo, prefirió volver y despedirse de unas tierras que nunca pudo sentir como suyas. Dejaba atrás una comunidad solidaria y cordial; familiares y buenas amistades que hicieron lo posible por hacer más soportable su existencia. Al final, frente a la fatalidad y con el paso de las semanas, terminó por entender que esas personas no eran suficientes para cruzar el trayecto de vida que le faltaba por recorrer. Menos, en un lugar tan distante. Sin pensarlo más, comenzó a preparar las maletas. La idea no partió de ella. El destino siempre encontraba la forma de cambiarle los planes. El último, que había aceptado a fuerza de resignación, era el de de-

jar que sus huesos descansaran en un camposanto de una ciudad donde, supuso, viviría sólo un par de años. El tiempo se fue prolongando, indefinidamente. No obstante, el destino no dejaba de depararle sorpresas. Sin una pizca de delicadeza decidió, una vez más, cambiarle el rumbo enfrentándola a la tragedia.

Luego de fuertes dolores, citas con el doctor y minuciosos exámenes, llegó el diagnóstico clínico. Santiago, su esposo, el amigo incondicional que luchó para rescatarla de las peores pesadillas, debía colgar los guantes frente a una penosa enfermedad. Él lo tomó con fortaleza y le pidió a ella que hiciera lo mismo. Algo que no era fácil porque la angustia por la pérdida del ser amado, no era un traje que se podía quitar, así nada más. Empero, halló el coraje para ocultarle el desmembramiento del corazón.

Los padecimientos de Santiago y el miedo a la soledad de Virginia eran tan agudos, que los días y las noches transcurrían lentamente veloces. Él, consciente del poco tiempo que le quedaba y en el ánimo de protegerla, como era su costumbre, comenzó a organizar las cosas pendientes que le hicieran todo más sencillo, y a recomendarle lo que debería decidir, una vez que él hubiera fallecido:

—Cariño, ¿tienes que regresar!

En el avión, recordando la bonhomía de Santiago, le era imposible deshacerse de los remordimientos. Inmersa en los antiguos conflictos emocionales que creyó bien escondidos, no había reparado en la capacidad analítica del hombre que aprendió a conocerla, más que ella a sí misma. En las largas conversaciones que precedieron a lo inexorable, hurgando más allá de las palabras, cayó en cuenta de ello. La vergüenza

le hizo guardar silencio. Ahora no había lugar para pedir perdón. Comprendió que seguiría arrastrando el insoportable peso de las culpas, hasta el fin de su tiempo. Se preguntó si había nacido para eso.

¿Cuánto era predestinación y cuánto producto de sus propios actos? Ella pudo haber tomado otras vías en las encrucijadas que se le presentaron en el camino. Si se había equivocado, no era justo endosarlo a la mala suerte o a los designios de entidades esotéricas. Hoy se enfrentaba a la incertidumbre por lo que le esperaba, no porque el destino o su esposo así lo decidieran. Era porque ella, sin llamarse a engaño, sentía que era hora de poner término a lo que no le había permitido darse, por completo, a quien en verdad lo merecía. ¿Cómo olvidar el origen de todo? Así, como el aleteo de una mariposa podía generar una secuencia impredecible e infinita de acontecimientos, el destello de unas flores había aparecido, en la adolescencia, para impulsar el maremoto que arrastró el caos a las costas de su vida, mientras el resto del mundo continuaba su curso, sin conmoverse.

III

Las trinitarias enamoraron su alma primaveral tiempo después de su primera desilusión, ocurrida en la infancia, y que coincidió con el despropósito de la vecina, María de los Ángeles. Aquella joven escultural llegó al barrio para poner de cabeza a unos y henchir de envidia a otras. Minutos antes del escándalo que atrapó la curiosidad de los vecinos, Virginia había llegado de la escuela con una planilla para sus padres. Estaba contenta porque, una vez firmada, su papá podía ver cumplido su más grande deseo: verla estudiando en un colegio donde sólo participaban “las niñas de bien”. Por otro lado, la maestra protegía su responsabilidad, si la dejaba sin cupo en los liceos públicos cercanos.

Virginia había crecido escuchando lo importante que eran los preceptos católicos en la educación formal de todo niño. La oración en la iglesia y en casa no eran suficientes. La tradición de los familiares paternos depositaba su fe en la disciplina impuesta por las religiosas. Bajo el temor a Dios, ellos habían procreado una casta de mujeres sacrosantas, todas con matrimonios perfectos, según el mirar de su papá. Santamaría se inflaba de orgullo cuando hablaba de ellas y de su tía Cecilia, la púber que, décadas atrás, se había apartado del mundo profano para dedicarse al servicio del Señor. Frente a tantas virtudes, él deseaba lo mismo para su hija. Por eso, la sobreprotegía soñando con crearle un mundo lejos de los cambios acelerados que se producían en la sociedad. Contaba con el apoyo de Flora, su esposa, para lograrlo.

Flora difería de tal extremismo. Ella y sus hermanos venían de las escuelas públicas y de padres poco ortodoxos. Estos confiaron en el rumbo de su propia brújula, en las experiencias que les dejaron las circunstancias adversas que les tocaron en suerte. Ante los criterios rígidos de Santamaría, Flora se preguntaba cómo podía permanecer unida a alguien de tan distinto pensar. El amor y la comprensión eran los fundamentos para acompañar a un hombre que, apartando su fuerte carácter, se podía catalogar entre los mejores. Él no hacía daño con los delirios de construir una cúpula para proteger a la hija única. Sobre todo, si ella estaba a su lado para convertirla en una joven de principios que la defendieran de una sociedad con códigos distintos, a los de una generación basada en los convencionalismos.

Santamaría y Flora se vieron, por primera vez, frente al ascensor de un hospital. Él, rumbo a su puesto de trabajo. Ella, a la consulta médica. Encerrados en pocos metros cuadrados, se observaban con cierto disimulo, hasta que les afloró una media sonrisa. “*¿Qué guapa es!*”, pensó él, buscando las palabras para dirigirse a ella. Salieron al mismo piso, circunstancia que les arrancó una carcajada, oportunidad que el hombre no desperdició:

—¿Hacia dónde se dirige, señorita?

—A Medicina General.

—Déjeme acompañarla, no sea que se pierda en el camino.

Desde ese momento, decidieron seguir juntos. A los tres meses se casaron. Santamaría ponía fin a su larga soledad; Flora se alegraba de no haber perdido el “último tren”. Se comprometieron a quererse y a

respetarse, a enfrentar desafíos y reveses, como dos ríos que se unían para cruzar las mareas y las tempestades. El primer reto, por las complicaciones de las embarazadas tardías, fue traer al mundo a Virginia, la criatura que llevó luz, amor y los temores propios de dos adultos en la medianidad de la existencia.

En la escuela, las compañeras se burlaron de Virginia. Estaba loca si soñaba que su papá podía pagarle los estudios en el prestigioso colegio. La maestra, a conciencia de las dificultades económicas de la mayoría de los padres de la zona, y de lo costoso de las matrículas de la educación privada, prefirió guardar cautela. Tal vez estaba equivocada y sus padres podían inscribirla donde ellos quisieran. Sin embargo, no deseaba que, por seguir el hilo de las quimeras de su alumna, acabara por dejarla fuera del proceso público de preinscripción y terminara quedando sin cupo:

—Entrega esto a tus padres y lo traes firmado, por favor.

Virginia corría entre la hilera de árboles, con la felicidad fluyéndole por los poros. Seguir los estudios en una institución exclusiva no eran inventos suyos. Muchas veces, parados frente a la acreditada institución, Santamaría, señalando con el índice, comentaba: “Hija, algún día te traeré aquí y te veré atravesar esa puerta”. En la fuente clara de sus ilusiones, ella se veía recibiendo clases en aulas de ensueño y acatando las órdenes de las monjas. En secreto se preguntaba si tendría la posibilidad de entrar a un convento y, como lo hizo la tía Cecilia, vestir los hábitos.

Santamaría, echado frente al televisor y descansando de la jornada laboral, no le prestó atención a la planilla que ella le entregaba. *La veré después*, dijo, sin apar-

tar la vista del programa de variedades. Flora leyó la planilla y la desbordó el asombro. Luego de leerla, y antes de hablar con su hija, decidió evaluarlo con el esposo. En el cuarto, con la emoción lamiéndole el estómago, Virginia soñaba en ser lo que su papá siempre había querido: convertirse en una de esas niñas elegantes que tanto admiraba. El vozarrón la sacó de sus ensueños:

—¡Virginia, ven acá!

Saltó de la cama y abandonó el cuarto:

—Diga, papá.

—¿Qué significa esto? ¿Quién te dijo que te inscribiríamos en ese colegio?

—Usted. ¿Ya lo olvidó?

Santamaría bajó el tono:

—Es verdad, lo he dicho muchas veces, pero, eso no es posible, al menos por el momento.

—Creí que...

—Debes aprender que una cosa es el deseo y otra es la realidad.

—Además, hijita, a ese colegio sólo van las hijas de padres adinerados —comentó Flora, con una mezcla de tristeza y compasión en la mirada.

—Pero, yo dije en la escuela que...

Los gritos en la calle acabaron con el tema. La curiosidad, condición indomable entre gran parte de los seres humanos, les hizo asomarse a la ventana. Leonardo Figueroa, el vecino, vociferaba:

—¡Debería darte vergüenza! ¡Deshonras a la familia! ¡Por esta puerta no entras más!

Leonardo la había acogido en su casa porque Justo, su hermano, anhelaba un buen futuro para su hija María de los Ángeles. Bailadores, donde habían na-

cido, un pintoresco pueblecito merideño, distante y encumbrado en las montañas andinas, no brindaba las oportunidades que ofrecía Caracas. Leonardo y Elena, su esposa, conversaron sobre el riesgo que conllevaba hacerse responsables de una joven en plena adolescencia. Concluyeron que su deber era despejarle el horizonte. Si a ellos les había resultado bien venirse a la capital, de seguro a la sobrina, con la debida tutela, iba a irle mejor. Así mismo, podía ser una buena compañía para Morelia, la única niña de sus tres hijos. Las cosas no siempre solían ocurrir como se proyectaban. En pocos meses, se sintieron incapaces de contener la rebeldía de su protegida. Ahora se presentaba con la noticia:

—Estoy embarazada.

Elena trató de calmar a su esposo. Debía entender que la sobrina estaba bajo su responsabilidad. ¿Acaso lo olvidaba? En ese estado, si no ellos, ¿quién se haría cargo?

—Pues, ¡debió pensarlo antes de meter la pata! —exclamó Leonardo, mientras entraba a su casa, dando un portazo.

—¡Déjelo, tía! —exclamó la joven—. A mí me sobra quien me reciba.

Elena, impotente, y Morelia, entre lágrimas, observaron cómo se alejaba. María de los Ángeles, sin maletas y sin volver la mirada atrás, desapareció con el acompasado andar de las reinas, bajo una capa de indiferencia y a las sombras del atardecer.

Santamaría miró a su esposa y a su hija:

—Si a Virginia se le ocurre salir con una barriga, sin casarse, ¡yo no dudaría en hacer lo mismo!

IV

María de los Ángeles entendió pronto lo que podía obtener combinando candor con picardía. Así lograba que la complacieran en sus caprichos. Desde niña disfrutó del favoritismo de Justo y Carmela, sus padres, quizás porque fue la menor, la que llegó a la familia como un obsequio inesperado para robarles el corazón. Todos se rendían ante la belleza de la criatura; no alcanzaban a comprender de dónde la había sacado. Ni siquiera el doctor, después de consultar la enciclopedia médica, pudo explicar por qué, entre tantos hermanos de piel canela y ojos brunos, la mujer pudo parir una niña que parecía procreada por unos padres bálticos. *Algún gen remoto que decidió aparecer ahora*, comentó, frente al rostro perplejo de los padres.

En la calle, cuando Carmela y María de los Ángeles pasaban tomadas de la mano, las vecinas las veían de reojo: *“Esa niña no puede ser su hija”. “Tan seria que se ve la madre y miren con lo que salió”. “Justo es muy bueno o bien pendejo porque se dejó meter gato por liebre”*. Carmela las saludaba con el aplomo que concedía la honestidad. No se daba cuenta de que, si a algunas mujeres su hija les causaba envidia, a algunos hombres les encendían intenciones nada probas. Una tarde, cuando regresaba de la escuela, María de los Ángeles fue arrastrada por un infame que la obligó a caminar hacia un callejón. Como todo cobarde, después de sus manoseos, salió corriendo antes de que alguien pudiera verlo.

El universo la había elegido para sellar su cuerpo con la esbeltez de una diosa, y su rostro con la tersura de

las orquídeas. A los dieciséis años, acostumbrada a los halagos, recorría las calles coqueteando sin malicia, aunque la madre le insistiera en el riesgo que podía suscitar una sonrisa o una palabra mal entendida. Los jóvenes enloquecían ante las constantes negativas y la imposibilidad de deshojar los pétalos de su pureza. No atravesaban la línea porque temían enfrentar la furia de un padre y de unos hermanos ofendidos. Entonces, apareció Aníbal, hijo de un comerciante árabe que llegó, a aquel lugar de ensueño, para disfrutar de unas merecidas vacaciones.

Acababa de terminar la secundaria con excelentes calificaciones. Para celebrarlo y disfrutar de la recién adquirida mayoría de edad, él y sus compañeros de clases organizaron un viaje por los Andes Venezolanos. Querían conocer los sitios turísticos de la región. Así llegaron a Bailadores, el bucólico pueblo que descansaba a los pies de las majestuosas montañas. El encuentro, entre los dos, se dio en la Plaza Bolívar. A María de los Ángeles, sin un átomo de timidez, le fue sencillo entablar conversación con el simpático turista y aceptar su invitación para encontrarse al otro día. Aníbal no tuvo más propósito, desde ese momento, que esperar la hora para verla de nuevo. Días después, antes de despedirse de sus amigos, les pidió que le comunicaran a su padre que se quedaría una semana más. Resignados y haciendo chistes de la repentina locura que lo había abordado, ellos continuaron el tour sin él.

Aníbal juró a María de los Ángeles no separarse jamás de ella, aunque sabía que las clases en la universidad estaban por comenzar. Su papá lo mataría si abandonaba los estudios. El joven, impulsado por

sus sentimientos, seguía extendiendo las vacaciones. El tiempo pasaba con una velocidad inconcebible para los enamorados. Al verlos tan melosos, la gente murmuraba. Aníbal no podía contener los impulsos de su sexualidad y buscaba, con persistencia, algún lugar lejos de las comedillas del pueblo. En una ladera de la montaña, con el ardor propio de los leños encendidos y rodeada de reses a la deriva, ella, rendida al primer amor, experimentó lo que significaba dar una prueba de eso.

Cuando las comedillas llegaron a casa, Justo quiso ponerle un parado. La hija supo cómo disolverle el enojo. Bastó un abrazo y un comentario, entre risas: —¡Papá, ahora se va a poner a creer en chismes!

En cambio, la intuición de Carmela la llevó a tener una conversación muy seria con ella. Se enteró de lo que su hija había hecho. Con la complicidad atávica de las mujeres, decidió no comentarlo con su esposo. A cambio, pidió que trajera al novio para conocerlo. Sentado a la mesa, Aníbal sufría los agujijones de la curiosidad familiar. Trataba de apartar la atención con comentarios sobre su familia y sus próximos estudios universitarios. Le incomodaba la mirada penetrante del dueño de la casa.

—A ver, jovencito, dígame una cosa, ¿cuáles son sus intenciones con mi hija?

Con supina ingenuidad, Aníbal contestó:

—Quiero casarme con ella.

Don Justo sonrió con un deje de ironía. Contaba con que el cortejo terminara cuando el jovencito decidiera regresar a su casa y a sus clases. Aníbal, por su parte, ignoraba que no poseía la potestad de cumplir ciertas promesas.

Luego de varias semanas, sin que él apareciera, su padre presumió que algo más que turismo estaba sucediendo. Al principio, no le dio importancia. Su hijo se hacía hombre y el deber de padre era darle algo de libertad. Ahora, el instinto le susurraba que lo retenía un lío de faldas. Después de indagar entre sus amigos y comprobar que no se había equivocado, decidió terminar con los devaneos de un chico sin experiencia. Si el tonto se había encaprichado con la muchacha y pensaba que podía hacer lo que le daba la gana, él sabía cómo actuar. Nada, ni nadie, interferiría en los planes que comenzó a trazar el mismo día en que se enteró del embarazo de su esposa.

En Bailadores le fue fácil dar con la dirección. Los compañeros de estudios se habían quedado cortos en describirla. Al tener de frente a María de los Ángeles, le impresionaron la juventud y la avasallante hermosura. Nada de esto hizo mella en sus propósitos. Se presentó y, en pocas palabras, le hizo saber que Aníbal estaba destinado a cosas más importantes: la universidad y los negocios de la familia. Si eso no era suficiente para que ella entendiera la imposibilidad de un futuro entre los dos, tenía que saber que él estaba comprometido, desde niño, con una joven de las más honorables familias de Medio Oriente:

—En las próximas vacaciones, en vez de andar vagabundeando con sus amigos, irá a Líbano para comprometerse —afirmó, sin importarle la clase de semilla que plantaba en el cándido corazón.

María de los Ángeles, acostumbrada al amor, los mimos y las lisonjas, no salía de su estupor. Lo que escuchaba abría una caja de sentimientos extraños: la fuerza de un huracán, que provocaba en su interior

una inesperada madurez, y los estragos de la ofensa. Conteniendo las lágrimas, sólo permitió que dos témpanos de hielo se asomaran por la mirada. Ciertamente que era muy joven, pero eso no le daba derecho para humillarla y hacerle creer que era menos que cualquiera. Había aprendido de sus padres el valor de la dignidad. Aferrándose a esta para no naufragar, le miró directo a los ojos, con evidente desprecio:

—Que me lo diga su hijo.

—Eso no será posible.

La esperanza, la noble ave que alejaba de los malos presagios, vino en su auxilio. Sin poder apartar de los pensamientos la voz de la crueldad, se refugió en las promesas de Aníbal. Porque él le había dicho cuánto la amaba y lo absurdo que sería una vida sin ella. El amor, desconocedor de tiempos y circunstancias, era el ariete que derrumbaría cualquier muro que se interpusiera entre los dos. Más, al paso de las horas, sin saber de él, comenzó a inquietarse. ¿Es cierto que no lo volveré a ver? *¡Eso no es posible! En algún momento aparecerá para darme una explicación.* Llegó la noche y, con ella, el insomnio. Al andar de la luna crecían el tormento y la necesidad de acabar con la incertidumbre. Apenas asomó el alba, salió a enfrentar la realidad. En la posada, donde él se hospedaba, le informaron que se había ido la noche anterior.

Así, sin más, el mundo adquirió el matiz de la neblina que bajaba de las montañas. El frío en el alma despertó la voluntad para enclaustrar su tristeza. Le enojaba la idea de que la familia la viera sufrir, mucho más, que pudiera compadecerla. Nada de encierros, ni lloriqueos. No era alma en pena para andar lamentándose. Sin embargo, le fue imposible escapar

de las ironías femeninas y el acoso masculino. Las que antes la envidiaban, no se medían para soltar sus indirectas; los que la halagaban no perdían la oportunidad de irrespetarla. La desagradable sensación de asco, cuando unas manos despreciables mancillaron la frágil piel de su niñez, regresó para convencerla de que los hombres sólo buscaban una cosa: *Si no fuera tan bonita, como dicen todos, Aníbal no se hubiera fijado en mí, ni yo sufriría como estoy sufriendo.*

El amor de Justo y Carmela fue insuficiente para atravesar el ostracismo:

—No tienen de qué preocuparse porque no me pasa nada.

No era necesario que su hija les contara. La fuente de sus cambios anímicos provenía de Aníbal, el muchacho que se fue del pueblo sin despedirse. Agobiados por el desinterés que ella mostraba en los estudios y en todo lo que antes la hacía reír, pasaban las noches reflexionando sobre cómo ayudarla. Alejarla de ellos les causaba un profundo pesar, aunque quizás, esa era la solución. Justo quería esperar un poco más. Carmela, doblegando la angustia materna, tomó papel y lápiz y le envió una carta a su cuñado Leonardo. Para que no abrumara a su hija con preguntas indiscretas, argumentó que necesitaba que él la recibiera porque, bajo su orientación, podía estudiar y aspirar a un futuro mejor.

Virginia estaba fascinada con la nueva vecina. Nunca había visto una mujer tan alta y tan bonita. Con razón contaba con tantos amigos. Salía a la calle, siempre bien vestida y maquillada, como las mujeres de las revistas de moda; los cabellos rubios destellando bajo la luz del sol. Los muchachos de la cuadra, nada

más divisarla, se acercaban para ofrecerse a acompañarla. Ella se resistía, amable y sonriente. Con otros era distinto. Sus amigos la esperaban en la puerta de la casa. Ella, entre fragancias y lentejuelas, subía al automóvil y los saludaba con un beso. Regresaba al amanecer. Era usual escuchar las discusiones entre ella y el señor Leonardo. De continuar desobedeciendo las normas, éste le pediría a Justo que viniera a buscarla. Con la inesperada noticia, ya no había tiempo para eso.

La intriga que la invadió aquella tarde, llevó a Virginia a preguntar:

—Mamá, ¿por qué el señor Leonardo pelea tanto con María de los Ángeles?

—Lo que ella hace no está bien —respondió Flora.

—¿Y qué hace?

—Salir con tantos hombres, hija.

—¿Es malo tener amigos?

—No, niña. Tener amigos es bueno, pero no salir con uno diferente cada vez.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres sensatas no lo hacen. Anda, ve a estudiar, que mañana tienes un examen.

Flora, invadida por la ternura, observó cómo se alejaba. Virginia era una niña. Frente a la ventana, la orgullosa madre solía imaginar un porvenir que nunca se dio por pensar para sí misma: su hija convertida en una joven fuerte y valiente; terminando sus estudios de educación superior y convirtiéndose en una profesional de primera; envuelta en encajes y tules, casándose con un buen hombre; procreando niños sanos y hermosos. Ella y su esposo, en la etapa otoñal, mimando, hasta la locura, a sus nietos.

Antes de todo eso y como la mejor de las amigas, debía conversar con Virginia sobre los secretos que llevaban a disfrutar de una vida tranquila. Si las Moiras, las personificaciones del destino, la llevaban por otros senderos, igual estaba ella para darle su apoyo, aunque las circunstancias fueran contrarias a los esquemas establecidos. Porque, en definitiva, el objetivo de toda madre era ver a su hija feliz.

Virginia, en su cuarto y con el libro abierto, pensó en lo ocurrido. Sentía pena por la joven que acababan de echar. Esa que acostumbraba a aminorar el paso para saludarla y preguntarle:

—¿Cómo van los estudios, muchachita?

Años después, cuando ella y Morelia se convirtieron en grandes amigas, fueron a visitarla.

V

Comenzaron las clases y Santamaría se vio obligado a ceder frente a sus preceptos. No había considerado que el liceo donde iba a estudiar Virginia pudiera quedar al otro extremo de su lugar de trabajo. Llevarla implicaba correr el riesgo de incumplir el horario laboral. No lo había hecho antes y no iba a comenzar ahora. Su esposa comentó que era el momento de comenzar a aflojar la cuerda. Debió aceptar, a regañadientes, que su inocente hija se enfrentara a los riesgos de andar lejos de casa, sin su compañía. En vista de las circunstancias, se dedicó a explicarle cómo debía comportarse en la calle y, en caso de ser necesario, a quien pedir ayuda. Una cosa era la teoría y otra la realidad.

Para Flora no representó problema alguno. Sus padres le habían enseñado a ser independiente. Ellos habían entendido que la única manera de cruzar la vida, con el menor número de contratiempos posibles, era proveerle de los conocimientos necesarios para enfrentarse a ella. Por eso, desde temprana edad supo manejarse bajo sus propios juicios. Si se casó con Santamaría fue porque, a la sazón, había experimentado todo lo que consideró importante en su hoja de experiencias. Se consideró preparada para asumir los compromisos del matrimonio. Pensó que los proyectos quijotescos de su esposo, que comenzaron nada más nacer su hija, se suavizarían con el transcurrir del tiempo. Ahora que había llegado el día, su deber era hacerle entender que mantener a Virginia apartada del mundo real, no era lo apropiado.

—Creo que exageras, Santamaría —comentó—. Como tú, deseo lo mejor para ella, pero no impidiéndole que crezca.

—¡No tiene ni doce años, Flora!

—Lo sé. Sin embargo, son suficientes para que vaya y venga, sin percances. Además, irá acompañada de Yajaira, la compañera de clases que siempre viene a estudiar con ella. ¿La recuerdas? Quedaron en el mismo liceo.

La lluvia no logró empañar el primer día de clases. Bajo los paraguas y con el entusiasmo de los niños frente a un parque de diversiones, Virginia y Yajaira salieron a afrontar sus nuevas responsabilidades. Pequeñas aves que abandonaban el nido para palpar el prodigio de sus alas. El mundo se les presentaba como un globo lleno de aventuras. Luego de las clases, olvidando las recomendaciones, corrían por las calles, riendo a carcajadas y parándose frente a cada tienda para contemplar los maniqués vestidos a la moda. La emoción fue dando lugar a la costumbre y, en pocas semanas, ambas cumplían con sus deberes y andaban por los salones y los pasillos del liceo, como liebres en su madriguera.

Para Virginia Santamaría, que miraba por la ventanilla del avión sin prestar atención, aquel período escolar pudo haber continuado con las emociones de las nuevas experiencias. La adversidad no se lo permitió. A pesar de las décadas transcurridas, entre aquel ayer y la actualidad, el recuerdo del pecho estrujado por el desconsuelo, se mantenía fresco en el corazón. Era principios de un diciembre frío. El Orfeón de Liceístas por la Fraternidad practicaba para la competencia anual de aguinaldos, que se presentaría en la Concha Acústica del parque más grande de la ciudad.

En el salón, los alumnos practicaban con sumo interés cuando la directora del plantel llegó. El rostro consternado no atinaba a pronunciar palabras, hasta que la profesora de música preguntó:

—¿Sucedo algo?

—Necesito que Virginia me acompañe. Su papá vino por ella.

La noche anterior no había sido cómoda para Flora. Una fastidiosa punzada en la cabeza la mantuvo en vela toda la noche. No quería despertar al esposo que descansaba, en profundo sueño, por las guardias extras consecutivas en el hospital. Prefirió buscar alivio en el frasco de pastillas. *Es la migraña de siempre*, se dijo, mientras volvía a la cama. La punzada continuó. Sin pegar los ojos, se levantó más temprano que de costumbre. A Santamaría no le extrañó encontrarla, a esa hora, dedicada a sus quehaceres diarios. En ocasiones, le daba por eso.

Las ojeras y el ánimo decaído le hicieron preguntar:

—¿Qué tienes, Florita?

—Dormí poco. No te preocupes; sólo es un dolorcito de cabeza que ya pasará.

Después de quedar sola en casa, ella intentó continuar con las tareas del hogar. Sintiendo que el dolor se agudizaba, se vio obligada a tomar otra pastilla. El mareo le hizo perder el equilibrio. Comprendió que el malestar era más delicado que sus eventuales jaquecas. Llamar a Santamaría era lo indicado, pero en casa no había servicio telefónico. Eso implicaba caminar varias cuerdas hasta encontrar un teléfono público. En sus condiciones, sospechaba que no lo lograría. Con mucho esfuerzo, pudo llegar a la puerta de los vecinos y pedirles que la llevaran al hospital

donde trabajaba su esposo. Al verla, ellos pudieron evaluar la gravedad de su estado.

Mientras el vecino manejaba a toda velocidad, los cuervos de la premonición aparecieron en el alma de Flora para advertirle que, a pocos pasos, estaba el final de la pista. ¿Por qué no lo entendió antes? Hubiera podido despedirse de su familia. Con el aire escapando de los pulmones, llevándose la vida, pensó en Santamaría y en Virginia. Estaba segura de que su esposo encontraría la forma de superar esa adversidad. En cambio... ¿Qué sería de su hija? Invasión por una tristeza infinita, lamentó no tener la oportunidad de abrazarla por última vez. Aún más, no estar presente, como siempre lo soñó, para guiarla por el camino hacia la adultez. La conversación que esperaba tener con ella, se escabullía por los resquicios de lo inexorable.

VI

Carmen no podía permitir que la separaran de su nieta. Santamaría planeaba mandarla a vivir con las tías a Las Islas Canarias. Eso significaba, para la adolorida abuela, que le arrancaran de nuevo el corazón. Además, estaba segura de que a Flora no le hubiera parecido. Por otro lado, atravesar los mares para ir a visitarla cada vez que ella quisiera, era una decisión alejada de sus posibilidades económicas. Reconocía la angustia de su yerno. En ausencia de la esposa, necesitaba encontrar la solución frente a las dificultades que conllevaba educar a una hija a punto de abandonar la niñez. Ella pensaba que era innecesario enviarla al otro lado del mundo, con personas que, salvo en fotografías, nunca había visto.

Tal vez, ella no poseía la formación de los familiares europeos de Santamaría. Sin embargo, ostentaba la experiencia de haber hecho de sus hijos seres humanos luchadores y responsables. Flora había sido una muestra. Cuando ésta comenzó a hablar sobre sus deseos de estudiar en la capital, Carmen se tomó, a sí misma, como medida: *Virginia, para ser feliz hay que ser consecuente con lo que se desea, sólo así alcanzarás tus sueños. Aprende a escuchar al corazón, sin ignorar las voces del buen juicio. Eres dueña de tomar tus propias decisiones. Y si no son las correctas, deberás hacerte cargo de las consecuencias.* Después, pidió a sus santos que no abandonaran a su hija. Ahora le tocaba orar para que su yerno desistiera de la disparatada idea.

En su plan de vida, él no consideró que su esposa muriera primero. En la casa inundada de silencios, Santamaría

descubrió, dentro de sí, vacíos y temores insospechados. Una cosa era bregar contra la soledad y otra cargar con la responsabilidad de criar solo a Virginia. Él no había sido un hombre muy sociable, hasta que Flora apareció para atolondrarle la veleta. Muchos años habían pasado desde que, a causa de la guerra civil española, él abandonara su país para ir tras las oportunidades que le ofrecían otros. Luego, cansado de su soledad, estaba a punto de regresar, cuando unos ojos oscuros y vivarachos se asomaron a su espíritu para hacerle cambiar de idea. En pocas conversaciones pudo darse cuenta de las diferencias entre los dos. La razón le indicó que eso no era un obstáculo para formar la familia que él siempre había querido.

Los días se llenaron de contento. Flora, cada dos por tres, cantaba y hacía bromas. Cuando lo consideró pertinente, él trató de aplicar sus estrictas normas, creyendo que podía domarla. Ella le resultó rezongona. Cansada de las pretendidas imposiciones de Santamaría, colocó los brazos en jarra para decirle: —Mijo, si insiste en seguir por ese camino, usted se me va por donde vino.

Él entendió que en el corazón femenino convivían una tarabilla canaria con una cabra montés.

En la mudez de las habitaciones, ¡cuánto la extrañaba! Sin ella, no le quedaba más que extremar los cuidados para su hija. ¿Podía hacerlo solo? Pensó en sus hermanas. Apartarla de su lado era insufrible; irse con ella, una temeridad. La edad no le daba para comenzar una nueva vida en aquella parte del planeta que, seguramente, mucho había cambiado. Al menos, desde donde ahora estaba y con el producto de su trabajo, podía seguir costear los gastos de

educación y sustento. Antes de enviar la carta, compartió los planes con su suegra. No había pensado en ella porque, a pesar de las vacaciones que pasaban en su casa, creía que la relación no era lo bastante estrecha. Sin la confianza necesaria, sentía que era un abuso endosarle un compromiso de tal magnitud. Le sorprendió la respuesta:

—¡Por Dios! ¿Cómo se te ocurre mandar a mi nieta tan lejos? No te preocupes, le dejo todo encargado a mis hijos y me vengo a Caracas para cuidarla.

VII

En un soplido cósmico, pasaron tres años nada fáciles para Virginia. Comenzaron el día que su papá la esperó a la entrada del liceo. Nada más verlo, intuyó que algo malo estaba sucediendo. Podía haber sido cualquier cosa, menos que se refiriera a su mamá. El impacto la lanzó fuera de la realidad; algo confuso para una niña que sólo había conocido la parte bondadosa de la vida. En casa, frente al féretro y rodeada de amigos y vecinos, sentía que estaba allí como una de las macetas colgadas en la ventana: presente y ajena a los comentarios sobre lo maravillosa que había sido su mamá. Cada vez que alguien se acercaba a darle el pésame a su padre, observaba los esfuerzos que él hacía para no lanzarse a llorar como un niño. Quiso consolarlo, la ausencia de emociones no la dejó acercarse. Sin embargo, pocos minutos antes de partir al cementerio, cuando la afligida abuela la acogió entre sus brazos, el alma se le volvió río.

Con el propósito de aliviar la pena, el papá le preparó la maleta para que pasara un tiempo con la abuela. Frente a la expresión de los deseos de su hija de no dejarlo solo, él le aseguró que los aires del campo le sentarían bien. No fue como se esperaba. La pérdida de la mamá logró que aquella parte del mundo, con sus extensas sabanas, sus caballos y sus reses, que tanto le gustaban, no se sintiera igual. A medida que avanzaban por la carretera, ella advertía cómo la magia que la acompañó en otras ocasiones, se esfumaba detrás de una inmensa franja de tristeza. Apenas llegaron al hato, se encerró en la habitación para

aislarse de las palabras de consuelo. A solas, crecían el enojo y el desaliento que, como tenazas, le apretujaban el corazón.

El hato le hacía recordar el entusiasmo de su mamá cuando, en compañía de los perros e ignorando la solana recorrían, entre bromas, risas y canciones, los corrales y los sembradíos. Nunca pudo verla triste o enojada, ni siquiera frente a los estallidos temperamentales de su esposo. Los contratiempos fracasaban en su intento de minarle la alegría. A veces, cuando Virginia era testigo de su serenidad, frente a cualquier evento que pudiera enfurecerla, la mamá guiñaba un ojo y decía:

—La vida es muy corta para andar derrochándola en bravuras.

Su madre supo cómo revelarles los encantos de la vida rural. Así aprendió Virginia a disfrutar de aquellas llanuras donde las vacaciones nunca fueron aburridas. Ahora, sin ella a su lado, las palomas y los limoneros parecían que lloraban. Todos trataron de animarla. Los postres y los paseos poco hicieron para sacarla de sus silencios. En vista de las circunstancias, nieta y abuela regresaron antes de lo estimado.

Virginia se asombró de ver los cambios en su papá. En tan poco tiempo, había envejecido. Era la estampa de la amargura, distante al hombre vital que solía ser. Conforme pasaban las semanas, huía de la ausencia de Flora yéndose al trabajo antes del amanecer y volviendo cuando imaginaba que su hija se había dormido. Así evitaba el encuentro con ella y podía hundirse, a sus anchas, en la nostalgia. Los fines de semana se quedaba en cama o recorría las habitaciones, inquieto y huraño. Frente a la pantalla del

televisor, ajeno a la programación, reposaba como un lirio marchito. Por no verlo así, y sin saber qué hacer para substraerlo de ese estado, ella se encerraba en su cuarto, rodeada de peluches y libros. Si bien la abuela buscaba levantarle el ánimo, sin sus padres charlando hasta el amanecer o jugándose entre ellos, la casa no era más que una cesta rota.

Aunque constituía un agobio ser el centro de los cuidados de su abuela, ella captaba el sentido de tantas atenciones y entendía que, sin su apoyo, las cosas hubieran sido más difíciles. Como suele suceder, el proceso de aceptación fue apartándola de su retraimiento. Su mamá se había ido, pero, como lo expresaba la abuela, siempre la llevaría en el corazón. Poco a poco, se fue acercando a aquel refugio de ternura y sabiduría, regresando la complicidad entre las dos. Aunque la cocina carecía de la peculiaridad de la del hato, con sus aromas a frutas y vegetales tomados a flor de tierra, las confidencias eran aderezadas con el mismo amor. Entre la proximidad de la abuela y el alejamiento del papá, se adaptó a su nueva normalidad. Mientras convalecía de la primera fractura de alma, el tiempo se llevaba las hojuelas de su infancia.

VIII

Virginia Santamaría sonrió al recordar a la adolescente impulsiva que se creía adulta, durante aquella extraordinaria década de los años sesenta. En esos tiempos, para la mayoría de las mujeres, su destino era casarse y tener hijos, aunque, en América Hispana se avecinaban los vientos de los notables cambios. La participación femenina en la vida pública adquiría, paso a paso, relevancia. Los cambios eran acompañados de reformas en la cultura, en el núcleo familiar y en las relaciones entre los sexos y la sexualidad. Se manifestó el choque entre una generación de rígidos principios y otra que se entusiasmaba con las ideas del amor libre. Las jóvenes tuvieron que aprender a sobrevivir entre una sociedad aferrada a los prejuicios socio-religiosos y las mareas de las aceleradas transformaciones, con sus inevitables consecuencias. Al amparo de sus astros, el mundo era, para ella, un piélago de sueños posibles. Los grises que cubrieron su infancia, tras la muerte de su madre, desaparecieron bajo las ilusiones primaverales. Atrás quedaban la rebeldía y las travesuras que buscaron expulsar el enojo y que, en ocasiones, merecieron las llamadas de atención de los profesores. Los libros de cuentos infantiles eran sustituidos por las revistas de actualidad y las historias de amor. Quería maquillarse, vestir a la moda. Las mini faldas y los hot pants escandalizaban a su papá. A escondidas, su abuela les subía, un poquito, el dobladillo a los vestidos. Tenía dos motivos para estar emocionada: la celebración de sus quince años y la posibilidad de ver en la

fiesta a Rodrigo Ramírez, el joven que le quitaba el sueño. No era un compañero de clases, ni nadie se lo había presentado. Llegó a su vida como suele aparecer el amor: inesperadamente. Bastó gastar el importe del pasaje en comprar helados, regresar caminado a casa y verlo por primera vez. Desde entonces, las emociones comenzaron a convencerla de que el sentido de la vida se centraba en pensar en él. Luego, en la tranquilidad de su habitación, se hundía entre suspiros y ensueños. Deseaba que las horas volaran para contemplarlo de nuevo, aunque fuera a la distancia, sin que él pudiera percatarse de su presencia.

Todo comenzó con una travesura. Yajaira y Delia, sus mejores compañeras de liceo, la invitaron a un canal cercano de televisión, donde los cantantes de moda y los artistas de las telenovelas regalaban sus fotografías autografiadas. Las jóvenes hacían colas y gritaban con entusiasmo cuando salían a saludarlas. Una tarde, con las fotos en mano, las tres pasaron por una heladería.

—¿Nos comemos una barquilla? —preguntó Delia, con picardía.

A ninguna le importó gastarse el importe del pasaje, aunque tuvieran que caminar un largo, largo trecho a casa. Les pareció tan divertido que se acostumbraron a repetir la odisea: atravesar las calles de la hermosa urbanización que se interponía entre el liceo y el barrio donde ellas vivían. Las hermosas casas relumbraban a través de los coloridos jardines y debajo de la sombra de los frondosos árboles. En medio del esplendor, el cansancio ni lo notaban. A Virginia le causaba un gran placer. Se detenía, a cada momento, para contemplar las flores que, en los amplios jar-

dines, se abrían al canto de los pájaros y al cuidado de los buenos jardineros. Sin sospecharlo, aquellas caminatas, convertidas en agradables paseos, se confabulaban para consolidar una amistad que habría de perdurar a través del tiempo.

La magnífica quinta de principios del siglo veinte, con las paredes inmaculadas y las altas rejas, dominaba gran parte de la cuadra. Sobresalía de las otras porque, además de los rosales artísticamente podados, hacía ostentación de un enjambre de trinitarias que, como cascada, descendía por el balcón. Virginia se sentó en la acera para observar el voluptuoso ramillete que semejava a un bouquet de novia, mientras sus amigas la miraban extrañadas.

—Sigan que yo las alcanzo.

Las trinitarias le encantaban porque le revivían las felices vacaciones en la casa del campo. Sentadas en el patio y frente a aquel arco iris vegetal, abuela, hija y nieta se ponían al corriente, chismeaban y reían hasta las lágrimas. Entre tanto, papá conversaba con sus cuñados sobre política, deportes o el tiempo. Aquellas horas de dicha ya no volverían. La tarde se cubrió de nostalgia. De pronto, un joven salió. Fue como si el sol se abriera paso entre las nubes de flores del balcón. Un suspiro brotó desde lo más profundo de su ser. Nunca había experimentado algo así.

IX

El sube y baja de las nuevas emociones la llevó a preguntarse si se había equivocado en creer que sus amigas estaban locas por andar de enamoradas. ¿Eso era lo que le pasaba a ella? Franz, el novio de Delia, hijo de padres alemanes, era un compañero de clases que la invitaba los fines de semana al cine. Crisóstomo, el novio de Yajaira, alférez de la Escuela Naval, la visitaba cuando salía de licencia. Las dos, poco mayores que Virginia, se la pasaban hablando de ellos todo el tiempo. Ella sólo las escuchaba, pensando que jamás permitiría que un hombre la besara, como a ellas. Le resultó asquerosa la idea de una lengua extraña en su boca. Las amigas rieron a carcajadas:

—Virginia, es que todavía eres una niña.

Sin embargo, las dos se pusieron de acuerdo para acompañarla, cada vez que ella les pedía pasar por aquella calle. El corazón se aceleraba y la tarde resplandecía si, al paso de los minutos, lograba ver al joven. Cuando no, la congoja la enmudecía el resto del camino. Sus amigas trataban de consolarla, pero no existía nada más desalentador que la espera por una nueva oportunidad. Se refugiaba en las historias y las canciones de amor para dar rienda suelta a sus desvaríos platónicos hasta que, con la luz del nuevo día, renacía la esperanza de verlo otra vez.

Un día, casi bota el corazón por la boca cuando, paradas frente al balcón, el joven salió por la puerta de la casa, atravesó el jardín y les sonrió. Sólo dijo “*Hola*”, como si las conociera, y continuó su camino. Mientras Virginia se estremecía, como una violeta

con la brisa, Delia y Yajaira comentaban, entre risitas, lo que debían hacer desde ese momento. Tal vez, ellas podían lograr que se convirtiera en su amigo y se fijara en Virginia.

—¿Ustedes lo creen posible? —, preguntó ella, con evidente ilusión.

La amistad con Rodrigo resultó muy agradable. No era tan joven como los compañeros de clases. No obstante, la conversación fluía con facilidad. Él daba muestras de interesarse por lo que ocurría en la vida de aquellas adolescentes que se presentaban de vez en cuando. Quería saber de sus estudios y qué cosas les gustaban. Le divertían sus intentos por parecer adultas y los tartamudeos y sonrojos de Virginia, cuando le hablaba directamente a ella. Las estudiantes no sospechaban que él las veía como a sus hermanas menores o como chiquillas traviesas, con las que no le importaba perder algo de tiempo y de dinero, si las invitaba a una fuente de soda cercana.

Aquella situación les dio pie para crear un mundo a la medida de las fantasías de Virginia, sin reparar que a Rodrigo tan sólo le divertía la admiración que inspiraba a aquellas jóvenes que, apenas, según su modo de ver, se alejaban de la niñez. Ellas, por su parte, presumían, frente a sus otras compañeras, de contar con un amigo tan especial, distinto a los muchachos del liceo. La fiesta de los quince años era la oportunidad para que todas lo conocieran. Llenas de entusiasmo, le entregaron la tarjeta de invitación. A Rodrigo lo tomó por sorpresa. Sin embargo, la leyó y preguntó:

—¿Habrá caramelos, helados y piñatas?

Delia y Yajaira rieron por la ocurrencia. A Virginia no le pareció gracioso.

X

Santamaría no estaba convencido de celebrar los quince años. Hubiera preferido llevarla a la playa, a un restaurante o al sitio que su hija eligiera, a tener que soportar la sala llena de chicas con las faldas cortas y muchachos con los cabellos largos. Ellas, seguramente, camino al libertinaje; ellos, perdiendo la virilidad entre camisas con faralaos o apariencias desaliñadas. Una influencia no muy buena para una niña de su casa. Carmen le hizo ver que debía aceptar la realidad: el mundo cambiaba y no podía hacer nada para detenerlo. No podía proteger, indefinidamente, a una joven que en menos que cantaba un gallo, se convertiría en mujer.

—¡Claro que lo sé, doña Carmen! —respondió— Pero, mientras viva en esta casa, no voy a permitir que se me descarrile.

En su habitación, Virginia se medía el vestido, una vez más. Frente al espejo se preguntaba si era lo suficientemente moderno y si le reducía la apariencia de niña. ¿Caramelos, helados y piñatas? ¿Qué creía él? ¿Que ella usaba pañales? Ahora tenía la oportunidad, siguiendo los consejos de sus amigas, de demostrarle lo equivocado que estaba. ¡Quince años! Claro que ella se había dado cuenta de que él aparentaba unos más. ¿Veinte? Lo importante, en todo caso, era que no parecía tan viejo. Tendría que aprovechar un descuido de su papá y llevarlo a algún lugar apartado para brindarle la ocasión de que pudiera robarle un beso. Sólo de imaginarlo, el estómago se le llenaba de polillas.

Los invitados llegaron a una fiesta sin mucha pompa, pero bien organizada. Como lo supuso Santamaría, todos vestían a la moda. Sin embargo, frente a aquellos rostros que los avatares de la vida no habían tocado, se relajó para darles la bienvenida. Abuela hacía lo posible para que todos se sintieran como en su casa. Los muchachos, después de felicitar a la cumpleañera, de entregarle los regalos y al compás del ritmo del Jala Jala, de Richie Ray y las canciones de Aretha Franklin o los Darts, bailaban con un afán de demostrar quien lo hacía mejor. Alegres y sudorosos, corrían a la mesa abastecida con entremeses y refrescos.

La desazón de Virginia era evidente. Cansada de asomarse a la ventana, a causa del invitado especial que no terminaba por aparecer, se sentó en un rincón, alejada del entusiasmo reinante. Guillermo, el compañero de clases que siempre la rondaba con sus chistes y sus indirectas románticas, trataba de animarla. Ella no se sentía tentada a compartir con un niño, después de haber tratado con un joven como Rodrigo que, para nada, tenía la cabeza hueca. Abuela se dio cuenta de la situación y quiso saber qué le pasaba, aunque ya se había hecho una idea.

—Ay, abuelita, ¡si tú supieras!

—Cuéntame, a ver qué podemos hacer.

—Invité a un amigo que me gusta mucho y creo que no vendrá.

—Mi amor, aún es temprano. Ten paciencia. Y si acaso no viene, por alguna razón será. No te preocupes tanto. Atiende a tus invitados, que ellos están aquí por ti.

Cuando todos se marcharon, Virginia se encerró en su habitación. Asomada a la ventana, parecía bus-

car en la luna la respuesta al desaire. Sus dos amigas coincidieron con la abuela. Posiblemente, a Rodrigo se le había presentado alguna complicación. Ella no estaba tan segura. La intuición le decía que su ausencia se relacionaba con la apreciación que él se había hecho sobre la fiesta, que era la misma que guardaba sobre ella. Tal vez, todos tenían razón y aún era una niña, aunque el corazón le dijera otra cosa.

Si alguien era culpable de la decepción que sufría, era ella; por atrevida. Por andar detrás de un hombre que conoció en la calle. No era la educación que había recibido de sus padres. Era cierto que Rodrigo la había encandilado desde el mismo momento que lo vio. No obstante, estaba al tanto de que las mujeres no debían dar el primer paso. Sin embargo, más que dejarse llevar por sus amigas, ella obedeció al impulso de aquel extraño sentimiento para buscar su amistad. Tomada de la mano de la desilusión, la vergüenza le impidió volver a esperarlo frente al balcón.

XI

Los días pasaban con lentitud. Virginia cerró la novela y se asomó a la ventana. La calle, empapada de sol, yacía lánguida y solitaria. Se dedicó a detallarla, como si la observara por primera vez. Las casas variopintas, algunas con mínimos jardines, se alineaban de cualquier manera sobre las aceras empinadas. Casi todas mantenían las puertas y las ventanas abiertas para apaciguar el bochorno del verano. Una calle como cualquiera de las tantas que se escurrían por las laderas de los cerros que rodeaban la ciudad. En ella residían personas trabajadoras que se esforzaban por darle un apropiado nivel de vida a sus familias, sin desestimar las oportunidades para echar una mano a los vecinos.

¡Qué distinta a los fines de semana, cuando se llenaba con el regocijo de unos jóvenes dispuestos a disfrutar al máximo de los nuevos tiempos! Al lado vivían los Robinson, carcajadas a flor de piel y seguidores fieles de los dictámenes de la moda. Al otro, los Martínez, donde las hermanas, al son de las baladas, a todo volumen, de Engelbert Humperdinck o Los Ángeles Negros, coleteaban los pisos de su casa, mientras el hermano, en la acera, le sacaba brillo a la motocicleta de segunda mano. Un poco más allá, los Castillo, no muy bien vistos a causa de sus amistades un poco dudosas. Tenían un hermano que se liaba a puñetazos con cualquiera, soñando con alcanzar la gloria en un cuadrilátero internacional. Luego, los López, con un trío de hermanos varones que no les faltaban motivos para armar la fiesta cada fin de semana. Al

frente, los Figuera, donde una tía solterona acariciaba las hojas de su tristeza...

La joven dio un largo suspiro. Deseaba visitar a sus amigas del liceo. El calor le producía una pesadez casi imposible de dominar. Además, no estaba segura de que hubieran regresado. Ambas habían viajado con sus familias para disfrutar de las playas, como acostumbraba hacerlo mucha gente en los días de asueto por Semana Santa. Pensó en ponerse a estudiar. Estaba por graduarse de bachiller y debía prepararse para obtener las calificaciones que le garantizaran un cupo en la universidad. *¡Qué calor tan insoportable!*, se dijo, con la intención de ir a su cuarto y tirarse sobre la cama. Morelia, la vecina de enfrente, le cambió la idea cuando le hizo señas para que se acercara.

Desde que María de los Ángeles se fue, a consecuencia de su inesperado embarazo, la situación cambió en el hogar de los Figuera. Los hombres de la familia, empezando por el señor Leonardo, acordaron proteger a Morelia, “la niña de la casa”. Consentida hasta los extremos, le aceptaban su poco interés en los estudios. Algo conveniente porque eso le limitaba sus salidas a la calle. Las mujeres habían sido creadas para matrimoniarse y parir. No para andar de sabihondas, marimachas y realengas. Y si a eso se le agregaba que la “niña” era muy bonita, no tenían la menor duda de que encontraría un buen partido que la llevara al matrimonio.

A diferencia de Leonardo, los padres de Virginia habían prometido, en su momento, poner todos sus esfuerzos para darle a su hija los estudios que le permitieran aspirar a un futuro promisor. Aunque Flora ya no estaba, los planes se mantenían inalterables. Si la

vida para la mayoría de los hombres no era fácil, para las mujeres lo era mucho menos. Ahora que sentía el peso de los años, meditaba en el mañana de su hija y en la eventualidad de que él o la abuela fallecieran. Antes debía de cumplir con la meta. Una noche comentó:

—Hija, debes escoger una carrera universitaria que te sirva de respaldo. Cuando te gradúes, podrás casarte con un obrero, si así lo decides, porque tu profesión impedirá que pases necesidades.

Carmen añadió:

—Yo lo diría de esta manera: una vez que te gradúes, será difícil que un obrero busque acercarse a ti, aunque no tendría nada de malo.

En contraste y detrás de la sonrisa de asentimiento, se ocultaba una joven que quería graduarse para alcanzar otros sueños. Sentadas en la sala y frente al ventilador, Virginia y Morelia pasaron las horas conversando y escuchando los hits musicales de la actualidad. Con objetivos distintos, las unía la vitalidad juvenil y los deseos de conocerse mejor.

XII

Muchos meses habían pasado desde que la abuela Carmen tomara la decisión de abandonar su hato para cuidar a Virginia. No le había sido fácil apartarse de la vida en el llano, con sus cielos y sus lunas. Extrañaba la singularidad de sus amigos y, sobre todo, a su otra familia. En la ciudad, a causa de la luz artificial y la dinámica capitalina, le era difícil disfrutar de las estrellas y del horizonte, como solía hacerlo. Después del proceso de adaptación, comenzó a sentirse mejor entre las nuevas amistades. Eran personas sencillas y cordiales. De tanto en tanto, les pedía que le echaran un vistazo a su nieta, mientras ella iba a visitar a sus hijos y a sus otros nietos. Con el transcurrir del tiempo, pudo constatar que venir a Caracas había sido la mejor decisión. En Santamaría se agudizaba el carácter protector; su nieta requería de una abuela que la escuchara y la comprendiera.

A esa abuela no se le escapaba nada. Veía cómo le desolaba, a Virginia, crecer alejada de la vida social. Cuando en casa de los Robinson o de los López se armaban las concurridas fiestas, su nieta solía asomarse a la ventana, con una mirada que proclamaba el deseo de ser una de aquellas jóvenes tan alegres. Lucía Robinson lo había notado, por lo que decidió invitarla a la celebración de su cumpleaños. De inmediato, la abuela dio el consentimiento, aunque no ignoraba que debía contar con el de su yerno. *Ya me encargaré yo de que no ponga reparos*, se dijo, en tanto pensaba en salir de compras con ella para comprarle un vestido nuevo.

—Puede ir —afirmó Santamaría cuando lo supo —pero, con una condición. Que vuelva a las doce en punto.

Lamentablemente, la fiesta estaba tan animada que a Virginia se le olvidó mirar el reloj. Cuando se dio cuenta, habían pasado unos veinte minutos de la hora indicada. Salió a toda prisa, casi sin despedirse, temiendo la reprimenda que le esperaba. Tuvo que regresarse porque su papá había puesto un candado en la reja de su casa. El nerviosismo hizo presa de ella. ¿Qué podía hacer? ¿Quedarse en la calle? La señora Robinson le dijo que no se preocupara porque podía dormir en la suya.

En la mañana, Carmen se enteró de lo que había pasado. La señora Robinson le explicó por qué Virginia tuvo que pasar la noche fuera de su casa. El disgusto de la abuela fue tan grande, que se le subió la presión arterial. En cambio, Santamaría encontró la excusa perfecta para negarse a próximas invitaciones. Sólo a él podía ocurrírsele medidas tan absurdas. La abuela sabía que no era conveniente desautorizarlo frente a su hija, por lo que esperó el momento apropiado para reclamarle su actitud.

—Si no le gustan mis decisiones, suegra, usted ya sabe lo que debe hacer.

Contemplar el desconsuelo de Virginia le roía el corazón. Si continuaba por el camino del sometimiento, ¿cómo fortalecerle el espíritu para que pudiera superar los retos existenciales que le esperaban? Entre las dos había la confianza suficiente para hablar sin tapujos. Eso podía generar algunos conflictos. Su concepto sobre la vida no era una ruta sin desvíos, como trataba de inculcarlo Santamaría. Él procuraba, por todos los medios, que nada interrumpiera el

camino de su hija hacia el éxito en los estudios. Después habría tiempo para el matrimonio, los hijos y los nietos. Todo enmarcado en un mundo de fábula. ¿Dónde quedaban el amor, las diversiones y los engaños propios de la juventud? Decirle a la nieta que su padre no tenía razón, era como bajárselo del pedestal.

En vez de darle consejos, Carmen optó por hablarle sobre su pasado. Un poco para mostrarle que no todo era color de rosa; un poco para que supiera cómo enfrentarse a las adversidades, aunque la realidad, bien lo pensaba, era que cada quien aprendía a su propio paso, no con las experiencias ajenas. Sus padres la habían educado bajo las normas rígidas de la época. Ellos se habían unido en un matrimonio concertado entre las familias de una sociedad pacata y regida por las doctrinas religiosas. Sin embargo, a Carmen poco le importó vivir en concubinato con el único amor de su vida. Fue inmensamente feliz, hasta que se casó y el encanto se le fue desvaneciendo, como el humo de las hogueras que fenecían en el patio de su casa.

—¿Significa, abuela —preguntó Virginia—, que es preferible no casarse?

—No, muchachita, no. Lo que quiero decirte es que la felicidad no llega para todos por el mismo sendero. Es única y personal. A mí me fue muy bien con tu abuelo, mientras vivimos en libertad. Después, el matrimonio lo echó todo a perder. Por supuesto, no es una regla válida para todas las parejas. Tú tienes el derecho a tus propias experiencias, casada o no. En fin, lo que quiero que entiendas es que deseo, con todas las fuerzas de mi alma, es que seas dichosa con

cualquier decisión que tomes. Eso sí, sabiendo asumir con entereza tus equivocaciones.

La amistad de su nieta con Morelia se presentó en el mejor momento. Virginia había terminado el bachillerato y estaba de vacaciones. Ahora tenía con quien disfrutarlas. No visitaba, como solía, a Delia y a Yajaira, que andaban en otros planes. Comenzó a pasar las tardes en casa de los Figuera. Lo haría hasta que comenzaran las clases en la universidad y asumiera las nuevas responsabilidades académicas. Abuela Carmen flotaba entre la alegría y la aflicción. Alegre, por los progresos de la joven; afligida por el cúmulo de malestares que, últimamente, estaban atentando contra su salud. ¿De cuánto tiempo disponía? El doctor le recomendó hablarlo con la familia. Ella deseaba mantener su secreto hasta el final, aunque supiera que no era lo correcto.

XIII

Los Figuera se acostumbraron a ver llegar a la hija única de su vecino. Les complacía que aquella muchacha tímida y de buenos modales le hiciera compañía a Morelia. La señora Elena, obligada a buscar empleo, luego de que el señor Leonardo decidiera hacer vida aparte con otra mujer, sintió cierto optimismo con la presencia de Virginia. Esa amistad era lo que necesitaba su hija para cambiarle el desinterés por los estudios. Todos en esa casa salían a trabajar, a excepción de la tía Juliana, quien tenía la obligación de cumplir con las tareas del hogar y de cuidar a su sobrina. Entre tanto, Morelia sólo se dedicaba a invertir su tiempo en el cuidado personal.

Desde su habitación, tía Juliana trataba de escuchar las conversaciones de las jóvenes. El alto volumen de la música no se lo permitía. Las carcajadas le despertaban antiguos recuerdos, cuando le surgían los impulsos de reír por cualquier motivo. Fue una chica alegre y romántica. La juventud se le había colado por el desaguadero de los años, sin haber cumplido sus sueños. Para no acabar como una rama seca, decidió compartir su soledad con un hombre casado que la buscaba cuando podía. En esas ocasiones, ella se adornaba de una felicidad que disentía con la tristeza de sus ojos.

Fresco era el recuerdo de lo sucedido con Josefina, su mejor amiga. Estaba tan enamorada, que se dejó dominar por la pasión, cediendo a los pedidos de su novio. Una vez alcanzado el objetivo, él la abandonó por ligera. Porque una mujer decente no se entregaba

así no más. Años más tarde, ella volvió a enamorarse y se casó con otro hombre. Por temor a perderlo, no quiso contarle lo que le había pasado con el primero, rogando que, en la noche de bodas, todo transcurriera con normalidad. Para su infortunio, el esposo no tardó en darse cuenta. Con el orgullo de macho herido, abandonó el lecho y comenzó a humillarla, hasta que le lanzó el traje de novia:

—¡Póntelo, que te devuelvo a tu casa!

Con esos antecedentes, tía Juliana tenía razones suficientes para conservar su pureza como el más valioso de los tesoros. Por eso, una vez que Román, su primer amor, la pidió en matrimonio a sus padres, se prometió esperar, hasta después de la boda, para entregarle la joya. Ella no era de hielo; era yesca que se encendía cada vez que su prometido trataba de hacerla caer en tentación. Con mucha entereza, lograba negarse:

—¡Deja, que eso es pecado! —exclamaba.

—¡Pero sí muy pronto estaremos casados, mi amor!

—respondía él, visiblemente, contrariado.

—Pues, podemos esperar hasta entonces.

A Juliana no le resultó tanto control porque, lo que no con ella, hacía tiempo que lo disfrutaba con otra. Una semana antes de la boda, Román rompió el compromiso para cumplir con la joven que había embarazado. Además de la colosal desilusión y la insostenible humillación, sintió nacer la desconfianza hacia todos los hombres. Tuvo varios novios que cuando llegaban al punto, los despedía totalmente ofendida. A medida que pasaban los años, se reducía la posibilidad de encontrar el príncipe azul. Cayó en cuenta de que, si no soltaba sus prejuicios, se iría

de este mundo sin conocer las delicias del amor. Tal vez, ese era el motivo por el que andaba con Asdrúbal, el taxista que la invitaba a salir de vez en cuando. La amistad de su sobrina con la vecina fue una luciérnaga en la oscuridad de su existencia. Quería tomar un trocito de esa juventud delirante, enfrentada a horizontes tan distintos a los que fueron. Poco a poco, se acercó a ellas. Al principio, se dedicaba a escucharlas y a emitir uno que otro comentario. Luego, animada por la confianza que le inspiraban, comenzó a contarles las particularidades de su pasado. Quizás, para extender la animada compañía, o abrir las compuertas a tantas congojas acumuladas. El día que las jóvenes hablaron sobre su decisión de mantenerse castas hasta el matrimonio, no pudo evitar el desbordamiento de la amargura:

—¡Ja! De nada me valió cuidar la virginidad para no quedarme soltera.

XIV

Esas vacaciones fueron como ráfagas de viento sobre los trigales. El haber culminado la secundaria, además de la proximidad de la mayoría de edad, significó para Virginia cierta flexibilidad en las reglas establecidas por su papá. Ella podía pasar casi todo el día con la vecina, sin que él se molestara. Cansadas de estar encerradas, a pesar de la música, de los programas televisivos, de la tía Juliana y de las golosinas que devoraban a diario, decidieron pedir permiso para salir a pasear. Emocionadas, deambulaban por el barrio o subían a un autobús para recorrer la ciudad. La curiosidad las impulsaba a bajarse en cualquier lugar. En una de esas salidas, Morelia le preguntó:

—¿Me acompañarías a visitar a mi prima?

—¿A quién? ¿A María de los Ángeles?

—Sí, a ella.

Virginia dudó un instante. ¿Cuánto podían tardar?

—Si no es muy lejos...

Después de varios años, María de los Ángeles apareció en casa de los Figuera. A Elena y a Juliana no les agradó la inesperada visita, por lo que le sugirieron no volver, sin antes hablar con Leonardo. Debía entender que no ignoraban lo que había hecho con su vida. Su comportamiento no era un buen ejemplo para Morelia. Con estas palabras, a María de los Ángeles le quedó claro que nunca sería bienvenida. Sin embargo, no desperdició la oportunidad para darle la dirección y el número telefónico a su prima. A

escondidas, se hablaban por teléfono o se veían esporádicamente. Virginia, además de querer acompañarla, sentía curiosidad por saber qué había sucedido con la joven cordial que conoció en la niñez.

Aquella lejana tarde, cuando desapareció con el acompasado andar de las reinas, María de los Ángeles no dudó en buscar una cabina telefónica para llamar a Gerardo, el padre del hijo que venía en camino. Él se había enamorado profundamente; cosa que no sucedió con ella que evitaba, a toda costa, volver a entregar el corazón. Ninguno se lo merecía. Pero, en esos momentos, estaba en apuros y acudir a él era su mejor opción. Al menos, era un hombre con dinero y, por gracia, bien parecido. Siempre estaba dispuesto a satisfacerle sus gustos. A veces, era tan efusivo, que la aburría. Gerardo se daba cuenta y, para no pasar por la tortura de perderla, le pedía disculpas como si hubiera cometido un sacrilegio.

Ella lo conoció en uno de los centros nocturnos a los que acostumbraba asistir. No le importó dejar al acompañante de turno para atender el galanteo de quien resultó ser el dueño de aquella discoteca. Comenzó a salir con él. Frente a sus tantas atenciones, decidió dedicar el tiempo a alguien que parecía disfrutar con complacerle sus caprichos. Ella había tomado sus previsiones para no embarazarse. Las píldoras anticonceptivas le producían dolores de cabeza y unas náuseas incontrolables. Se vio obligada a tomar otras medidas que, por lo visto, no le proporcionaron los efectos esperados.

Se casaron y fueron a vivir a un confortable apartamento. Gerardo no estuvo de acuerdo con que ella continuara con su vida disipada. María de los Ánge-

les aceptó, no de muy buenas ganas. En sus planes no le calzaba convertirse en ama de casa. Pronto la desbordó el aburrimiento y comenzó a pelearse con él. La agenda de sus contactos la atraía como un poderoso imán. En ausencia del esposo, los llamaba y mantenía largas conversaciones con ellos. Él palpaba el alejamiento acelerado de quien le había robado el corazón y el buen juicio. Aunque ya no sentía lo mismo, deseaba conservar su familia. Le pidió que se centrara en sus responsabilidades de madre. Ambos tenían un hijo que necesitaba crecer en un ambiente digno. Con la altanería que caracterizaba a quienes creían tener el mundo a sus pies, ella expresó:

—Lo siento, esta no es vida para mí.

Gerardo se quedó con el hijo; María de los Ángeles, con su vida indecorosa.

Las jóvenes tocaron a su puerta. La mujer ojerosa y con el cigarrillo en los labios que les abrió, estaba a kilómetros de distancia de la que Virginia llevaba en sus recuerdos. ¿Cuánto tiempo había pasado, desde entonces? No tanto como para transformarla en el espectro marchito que las recibía. María de los Ángeles trató de mostrarse alegre y conversadora, como la que alguna vez fue. La mueca que pretendió ser sonrisa no engañó a nadie, menos a ella misma.

XV

Faltaban pocas semanas para que comenzaran las clases en la universidad; las que, compartidas con Morelia, pasarían a formar parte de los momentos imborrables. Fue una etapa feliz. Pudo asistir a fiestas, incluyendo las celebradas lejos del barrio. En la cuadra, todos se ponían de acuerdo para salir en grupo; circunstancia que generaba algo de confianza en Santamaría. Su hija estaría acompañada por los hijos decentes de los vecinos. Esa actitud, le hizo creer a Virginia que él dejaba de ser el hombre estricto e intolerante de siempre. Esas vacaciones pudieron haber terminado perfectamente, si su padre no hubiera actuado, como lo hizo, en unas circunstancias que la llevaron a comprender cuánto se había equivocado. Morelia tenía novio. Alejandro, un joven responsable y trabajador, acostumbraba a visitarla los fines de semana. El encanto de la familia Figuera era evidente. Lo percibían como un buen prospecto. Soñaban con verla casada con él, sin contar con que ella era demasiado joven para pensar en eso. A Virginia también le agradaba, aunque él prefiriera los boleros de Tito Rodríguez y Chucho Avellanet, al rock de Steppenwolf o de los Guess Who. Alejandro se sentía a sus anchas en ese ambiente romántico que a Morelia parecía fascinarle. Entre tanto, la señora Elena, sin proponérselo, encontraba una aliada en la joven vecina. Cuando los novios le decían que deseaban salir, inmediatamente, sugería que la invitaran. Ella confiaba en su hija; no tanto en él. Era mejor evitar algún desliz que tuviera que lamentar después.

La mayor parte del tiempo, los novios ignoraban a Virginia. El papel de chaperona no le parecía agradable. Con todo, era preferible a estar encerrada en su casa. Cuando Alejandro las invitó al cine y ofreció llevar a su mejor amigo, ella se alegró. Abuela Carmen, como de costumbre, estuvo de acuerdo. Virginia no lo consultó con su papá. Consideró que no era necesario. La tarde estaba preciosa, y ella, muy emocionada. Segura de que nada perturbaría su salida al cine, comenzó a arreglarse. Lista para encontrarse con sus amigos, Santamaría entró a la habitación:

—¿Se puede saber a dónde vas?

El susto la hizo titubear:

—A... casa de Morelia.

—¿Quiénes son esos hombres?

—¿Cuáles?

—Los que acaban de llegar. ¿Te interesa alguno?

—No. ¡Por supuesto que no, papá!

—¡No me mientas!

La bofetada la tomó por sorpresa. Abuela Carmen quiso hacer lo mismo con él. Un halo de cordura la detuvo. Lo miró indignada, preguntándose a dónde habían ido las largas conversaciones sobre las necesidades y el futuro de su nieta.

—Si me estás diciendo la verdad —remarcó Santamaría—, no te importará quedarte en tu cuarto.

Virginia lloró, no por el dolor en la mejilla o por no salir con sus amigos. Lloró de impotencia, por no haber sabido cómo responder y por el miedo que comenzaba a enraizarse en su alma.

XVI

Si alguien estaba seguro de que hacía lo correcto, ese era Santamaría. La enfermedad de Carmen lo había puesto a cavilar sobre las responsabilidades que estaba por asumir. Sus sentimientos eran encontrados. Por una parte, sentía pena por la delicada salud de quien le daba tanto amor a su hija. Por otra, los temores propios de un padre para guiar por buen camino a quien, a grandes pasos, se hacía mujer. Las implicaciones eran complejas, sobre todo, porque él había depositado esa tarea sobre los hombros de su suegra. Las mujeres se entendían entre sí. Frente a la perspectiva de una nueva realidad, le preocupaba su falta de experiencia. Sin ella, era obligatorio cambiar las reglas. Había permitido que Carmen consintiera en demasía a Virginia. Ahora, los resultados saltaban a la vista: una joven que quería hacer lo que le daba la gana.

Él se había convertido en un hombre huraño, poco capaz de manejar una soledad que, con Flora, había dejado atrás. El luto fue largo y, en ocasiones, insoportable. En los primeros tiempos se resistió a regresar, directamente, del trabajo a la casa. Optaba por dar largos paseos, o compartir con los desconocidos o los vecinos que se reunían en un bar del barrio. En el establecimiento, la rockola no dejaba de sonar. Al compás de boleros y rancheras, los asistentes pretendían desprenderse, tragos en medio, de los problemas de subsistencia o de las penurias del amor. Allí comenzó su amistad con Francisco, un hombre soltero de mediana edad que soñaba con conquistar

los laureles en un ring de boxeo. Santamaría opinaba, en secreto, que la oportunidad se le había ido entre el plumaje de sus años jóvenes. Nada perdía con dejarlo seguir soñando. Luego de algún tiempo, cuando la confianza fue suficiente entre los dos, aceptó la invitación de ir a su casa. El boxeador tuvo la delicadeza de invitar a Carmen y a Virginia.

Los Castillo recibieron a los Santamaría con toda la pompa que les permitieron sus limitados recursos económicos. A simple vista, se notaba que habían puesto esmero en arreglar la casa y abastecer la mesa. En el centro destacaba un ramo de flores artificiales, algo tristes para Virginia. Santamaría se sintió honrado por las efusivas demostraciones de afecto de aquellas personas, con quienes apenas había cruzado saludos. Cohibidas, las invitadas no lograban responder de la misma manera. Pero, a medida que transcurrían los minutos, la conversación comenzó a fluir. La señora Castillo compartió recetas de cocina con Carmen, mientras las hijas celebraban el encuentro con una nueva amiga. Cuando Santamaría manifestó que era hora de retirarse, Francisco, haciendo gala de una actitud ceremonial, pidió la palabra:

—Estimado Santamaría, ha sido un gran honor recibirles, a usted y a su familia, en nuestro humilde y digno hogar, aunque algunos opinen lo contrario. Se lo digo por si acaso le han llegado rumores. La gente habla por hablar... Bueno, continúo. Sabe el gran respeto que usted me inspira. De una vez, le participo que mi familia ya está al tanto (¡ejem!) del motivo de esta reunión...

Si los Castillo recorrían malos caminos, el invitado lo ignoraba. Frente a la inesperada solemnidad y sin

sospechar lo que venía, expresó con una sonrisa:

—Amigo, ve directo al grano, por favor.

—Bueno... Usted sabe que soy un hombre serio y un excelente boxeador. Ya estoy en conversaciones para firmar un contrato. Eso me permitirá obtener los medios suficientes para formar una familia. Ahora que usted me conoce y hemos entablado una amistad sincera quiero, delante de mi madre y mis hermanos, pedirle la mano de su hija.

Si a Virginia le pareció una locura la proposición de aquel vejestorio, feo y casi calvo, para Santamaría, después de la sorpresa, fue un insulto. Francisco se había aprovechado de su buena fe, con la taimada idea de comunicarle tan disparatado propósito. A duras penas, por respeto a las anfitrionas, logró controlar la indignación.

—¡Eso no será posible! ¿No ves que mi hija todavía es una niña?

Los Castillo, en vez de comprender que habían cometido una torpeza, se sintieron ofendidos. La despedida no pudo ser más fría. Desde entonces, Santamaría se prometió protegerla de los hombres. Sobre todo, los de la vecindad, porque allí no existía quien la mereciera. Recordando esa situación, él sintió que había sido un error seguir los consejos de su suegra y permitir ciertas flexibilidades. La realidad terminó por darle la razón. Si a él no se le hubiera ocurrido asomarse a la ventana, no se habría enterado de lo que intentaba su hija. ¿Acaso creyó que él nunca se daría cuenta? Era la primera vez que reaccionaba de manera violenta. La bofetada salió sin premeditación. Aunque le dolió más que a ella, no se arrepentía. Virginia tenía que entender que cuando su padre

expresaba: “Nada de pretendientes”, lo decía muy en serio.

XVII

Ni las intolerancias, ni las rabietas de Santamaría podían detener la rueda de la fortuna de Virginia, que comenzó a girar, como sucedía con todos los mortales, desde el mismo instante de la gestación. Una rueda que daba volteretas en una sociedad atosigada por consignas nuevas: la liberación femenina, con sus imprevistas consecuencias. A eso le temía él. Sin embargo, estaba consciente de que era imposible evitarle el contacto con esa realidad. Flora siempre había tenido razón. El mundo cambiaba en forma acelerada y la juventud atendía jubilosa a sus llamados. No podía conservar a su hija como una frutilla en frasco. Nada más que, mientras ella viviera en su casa, su deber era obedecer las reglas. De lo contrario, ya sabía a qué atenerse.

La universidad significó, para Virginia, experimentar un cúmulo de fascinantes emociones. Como el polen de las flores con el viento, la adolescencia se desprendía de ella. El alma aspiraba los aromas de una incipiente independencia. Recorría las áreas universitarias, los parques y los pasillos de las escuelas con ávida curiosidad. En las horas libres se dejaba ir por los jardines para disfrutar del canto de los pájaros, el rumor de los árboles y la algarabía de los estudiantes. La universidad le ofrecía un mundo de novedosas experiencias. El recinto universitario le otorgaba la posibilidad de alejarse del hogar sombrío, la irritabilidad de su papá, el deterioro de la salud de su abuela y la amenaza de que, muy pronto, la dejaría. Sus hijos y sus otros nietos le rogaban que volviera.

Delia y Yajaira, sus antiguas amigas del liceo, también se habían inscrito en la universidad, aunque en diferentes carreras. Se reencontraban cuando los estudios se lo permitían, aprovechando para ponerse al tanto del ritmo de sus vidas. Delia trabajaba en horario diurno y asistía a las clases nocturnas. Su nuevo novio se llamaba Wilfredo, un compañero de trabajo con el que hacía planes para casarse. Yajaira comenzaba su noviazgo con Eduardo, uno de los hijos de los López, aquella familia del barrio que siempre tenía un motivo para armar la fiesta. Sus dos amigas eran descendientes de mujeres de carácter firme, generado por las circunstancias que les había tocado enfrentar. Ambas tuvieron que, una por viudez y la otra por abandono, enfrentar el rudo desafío de criar solas a sus hijos. Eso les había endurecido el temperamento. Sin embargo, en contraste con Santamaría, ellas aceptaban las visitas de los novios y los amigos de sus hijas.

La universidad se transformó en el segundo hogar de Virginia. Acatando el mandamiento de su padre, “No andarás con compañías masculinas”, se vio obligada a estudiar, con sus compañeros de clases, dentro del circuito universitario. Formó un singular equipo de estudios con Rafael, un joven muy guapo, de personalidad exquisita, José, de estirpe llanera, extrovertido y con un afán perenne de conquista, y Margaret, siempre vestida a lo hippie y con una larga melena encrespada.

La vida no era una línea recta, por lo que el desenvolvimiento cotidiano de la universidad era interrumpido por el llamado a la protesta estudiantil. Los centros de educación se habían convertido en

los núcleos de los debates políticos universitarios. Las protestas estudiantiles no se detenían. Recientes eran los últimos movimientos mundiales. Entre ellos: el Mayo francés, marcado por las marchas universitarias y sindicales en contra de la sociedad de consumo, el capitalismo, el imperialismo y el autoritarismo; la Masacre de Tlatelolco, en México, que provocó la muerte de más de trecientas personas y las detenciones masivas y arbitrarias por cuestionar las políticas de Estado y las medidas sociales y económicas; el Cordobazo, una insurrección popular y obrera, ocurrida en la ciudad argentina de Córdoba; la eliminación de las escuelas técnicas y el allanamiento de las universidades venezolanas, con más de una decena de muertos y cientos de heridos, torturados y desaparecidos, que pretendían acallar las voces que exigían, entre otras cosas importantes, la renovación de los pénsums de estudio.

Los gobiernos evadían su responsabilidad, sobre los excesos cometidos, con razones que no tenían que ver con sus deseos de sofocar la llamarada de los movimientos revolucionarios que se esparcían por el mundo. En el liceo, a Virginia no se le ocurrió acompañar las marchas estudiantiles. En la universidad, por solidaridad, se unió a la efervescencia de sus compañeros. Los participantes partieron de la Plaza del Rectorado. A las puertas de la universidad los aguardaba un batallón policial. Los disparos, las piedras y las persecuciones no se hicieron esperar. En medio del desorden, los gritos y las carreras, ella estaba muy asustada. No sabía qué hacer. Al verse sola y entre tanta confusión, se paralizó, transformándose en un poste de alumbrado más. Casi al al-

cance de la policía, alguien la tomó por un brazo y la obligó a escapar con él. Así conoció a Bruno Caruso, un alumno de la Facultad de Arquitectura.

XVIII

Después de Rodrigo Ramírez, el joven que ella esperaba a los pies del balcón, Virginia había recibido unos cuantos besos tiernos de su novio en el liceo. Sin la posibilidad de llevarlo casa y próximo a terminar la secundaria, pronto dejarían de verse. Para ella, el amor estaba enhebrado con el idealismo de las novelas que invadían la biblioteca de su habitación. En cambio, el liceísta anhelaba ir más allá; despertar la sensualidad de su novia. Era el último día de clases; se prometió besarla con todas sus ganas, como lo hacía un hombre de verdad. Para su infortunio, el boletín de notas acabó con sus planes; tenía que repetir el año. Se le voló el ímpetu en un instante. El romance terminó, por lo tanto, sin pena ni gloria. La joven continuó creyendo que llegar sacrosanta al matrimonio, como deseaba su papá, era lo correcto y más sencillo del mundo. Para desmentirlo, apareció Bruno en escena.

Sin la abuela, la casa se plagó de tristezas. Por un lado, le agobiaba el dolor de la ausencia, por el otro, la imposibilidad de acercarse a un papá que se quejaba por cualquier cosa, como si ella poseyera la virtud de hacerlo todo mal. ¿Cómo imaginar que era la reacción de un padre ante una realidad para la cual no se sentía preparado? Era un alivio, para ella, salir muy temprano a clases, y una pesadumbre regresar. Los fines de semana, una tortura, entre las habitaciones silenciosas y el humor ensombrecido de su papá. Dentro de ese ambiente, la amistad de Bruno llegó para convertirse, en un principio, en la almohadilla

del rosario de sus penas.

Por su parte, al estudiante de arquitectura le sedujo la joven tímida y asustadiza que estuvo a punto de ser retenida en algún circuito policial. Al principio, le fue algo difícil ganarse su amistad. Luego, cuando ella ganó confianza, se les hizo costumbre encontrarse en los tiempos libres, entre clase y clase. Si no llegaba sola, Bruno no tenía inconveniente en sumarse al grupo de amigos que la acompañaba, casi que a sol y a sombra. Tampoco para ir con ellos a tomarse un refresco en cualquier cantina universitaria. Las conversaciones eran amenas y, a veces, controversiales, entre las diferentes visiones sobre cómo mejorar el mundo, la vida extraterrestre, los éxitos literarios y los hits musicales del momento. Entre tanto, comenzó a sentir la necesidad de estar a solas con ella.

Nada más conocerlo, a Virginia le gustó Bruno. Esbelto y con los cabellos a los hombros, era la vívida estampa de un integrante de una banda de rock. Si a eso se le agregaban la mirada profunda, detrás de los anteojos, y el timbre ronco y melodioso de su voz, tenía el equipo completo para sumirla en el encantamiento. Quizás, no tanto como el que sintió por Rodrigo. Aún no lograba arrancarse la espina del bochorno y el orgullo herido. Poco a poco, se fue percatando de que su nuevo amigo era alguien en quien se podía confiar. Abrumada por las ansiedades que le ocasionaban sus incertidumbres existenciales, comenzó a contarle cosas que a nadie había contado. Sobre todo, le hablaba sobre la nostalgia que no la abandonaba desde que perdiera a su madre y a su abuela, y la incompreensión de su papá. Él pudo entender por qué ella no podía llevarlo a su casa.

Virginia deseaba que él la invitara al cine o a cualquier otro lugar, lejos de la universidad, para no continuar compartiéndolo con los compañeros de clases. No sería ella quien diera el primer paso, como cuando invitó a Rodrigo a la celebración de sus quince años. Había aprendido la lección; no le quedaba más que acudir a la paciencia y esperar. El problema era que a Bruno parecía sólo desearle ser su amigo. El semestre en la universidad estaba por terminar y comenzarían las vacaciones. Eso le generaba algo de pesar porque dejaría de verlo. En las vísperas del fin de clases, todos acordaron celebrar en un sitio donde se pudiera bailar. En la penumbra de una discoteca y rodeada por los brazos varoniles, a ella se le cumplió el sueño:

—Quiero que nos sigamos viendo, Virginia.

XIX

La época era complicada para las jóvenes que crecían bajo la tutela de los tabúes y prejuicios de sus padres. La sociedad venezolana se sumergía en la corriente de los cambios. Por las calles se alzaban las espirales de la informalidad y la rebeldía. Como consecuencias de la penetración cultural extranjera, el lujo y el glamour fueron sustituidos por la extravagancia y la psicodelia. La aparición del movimiento contracultural hippie, aupado por las consignas de “Paz y amor”, y el tráfico y consumo de la droga LSD llenó de espanto a esos padres que opinaban que sólo una dirección férrea podía lograr que sus hijos no se vieran afectados. Estos, atraídos por la cultura Pop, conformaron nuevos lazos sociales alrededor de la música, la moda y la psicodelia. Nacía una nueva identidad juvenil. Un estilo de vida considerado como el principio de un libertinaje, hasta entonces, nunca visto.

En medio de esa revolución creció Virginia, para quien la guerra de Vietnam, el movimiento de las Panteras Negras o la Primavera de Praga sucedían en otros planetas. En los primeros tiempos, se contentaba con las visitas a sus amigas, las idas al cine y a las celebraciones familiares. Ese estrecho horizonte tomó sorprendentes dimensiones cuando entró a la universidad. De las fiestas psicodélicas, en casa de los Robinson o de los López, con sus luces negras y decoraciones alocadas, ella comenzó a disfrutar de los ambientes concurridos de las discotecas y de los flamantes sitios, de espíritu juvenil, que pululaban

dentro y en los alrededores de la ciudad. Morelia, las Robinson y los López se convirtieron en sus cómplices. Entre todos, obtenían la aprobación de Santa-maría para llevarla con ellos; cosa que, evidentemente, no era del total agrado para él.

Virginia soñaba con integrarse al mundo excitante que se abría frente a ella. Para lograrlo, se vio obligada a afrontar una doble personalidad: la niña tímida en casa y la joven alegre, cada vez más espontánea, fuera de ella. No podía hacer otra cosa si deseaba mantener tranquilo a su papá y, a la vez, acabar con los sarcasmos de las Robinson. A pesar de que no dejaban de invitarla, insistían en burlarse de sus pueriles reacciones frente al comportamiento, nada prudente, de ellas con sus novios. Las calles y las discotecas eran testigos de sus demostraciones sensuales. Las burlas también eran para Morelia. Las dos eran tildadas de “zanahorias”, que era como decir “fuera de onda, casi tontas”. El caso era que, en Virginia, comenzó la necesidad de demostrarles cuan equivocadas estaban. Por eso, les presentó a Bruno.

—¡Mijita! ¿De dónde sacaste ese pavo tan guapo? — le preguntaron.

Desde entonces, él se convirtió en uno más. Se integró como lo hizo con el grupo de los compañeros de clases de Virginia. No le importó lo disparatadas que eran las Robinson, ni les dio importancia a sus insinuaciones y a sus directas. Prefirió tomarlas como pequeñas bromas. Bruno se sentía cada vez más orgulloso del recato de su novia. No era posible que se contagiara del virus de la desfachatez de las atolondradas amigas. A pesar de los intentos de Virginia por parecer independiente y extrovertida, conserva-

ba el aire angelical que lo había conquistado. Ella lo volvía casi loco. Sin embargo, su padre le había enseñado que la pasión no era pretexto para irrespetar a una joven sin experiencia.

Los remordimientos se apoderaron de Virginia. Después de haber bailado toda la noche con Bruno, encontraba despierto a su papá. Poco le importaba a él ir al trabajo sin haber dormido, con el propósito de ver llegar sana a su hija. ¿Qué podía hacer ella? ¿Dejar de divertirse y encerrarse en un convento? El deseo, en la infancia, de convertirse en monja, ahora le parecía gracioso. *Una cosa es el deseo y otra es la realidad*, le había dicho su papá en otro contexto, en un pasado que se le antojaba remoto. Tenía razón. La realidad acabó con aquel sueño, porque le gustaba tanto Bruno, que solía desvelarse recordando sus besos, sus abrazos. Sentía que se elevaba al espacio sideral cuando, uniéndose a las voces discográficas de Domenico Modugno o de Gianni Morandi, tan en boga en esos días, él le cantaba en su idioma natal. Y aunque no podía entender una palabra de “Come hai fatto” u “Occhi di ragazza”, fantaseaba con la idea de que habían sido escritas para ella.

En los brazos varoniles, a Virginia se le encendían los leños del deseo. Nada parecido a los sentimientos platónicos anteriores. Se dio cuenta de que ella no tan era santa, como las tías españolas de las que tanto se vanagloriaba su papá. Una vorágine de sensaciones le recorría el cuerpo, exigiéndole avanzar un poco más. Eso implicaba rodar por la pendiente hacia el pecado, por lo que siempre lograba contenerse. Bruno, por su parte, percibía la excitación que despertaba en ella, pero, se hacía el desentendido. Virgi-

nia sospechaba que, si se entregaba a la tentación, su papá no tardaría en darse cuenta.

XX

Las ocupaciones académicas no interrumpieron la amistad de las tres liceístas que solían gastarse el importe del pasaje en helados. Siempre encontraban tiempo para el reencuentro. Cuando Delia y Yajaira conocieron a Bruno, quedaron fascinadas con el joven amable y decente que demostraba ser. Se le veía muy enamorado. Ninguna estaba de acuerdo con que esa relación se mantuviera en secreto. Al fin y al cabo, el señor Santamaría no mostraba ser el ogro que Virginia insistía en decir. Siempre las saludaba con cordialidad. En todo caso, lo conveniente era que se armara de valor y se lo presentara. Sería una lástima que, por no hacerlo, algo tan bonito se echara a perder.

—¡Cómo se ve que no conocen a mi papá! —exclamó ella—. Con ustedes se muestra simpático porque, sencillamente, no son hombres.

—Fíjate, Virginia, en lo que te digo. Mi mamá no está muy de acuerdo con mi noviazgo con Eduardo —comentó Yajaira—. Sin embargo, ella prefiere que él me visite a que yo ande viéndome con él por las calles.

—En mi caso, amiga, mamá desea que me case rápido con Wilfredo —agregó Delia—. Así evitaría, según su parecer, que le salga con una barriga. ¡Cómo si yo fuera una sinvergüenza! Lo cierto es que también prefiere que él me visite en casa.

Eduardo, antes de que fuera el novio de Yajaira, no encontraba la forma de acercarse a ella. Decidido a conquistarla, acudió a Virginia para que intercediera a su favor. La fama de fiestero y mujeriego, no le favorecía en nada, por lo que necesitaba demostrar que sus

intenciones eran serias. En el universo de complicidades juveniles, ella no dudó en actuar como Cupido. Era el momento de agradecer la buena disposición de Amelia, la mamá de su amigo. Muchas veces había intervenido cuando su papá pretendió llevársela de las fiestas. Él se presentaba en el mejor momento:

—Vamos, hija, es muy tarde para que andes en la calle. Amelia, con la sonrisa amplia y su poder de convencimiento, lo tomaba por un brazo, mientras le proponía:

—Santamaría, ¿qué te parece si te la llevo dentro de un rato? Te prometo cuidarla.

Ayudar a Eduardo le parecía, entonces, lo más acertado, porque Crisóstomo, el novio anterior, nunca le agradó. Era demasiado serio, no compatible con la dulzura de su amiga. Yajaira había atribuido esa seriedad a las estrictas enseñanzas de la escuela de formación naval. Virginia no dejaba de preguntarse qué le había visto para enamorarse de él. En cambio, Eduardo era todo lo contrario: carismático, alegre y siempre vestido a la moda. Ella se acostumbró a pasar horas escuchando las cuitas de un amor que a él ya le parecía imposible. Frente a tanto desaliento, ella no dudó en presentarle a Yajaira, como si le asistiera el derecho a escogerle el novio, o como si poseyera una bola de cristal para adivinar que él se convertiría en el padre de sus hijos.

La señora Luisa, la mamá de Yajaira, parecía ser un pájaro de mal agüero. Cuando se enteró de que su hija deseaba casarse con Eduardo, supuso que sería una relación sin futuro. Ella no desconocía la fama del pretendiente, ni sus fiestas a todo volumen y a cada dos por tres, como si la vida para él sólo se tratara de andar celebrando. Se imaginaba que su casa

era un antro de perdición y que su hija nunca podría ser feliz con él. No obstante, Yajaira estaba tan enamorada, que era un absurdo oponerse a esa petición, sin que lo lamentara después. Para aliviar la angustia que la poseía, pidió consejo a la almohada y al difunto esposo. Al despertar, sin haberlo recibido de ninguno de los dos, se sometió a la resignación. El día que Eduardo pidió la mano, no pudo evitar acudir al sarcasmo, como una forma de hacerle ver que a ella no la engañaba.

—Te vas a casar con ella... ¿Qué piensas hacer con las demás?

Él, dándosela de gracioso, contestó:

—No se preocupe, suegra. Esas sólo son capillitas. Su hija es mi catedral.

Bastó ese comentario para que la señora Luisa pensara en hacerle la cruz. Tiempo después, observando el gran amor que le profesaba a Yajaira y a los hijos de ambos, tuvo que reconocer que se había equivocado. Desde entonces, era usual que se ufanara, trajeada con aires de superioridad y frente a las otras madres, del buen matrimonio que había hecho su hija.

Delia continuaba con sus planes de matrimonio. Andaba hecha un lío con ellos, el trabajo y los estudios. La señora Irma deseaba, con desesperación, que su hija se casara lo más pronto posible con Wilfredo. Los muchachos ahorrraban todo lo que podían para cumplir su sueño. Faltaba tiempo para eso. Tal vez, un año o dos... Eso era preocupante. En ese lapso podía ocurrir que terminara embarazada. Ser madre soltera era muy difícil. ¡Que se lo preguntaran a ella que, sobre eso, tenía un manual completo!

¡Cuánto le había costado, en un principio, sacar adelante a sus dos hijos! Luego, más allá de las carencias materiales, comenzó a sufrir por el miedo que le generaba dejarlos solos en casa, mientras ella trabajaba. Esa situación le oprimía las entrañas. Cuando ellos comenzaron a preguntar por su papá, le avergonzó no tener una respuesta apropiada para explicarles por qué tenían padres diferentes.

Las guardias nocturnas en la clínica le habían carcomido la lozanía. Y el desencanto, la posibilidad de amar de nuevo. Como se lo expresaba a sus compañeras de enfermería, ella le había puesto, muchos años atrás, el candado al portón del amor y arrojado la llave al basurero. No estaba dispuesta a complicarse la vida, menos las de sus hijos. El varón no le preocupaba tanto. Era un buen muchacho, dedicado a los estudios. No es que Delia no lo fuera. Sólo que, en la rueda del azar, a las mujeres les tocaba la peor parte. Más aun, cuando llevaban el estigma de ser madres solteras. Juró que haría todo lo posible para evitarle esa situación a su hija. No consideró que un documento y la bendición de un cura no eran, precisamente, garantías de felicidad. En aquellas épocas de gloria, de sus vidas sin complicaciones, los astros generosos bendecían los sueños de las tres amigas.

XXI

Con el reinicio de las clases, cesaron las fiestas. Los estudios demandaban total dedicación. Los reencontros de Virginia con Bruno se circunscribían a disfrutar de las pocas horas disponibles, dentro de la universidad. Entre tanto, todos se concentraban en la rutina estudiantil. A los pocos días, se incorporó al grupo otra estudiante. Minerva, una mujer recién divorciada, decidió retomar los estudios porque necesitaba una profesión que le permitiera continuar con las comodidades a las que estaba acostumbrada. A Rafael y a Margaret les pareció una buena compañía. José se sintió atraído de otra manera, por su hermosura. Virginia sintió curiosidad por alguien que aparentaba ser muy agradable, aunque no hiciera más que hablar de su posición social y del sitio destacado de su madre, dentro del partido político gobernante. Minerva era alegre, divertida y generosa. Sólo que no le hacía honor a su nombre. No era una diosa de la sabiduría; al contrario, era la representación del caos en los estudios. Al verla distraída en clases, ¿quién podía imaginar hacia dónde viajaban sus pensamientos? Nadie podía suponer que no le interesaba prestar la mínima atención a los profesores. Después, con total descaro, sostenía que ellos no eran didácticos, por lo que ese era el motivo para que ella saliera sin haber entendido un comino.

Todos intentaban ayudarla con el pensum de estudios. En especial, José que, a la postre, ya casi se babeaba por ella. Minerva parecía poner atención. A los pocos minutos comenzaba a bostezar, demos-

trando un incontenible fastidio. Los demás seguían estudiando, mientras ella, sin importarle desperdiciar el tiempo, esperaba a que terminaran para invitarlos a su casa. Apenas verlos en la puerta, su mamá, evidentemente disgustada e ignorándolos, exclamaba:

—¡Al fin, apareces!

Carlota, la mamá, era una secretaria ejecutiva muy ocupada. Se resistía a cuidar, como si fuera una abuela corriente, a los hijos de Minerva. Aquella tuvo que atender a los propios en su momento. Ahora le tocaba a la hija hacer lo mismo con los suyos. El repentino divorcio le pareció la mayor estupidez. Una mujer que nunca había trabajado y que le encantaba la buena vida, lo mínimo que debió haber hecho fue retener a su esposo. Al contrario, apenas éste se lo pidió, Minerva firmó los papeles. Para colmo de los males, ni una vivienda propia le había quedado. En vez de buscar empleo, le dio por perder el tiempo asistiendo a la universidad. Si no les había sacado provecho a los estudios, antes de casarse, ¿por qué pensaba que ahora sería diferente? Como madre y abuela, no podía negarles alojamiento. Lo demás, no era su responsabilidad.

En aquellas circunstancias, Minerva hacía milagros con la pensión alimenticia. No era suficiente para seguir dándose sus buenos gustos. El cómodo estilo de vida lo había aprendido, primero, con su madre; después, con su esposo. Nunca se había dedicado a las tareas del hogar. Para eso, siempre estuvo a su disposición una empleada doméstica. Las cosas marcharon perfectamente, mientras ella no se dio por enterada de las aventuras de su marido. Todo tenía un límite. Cansada de las infidelidades y de los malos

tratos, se alegró cuando le pidió la separación.

En las actuales circunstancias, le era urgente encontrar cómo resolver sus apuros económicos. Su mamá le aconsejaba que trabajara como secretaria, recepcionista o en lo que fuera. Si bien Minerva comprendía que todo trabajo era honrado, no estaba dispuesta a ser una empleada cualquiera. Prefería esperar un título universitario. La cuestión era sopesar cuántos años hacían falta para graduarse. Para colmo de males, al paso de las semanas, se fue dando cuenta de que no le cautivaban los estudios. Para nadie fue una sorpresa que terminara el semestre sin aprobar una materia.

—Bueno, muchachos, hasta aquí los acompaño —dijo—. No por eso vamos a dejar de vernos. Pasen por la casa o me llaman. Así nos ponemos de acuerdo para reunirnos.

Todos le aseguraron que así sería. La única que cumplió fue Virginia, que comenzó a visitarla con frecuencia.

XXII

Todo en orden en su vida, si no se tomaban en cuenta las imposiciones de su papá. Virginia tenía un novio que la quería, cursaba una carrera que le gustaba y poseía unos amigos que llevaban un soplo de alegría a su vida solitaria. La mayor ilusión era graduarse porque sabía que ese era el pasaje a su independencia. Al contrario de las amigas hacedoras de planes para casarse, a ella esa idea no le pasaba, ni remotamente, por la cabeza. Si no podía llevar amigos a casa, mucho menos, un novio. Sólo podía comprometerse con los estudios. La relación con Bruno no la llevaba a pensar en un futuro en común. Eso no era obstáculo para que, en ocasiones, cuando pasaba días sin verlo, extrañara sus besos, sus abrazos y sus conversaciones. No obstante, intuía que algo faltaba para que ella pudiera sentir ese amor, tan especial, con el que soñaba.

Volvieron las vacaciones. Sin la preocupación de los estudios, Bruno aprovechaba cualquier momento para encontrarse con Virginia, aunque tuvieran que citarse lejos de donde ella vivía. Esa sensación de hacer algo malo, sin serlo, le incomodaba. Él no era un murciélago para quererla, únicamente, en la oscuridad de una discoteca. Ansiaba andar con ella en libertad. ¡Tantos lugares para disfrutar a la luz del sol! Subir a las montañas que rodeaban la ciudad, un día de playa o, simplemente, pasear por las calles tomados de la mano. La sola idea angustiaba a Virginia que temía que, en uno de esos paseos, pudiera tropezar con su papá o con algún amigo suyo que le

fuera con el cuento. A él no le quedaba más opción que tratar de entenderla, porque lo importante era tenerla a su lado.

En casa de los López todo era animación. Amelia y Jesús, los padres de Eduardo estaban por cumplir sus bodas de plata. Sus hijos querían celebrarlo a lo grande. ¿Por qué no aprovechar el baile que se llevaría a cabo en uno de los clubes más importantes de la ciudad? El Salón Venezuela del Círculo Militar abría sus puertas a una de sus famosas fiestas. Estaría amenizada por una de las orquestas más importantes del país. Los invitados de los López, familiares, amigos y vecinos de la familia prepararon sus mejores galas. Santamaría también recibió una tarjeta de invitación:

—Muchas Gracias —dijo—. Con la asistencia de mi hija es más que suficiente.

Entre las paredes acristaladas, las cortinas infinitas y las lujosas luminarias, el salón de baile lucía en todo su esplendor. Mientras la orquesta interpretaba sus boleros, guarachas y merengues, los invitados de los López felicitaban a la pareja, antes de ir a sus mesas. Chicos y chicas, si no estaban en la pista de baile, caminaban por los alrededores, como modelos en pasarela. Yajaira, asida al brazo de Eduardo, era la misma estampa de la felicidad. Su madre le había permitido ir a la fiesta sin sus hermanos. Los hijos de los Martínez aparecieron sin acompañantes y bailaban entre ellos. Bruno, en traje de etiqueta, sin perder su apariencia de rockero, lucía más bello que nunca.

Como era usual, las hermanas Robinson destacaban por la elegancia y sus ensordecedoras carcajadas. No era raro, para nadie, que aparecieran con nuevos

acompañantes, tan modernos y extrovertidos como ellas. En cambio, Virginia sí se sorprendió cuando Morelia le presentó a Emil. No se había enterado de la ruptura del noviazgo de su amiga con Alejandro. Al paso del tiempo, ella comenzó a cansarse de él. Se consideraba demasiado bonita para seguir con alguien que, al final, le resultó pobre y aburrido. Eso fue después de que se fijara en el amigo de un vecino. Un hombre con algunas canas que llegaba en un suntuoso carro deportivo. Esa noche, Virginia no pudo evitar manifestarle:

—Hay algo en él que no me gusta.

—Tranquila, amiga, que me está tratando como una reina. Cansada de tanto baile, Virginia le cedió el turno a Lucía Robinson que moría por bailar con Bruno. Lo vio alejarse con ella, admirando lo alto y apuesto que era, mientras que se decía que más importante, que eso, era el apoyo que encontraba en él. Ella lo apreciaba de una manera sencilla y honesta. Tal vez, eso era el amor. ¿Para qué seguir idealizando un sentimiento que sólo existía entre las páginas de las novelas románticas? Sintió la necesidad de abandonar el salón y disfrutar de la brisa fresca en los jardines. A punto de regresar, escuchó una voz a sus espaldas:

—¡Virginia Santamaría!

De inmediato, lo supo. Dio media vuelta, con la mejor de sus sonrisas:

—¡Rodrigo Ramírez...! ¡Qué pequeño es el mundo!

—¡Cómo has crecido! ¡Mírate, ya eres toda una mujer! Entre tantas emociones, Virginia experimentó un halo de tristeza. Supo, con la claridad de la luna que los alumbraba, que la fase Bruno Caruso llegaba a su fin.

XXIII

*No estaba equivocada; el amor a primera vista sí existe, se dijo Virginia, después de su encuentro con Rodrigo. Lo supo desde el momento en que lo vio, por primera vez, en el balcón, aquella tarde, algo lejana, de trinitarias voluptuosas. Aunque su amor no fue correspondido entonces, jamás había dejado de pensar en él. En un arranque de cursilería y parafraseando a José Ángel Buesa, en uno de sus poemas, ella continuó diciéndose: *porque yo seguí amándolo en silencio, como algo inaccesible, como un sueño que nunca podría realizar, pero el lejano perfume de mi amor imposible, rozó sus cabellos y... ¡ahora es una realidad!**

Por Bruno se vio obligada a guardar ese sentimiento en un rincón de sus pensamientos. Así pudo disfrutar de su noviazgo, sin sospechar que, en algún momento, todo podía cambiar, de un modo que no pudo sospechar en sus más disparatadas fantasías. Fue suficiente con tener Rodrigo a su lado para darse cuenta de que necesitaba cosas más profundas que besos y canciones. Porque aquel amor platónico de la adolescencia, se transformaría en un fuego incontrolable y devorador, ahora que era una mujer.

La vida era, realmente, extraordinaria. La emoción la hacía sentir poderosa, capaz de superar los obstáculos que se interpusieran en el camino, a excepción de la muralla de su papá. Más adelante buscaría la forma para armarse de valor y presentarle a Rodrigo. Por lo pronto, era preferible que ni sospechara de la existencia del hombre que le despertaba sensaciones nuevas. La felicidad alcanzó dimensiones insos-

pechadas. Vivía soñando con verlo de nuevo, como cuando estudiaba en el liceo. Morelia, conocedora de las restricciones del señor Santamaría, abrió las puertas de la suya para colaborar con los reencuentros de aquella pareja, tan enamorada. La señora Elena y la tía Juliana no dudaron en unirse al complot.

El desconcierto reinó entre sus amigas. A Delia y a Yajaira les costó entender cómo, de la noche a la mañana, a Virginia le había dado por cambiar al estudiante universitario que tanto la quería. ¿Qué cosa le pudo haber hecho él para despacharlo así, de repente? Ninguna. ¿Entonces? Ah, ¡Rodrigo! Por supuesto que se acordaban de él. Creyeron que aquel episodio había sido el resultado de un capricho infantil. Por lo tanto, no dejaba de extrañarles que continuara sintiéndose atraída por alguien que, en cierta forma, se había burlado de ella. Aún más, cuando él era todo lo opuesto a lo que Virginia le gustaba y que había encontrado en Bruno.

Las Robinson, totalmente perplejas, no se quedaron atrás para emitir su opinión. Nunca disimularon la deferencia por él. La actitud de Virginia era incomprensible. En uso de su acostumbrado sarcasmo, dijeron: —¡Definitivamente, estás loca! Cambiaste paella por caraotas.

Lucía agregó:

—Ahora que él está libre, lo invitaré a salir.

Fue en vano. Él nunca tuvo ojos para ella.

Cuando Minerva se enteró, prefirió mantener cierta reserva:

—Déjame conocerlo. Espero que sea una buena elección. En todo caso, quiero que sepas que cuentas con mi apoyo.

En la universidad sucedió igual. Sus amigos no lo podían creer. Nadie lo vio venir. Lamentaron la ruptura, una decisión que consideraron algo desatinada. Se habían acostumbrado a verlos, invariablemente, contentos cuando andaban juntos. Bruno había demostrado ser un excelente novio y un buen amigo. ¿Por qué Virginia había tomado esa decisión? ¿Quién era Rodrigo? ¿Dónde lo había conocido? Lo cierto era que el rostro de su amiga exhibía un nuevo resplandor. Una mirada de ensueño que nunca antes había mostrado. Una emoción que le brotaba por los poros... Era muy simple, ella se había enamorado. No les quedó más que darle una oportunidad al desconocido que, imaginaron, habría de perturbar el ritmo fraternal de la rutina estudiantil. No les sería fácil suplir a alguien que consideraron una amistad auténtica.

Poco le importó a Virginia lo que pensaran sus amigos. Estaba de acuerdo en que él jamás arrancaría los mismos suspiros femeninos que Bruno. También, en que ella debería abandonar sus gustos por el Rock y acostumbrarse a los ritmos salseros de la Fania All-Stars o de La Dimensión Latina. Y si eso era poco, dejar de seguir usando los zapatos de tacones altos que tanto le fascinaban, si no quería verse más alta que Rodrigo. Nada de eso tenía importancia. Era su primer amor, grande e incomparable. Su sueño dejaba de ser algo imposible. Ahora constataba cuánto había deseado volver a verlo. Era tan dichosa, que no permitiría que unas simples opiniones cambiaran el rumbo de su destino junto a él. Nadie era capaz de observar las cualidades de Rodrigo, que sólo ella podía distinguir.

XXIV

En la poltrona de sus pensamientos, Santamaría se alegraba por la hija sensata que tenía. Sus estudios iban viento en popa. La dedicación puesta en ellos no le permitía perder el tiempo en amoríos. Ella terminó por entender lo que él esperaba. De aquellos días en que se la pasaba silenciosa, ahora se le veía contenta y comunicativa. Imaginaba que Minerva, la nueva amiga, tenía mucho que ver. Era una mujer casada y con hijos. Posiblemente, con la experiencia para guiar a Virginia por el buen camino. Le gustaban los modales finos y respetuosos de aquella mujer con clase que venía en un automóvil de lujo. Consideraba que provenía de una familia acaudalada. Quizás, era la persona que ella necesitaba. Algo así como una hermana mayor que la ayudara a crecer y, a la vez, a adaptarse a ese mundo de posibilidades.

Rodrigo y Virginia dejaron de verse en casa de los Figuera. Un riesgo que no podían seguir corriendo. El cuerpo del delito estaba frente a los ojos de Santamaría. En una de sus asomadas a la ventana, terminaría por notar al hombre que iba con frecuencia a esa casa y que, en definitiva, no era Emil, el novio de Morelia. Por suerte, Virginia contaba ahora con Minerva. Le tenía un enorme cariño y una confianza sin límites, a pesar de las atolondradas decisiones que ella tomaba, tan carentes de conciencia. Después de abandonar la universidad, se empleó en una empresa donde tampoco duró mucho tiempo. Los números, ni las máquinas de escribir, eran su fortaleza, por lo que, en menos de dos meses fue despedida. A punto de bancarrota, apareció Federico Moncada en su vida.

—El otro día, cuando fui al banco a sacar lo que me quedaba —comentó—, conocí a un hombre que me invitó a cenar.

—Tú no sales con desconocidos... —observó Virginia.

—¡Ya lo hice!

—¿Cómo?

—¡Imagínate! El orate me propuso comprarme un carro, si le aceptaba seguir saliendo con él.

—¡Qué se ha pensado ese infeliz! ¿Qué eres una mujer fácil? ¡Cómo te habrás sentido de ofendida!

—Sí, muy ofendida... —respondió, mirando a otro lado para ocultar la ironía en su sonrisa.

Cuando Minerva apareció en la universidad para lucirle a sus amigos el automóvil recién salido de agencia, todos quedaron estupefactos. Empezando por Virginia que, en pocos segundos, tomó la determinación de no juzgarla. Aunque descocada, no podía ignorar lo generosa y comprensiva que había resultado su amiga. Era una buena persona, afectada por los avatares existenciales que la estaban asfixiando. Para colmo, atosigada por las recriminaciones de la señora Carlota. Su hija y sus nietos les resultaban una carga en el presupuesto doméstico. Con las quejas maternas, sin trabajo, ni dinero, ¿qué otra cosa podía hacer? A los verdaderos amigos había que aceptarlos como eran.

—¿De dónde sacó ese carro? —le preguntó, con disimulo, Margaret a Virginia.

—No lo sé —contestó, evitando exponerla.

—Vengan, muchachos —expresó Minerva—, los invito a dar un paseo.

Rafael, con su proverbial desparpajo, preguntó:

—¿A quién le sacaste ese carro, mujer?

Desde entonces, era usual que, al final de las clases, Minerva pasara por Virginia para llevarla a sus encuentros con Rodrigo. Ésta creyó tener controlados todos los flancos porque Minerva vivía lejos. Las cosas fluían muy bien, hasta que el amor comenzó a llevarla por los senderos de la imprudencia. Se le miraba por todas partes de brazo de Rodrigo, con demostraciones afectivas que nunca antes se había atrevido. A veces, ella permitía que la llevara hasta la puerta de su casa, convencida de que su papá ya estaría durmiendo. Una noche, decidieron invitar a Morelia y a Lucía a una fuente de soda cercana. Virginia estaba feliz. No reparó en el hombre que interrumpía la conversación con sus acompañantes para llamarla.

XXV

La sorpresa las paralizó a las tres. Se miraron, una a otra, sin saber qué hacer. Rodrigo las veía sin comprender. Virginia agradeció a todos los santos por no estar tomada de su mano. De lo contrario, hubiera muerto del susto. *Ese es mi papá*, le comentó, en voz baja. *Quédate tranquila, yo sé cómo manejar la situación*, aseguró él. Entre tanto, Santamaría, tan sorprendido como ellas, acudió rápidamente al arte del disimulo. Expandió su sonrisa, mientras se levantaba de la silla e iba hacia ellos. Era la estampa de la cordialidad. Todos lo creyeron, menos Virginia que, enmudecida, sólo lograba pensar en lo que sucedería cuando regresaran a casa. En vista de las circunstancias y sin un pelo de timidez, Lucía se hizo cargo de la situación:

—Señor Santamaría, ¡qué bueno verlo por aquí! Como hace tanto calor, me traje a su hija para tomarnos un refresco. Si desea acompañarnos...

—Eres muy amable, estoy con unas amistades. El joven, ¿quién es?

—Rodrigo Ramírez —se adelantó él, extendiendo la mano—, es un placer conocerlo.

—El mío también. Pueden venir a la mesa, si gustan. Observando el nerviosismo de su novia, respondió:

—Muchas gracias, señor. No queremos interrumpir. Además, nos quedaremos poco tiempo.

A pedido de Virginia, regresaron de inmediato. Con tal grado de ansiedad, le era imposible disfrutar del momento. ¿Qué debía decirle a su papá? ¿Lo acababa de conocer? ¿Un amigo? ¿El novio de Lucía? Se

sentía mal, por el miedo y por el cordel de mentiras que se extendía cada vez más. ¿Por qué no decirle la verdad? ¿Qué puede pasar? Tal vez me he dejado llevar por un miedo infundado. Sus amenazas pueden ser sólo eso, simples amenazas. *Además, ya no soy una niña*, pensaba, sin poner interés a la conversación de los demás.

—Virginia... Virginia... ¡Virginia! —gritó Rodrigo, sacándola del ensimismamiento.

—Disculpa, es que estoy preocupada. Ya te he dicho como es él.

—Te estás inquietando de más. Estoy casi seguro de que, si le hablo sobre lo nuestro, entenderá.

—Primero, déjame hacerlo yo.

En la habitación, se miró al espejo. *Todo va a salir bien*, se dijo, mientras sonreía como una chiquilla, impulsada por el anhelo de ser escuchada, aunque fuera por esa vez. Ponía su fe en encontrar la comprensión que necesitaba. Ese inesperado coraje la hizo sentir como nunca. Sin embargo, la ráfaga de optimismo se le esfumó cuando sintió llegar a su papá.

En la fuente de soda, a Santamaría le costó seguir el hilo de la conversación. Se despidió de sus amigos. Deseaba comprobar que Virginia se había marchado directo a casa. ¿De dónde había salido ese hombre? ¿Qué tenía que ver con ella? ¿Todas estaban confabulados en alcahuetearla? Era imperdonable que le vieran la cara de tonto. Comenzando por Lucía, la sinvergüenza que cambiaba de novio a cada rato... ¿O es que ella creía que nadie se enteraba? ¿Dónde había conocido su hija a ese hombre? ¿Cómo hacerle entender que en casa se hacía lo que él ordenaba? ¡Bien bueno que, al final, le resultara una irrespetuosa!

Entró enrojecido por la ira. Ella comenzó a tartamudear, tratando de explicarle. No se lo permitió. Comenzó a despotricar como un desquiciado. Soltó palabras que nunca debieron ser dirigidas a alguien que aún conservaba el alma limpia. ¿Acaso no era capaz de entender el daño que causaba con la magnitud de sus ofensas? Quizás no, porque de ser así, jamás hubiera actuado de esa manera. En todo caso, le pareció que no merecía excusa alguna. Nadie, por más que fuera su progenitor, ostentaba la potestad de destruir la confianza y el amor propio de un hijo. ¿Qué demonios se le habían metido para ofenderla de esa manera? Inconforme con todo lo dicho, Santamaría guardó silencio por un momento, como buscando la frase justa para terminar. Luego, dijo con aplastante sarcasmo:

—No sé para qué me molesto. Si él está enamorado de alguien, será de una de tus amigas. Ellas sí son bonitas, no tú. ¿Habrá alguien que pueda fijarse en ti? Era demasiado. ¿Qué razones le asistieron para tratarla de esa manera? Confusa y al borde de las lágrimas, Virginia se sintió caricaturesca e insignificante, sin las fuerzas suficientes para tomar las riendas de su vida en ese mismo instante, como se lo estaba rogando el alma. En unos minutos, todo cambió. En lo adelante, ¿cómo serían las cosas entre ellos? ¿Verle la cara al otro día, como si nada hubiera pasado? ¿Qué hacer con el nudo de impotencia atascado en la garganta? Algo se fracturó en su interior, provocándole un dolor que habría de acompañarla por siempre. Hubiera preferido recibir mil bofetones. Estaba convencida de que la hubieran lastimado mucho menos que la daga del verbo que la acababa de destrozar.

XXVI

Lo sucedido la colmó de inseguridades. El noviazgo con Rodrigo ya no era posible. Su papá tenía los ojos puestos en ella y controlaba sus salidas. Virginia debía evitar que los encontrara juntos de nuevo. Era capaz de echarlo a las destempladas, como había hecho en el pasado con algunos de sus compañeros del liceo. Rodrigo era un hombre, no un chiquillo de aquellos. ¿Cómo hacerlo pasar por esa vergüenza? Sus amigos pensaron que ella exageraba al querer tomar la decisión de terminar con él. Los problemas entre las parejas se solucionaban conversando. Para ella, nadie tenía por qué enterarse de lo sucedido. Un secreto demasiado degradante que juró mantener oculto hasta el fin de sus días. Se dispuso a no ver a Rodrigo; sin embargo, le preocupaba no poder eludirlo, indefinidamente. En las largas noches de insomnio, buscó las palabras adecuadas que justificaran la determinación de alejarlo. La idea de romper con él la sumía en un profundo desconsuelo.

Se refugió en la universidad, deseando que el tiempo allí se extendiera hasta lo infinito. Sucedió todo lo contrario, las horas se acortaban sin conmiseración. Apenas concluían las clases, regresaba a su casa. A solas, en su habitación, se abstraía del mundo, mientras elevaba la vista al techo, como si allí pudiera encontrar las respuestas a sus dilemas. Amaba a Rodrigo como Julieta a Romeo, Ana Karenina a Vronsky, Catherine a Heathcliff o, simplemente, como ella nunca imaginó que podía hacerlo. Sin embargo, no era capaz de morir por él o, al menos, de tener la

valentía de elegir el destino con el que soñaba. Se sentía obligada a soportar la madeja de sentimientos que tanta desdicha le provocaba. Era insoportable ver agonizar, tan de golpe, el brote de sus ilusiones. Margaret, al verla llegar a clases, rodeada de un cerco de abatimiento, insistía en cambiarle el ánimo con sus bromas, sin ningún resultado. Deseaba saber qué había sucedido para que tomara esa decisión. Su amiga se mostraba tan hermética que sólo le ofreció su comprensión, guardando un silencio solidario. Por aquellas centellas que brotaban de sus ojos, a causa de sus sentimientos hacia Rodrigo y que la hacían tan hermosa, ahora flotaban un par de cuarzos sombríos. Los novios se veían tan enamorados, que algo muy grave debió haber ocurrido para que se produjera tan penosa separación. Virginia le aseguraba que él no tenía la responsabilidad sobre esa decisión. Entonces, ¿cuál era el misterio? Margaret esperaba que la crisis sentimental fuera algo pasajero.

A petición de Virginia, Minerva dejó de buscarla, no antes de brindarle unos cuantos consejos. Como todos, confiaba en la solidez de ese noviazgo. La vida era una sola y los amores verdaderos no se daban todos los días. Ella, a su edad, ya se había casado y tenido sus dos hijos. No desestimaba la situación de dependencia y la relevancia de los estudios de su amiga. Eso no le otorgaba la autoridad al papá para tenerla sometida de esa manera. No era cuestión de faltarle el respeto, sólo debía enfrentarse a él y decirle que tener novio no significaba cambiar los planes que tenía para ella. Era preferible que su papá lo aceptara, que obligarla a verlo a escondidas. Virginia, con mirada temerosa, le manifestó que mejor era dejar las cosas

como estaban. Minerva, compadeciéndola, le recordó que podía seguir viendo a Rodrigo, con su ayuda y cuando quisiera.

Lo que menos esperaba Virginia, cuando acudió al llamado de la puerta de su casa, fue encontrarse, frente a frente, con él. Sintió que se desmayaba. Sacó entereza y midió la situación. Sola en casa y su papá por llegar... ¡Tenía que ser concisa! El discurso preparado durante tantas noches para justificar el rompimiento, se le escapó como tantas otras cosas en su vida. No le pudo decir cuánto le hacía sufrir el no volverlo a ver. La angustia que la llevaba a soledades desconocidas. El miedo a no poder sacarlo, aunque fuera por ratos, de sus pensamientos, la añoranza por los momentos compartidos, la imposibilidad de encontrar el alivio a su desolación en el cobijo de los sueños, las horas que se extendían o se achicaban al antojo del tormento, no volver a sentir sus besos.

—Si la montaña no va a Mahoma...

—Rodrigo, tienes que irte. Mi papá está por llegar.

—Calma, Virginia, ¿qué pasa?

—¡Eso! ¡Que mi papá está por llegar y no quiero que te vea aquí!

—Yo creo que es lo mejor. Así hablo con él de una bendita vez.

—¿No lo entiendes? Si te encuentra, ¡me matará!

—Te equivocas. Pueden pasar dos cosas... Me acepta y se acaban los problemas. Si no, podemos seguir viéndonos en otra parte.

—Quita esa idea de tu cabeza. Sé que no te aceptará. Y tú, simplemente, te irás y yo tendré que quedarme aquí, sufriendo las consecuencias.

—Déjame intentarlo, por favor.

—Rodrigo, lo estoy diciendo en serio, ¡no puedo seguir contigo!

La determinación que vio en los ojos de su novia, le hizo desistir. Antes de irse, Virginia escuchó el conjuro:

—Hoy terminas conmigo. Está bien. Pero, ten en cuenta que yo no dejaré de amarte y tú, ¡jamás podrás olvidarme!

XXVII

No ignoraba Santamaría el dolor que le causó, meses atrás, a su hija. ¡Claro que tenía razones para haber reaccionado de ese modo! Era inaceptable que ella no tomara en serio sus reglas. Si se había propasado un poco en las recriminaciones, esperaba que entendiera que, en ocasiones, la ira hacía expulsar palabras que no brotaban del corazón. Flora le hubiera exigido que se disculpara de inmediato. ¿Por qué hacerlo? Desde que su esposa murió, se resistía a demostrar cualquier signo de debilidad que pudiera confundir a Virginia, haciéndola creer en el refrán: “Perro que ladra no muerde”. Actuó como debía; bastaba con recordar su propia infancia; las normas en su casa. Allí, siempre imperaron el respeto y el castigo. Las azotainas y las reprimendas que recibieron él y sus hermanas surtieron buen efecto. Él era un hombre de bien y ellas, ejemplos de rectitud.

El buen comportamiento de Virginia, después de aquel día, lo había llevado a aflojar otra vez la cuerda. Cuando Minerva comenzó a buscarla de nuevo, no tuvo inconvenientes en permitirle salir con ella. Le satisfacía esa madre joven que mostraba una gran dedicación a sus hijos. Apreciaba a su esposo, el hombre educado y cordial con el que podía tratar cualquier tema. Su hija estaba en buenas manos. Podía dormir tranquilo. Por otro lado, era tiempo de recompensar sus buenas calificaciones en la universidad; de permitirle un poco de diversión. El cambio ayudaría a limar las asperezas. Porque, desde aquella lamentable noche, se había perdido la naturalidad entre los dos. No se consideraba responsable; sin embargo...

Federico Moncada, el supuesto esposo, se acostumbró a la compañía de la amiga dulce y melancólica de Minerva. Se preguntaba cómo esas dos mujeres, completamente distintas, pudieran ser tan unidas. Virginia era tranquila y sin malicia; Minerva, efervescente y sin una pizca de ingenuidad. Él se había enamorado como un tonto, a pesar de ser un hombre casado. Testigo fehaciente de las miradas que provocaba su amante, hasta por la forma de caminar, no podía evitar que los celos lo consumieran cuando se ausentaba por atender sus obligaciones. Si Minerva no atendía sus llamadas telefónicas, al momento, los pensamientos comenzaban a hacerle malas jugadas. La veía en otros brazos, haciendo lo que con él. En cambio, la amistad de Virginia le procuraba cierta calma. Confiaba en que, juntas, sólo podían andar en buenos pasos.

El año transcurría, para Virginia, en medio de una añoranza que casi rayaba en la desesperación. Las clases estaban por terminar y ella se resistía a pasar las vacaciones encerrada entre cuatro paredes, a merced de los recuerdos. Seguía siendo una buena estudiante. La desdicha no era razón para socavar los resultados académicos. Al contrario, le incentivaba el deseo de graduarse cuanto antes. En las ocasiones en que el recuerdo de Rodrigo no la dejaba en paz, acudía a su voluntad para escuchar a los profesores o concentrarse en el contenido de los libros. Comenzó a compartir con sus compañeros de estudio, con quienes en la universidad o fuera de ella, trataba de pasar las horas, como solía hacer en el pasado. Poco a poco, fue aprendiendo a manejar la tristeza y pudo aparentar ser aquella que ellos habían conocido.

El mundo continuaba con el curso imparable de los acontecimientos. En el ámbito del espectáculo internacional, Elvis Presley producía el primer concierto tele transmitido vía satélite; desde Cabo Cañaveral, la NASA enviaba el Skylab, la primera estación espacial estadounidense; en Caracas, secuestraban al niño Carlos Vegas Pérez, el presidente Caldera concedía tres días de duelo nacional por la muerte de Salvador Allende, Carlos Andrés Pérez lograba la victoria en las elecciones presidenciales... En tanto, el destino seguía jugando con la brújula de Virginia, negándole los favores del olvido.

Las vacaciones no resultaron tan sombrías, como ella supuso. Volver a salir con Minerva le hizo mucho bien. Federico, a manera de enhorabuena, las llevó a cenar. Ese fue el principio de un camino de excitantes experiencias. Virginia se convirtió en una compañera consuetudinaria. Se sentía cómoda con aquella pareja fraternal y generosa que la trataba con deferencia. En su compañía, comenzó a disfrutar de un mundo totalmente ajeno al suyo. Restaurantes, espectáculos en vivo y clubes, que nunca imaginó conocer, estaban a la orden del día. En ocasiones, Federico aparecía acompañado de algún amigo. Si la intención era buscarle novio, desperdiciaba el tiempo. Su corazón se oponía a estar listo para eso. Pudo comprobarlo cuando Rodrigo Ramírez apareció de nuevo.

XXVIII

No regresará a tu vida, le susurraba el raciocinio a Virginia, mientras que el corazón desfallecía por volver con él. Una disyuntiva sin sentido porque Rodrigo, con seguridad, ni se acordaría de lo que hubo entre los dos. Ella no dejaba de buscarlo con los ojos por doquier, con la ilusión de que, en algún momento, lo vería venir entre la gente. Muchas veces estuvo tentada de ir hasta su casa y, en caso de toparse con él, decirle que pasaba, por allí, por pura casualidad. ¡Qué necesidad! Si ya no la quería, ¿para qué hacerlo? Él había aceptado el rompimiento, así nada más. Por mucho que la lastimara, opinaba que había sido lo mejor. Sin embargo, no dejaba de soñar con ese reencuentro especial, en un mágico mañana donde existiera la posibilidad de una reconciliación. Cuando caía en cuenta de lo inútil de sus desvaríos, deseaba beber una pócima que le permitiera dejar de amarlo. El amor era un mandato al que le era imposible desobedecer.

¿Casualidad o causalidad? Minerva llegó a su casa para invitarla a salir de compras. Estuvo tentada a no aceptar porque estaba armando el árbol de navidad. De pronto, algo le hizo reconsiderar. Un impulso misterioso, el sexto sentido, o quién sabía qué, le dijo que era imprescindible que la acompañara. Sin más, se arregló y fueron a recorrer las tiendas. El espíritu navideño inundaba las calles. Los establecimientos comerciales competían entre luces y guirnaldas. Entraron a una juguetería, llena hasta más no poder. Mientras Minerva escogía los obsequios para sus

hijos, Virginia caminaba observando las estanterías, hasta que el destello de una cabellera atrajo su atención. ¡Es él!, exclamó. Quiso esconderse.

—¡Espera, Virginia!

En sus sueños, el reencuentro nunca se había dado de ese modo.

La joven que reiniciaba el noviazgo con Rodrigo no era la misma de ayer. En los largos meses transcurridos, había madurado. Nada más verlo, el amor se le reanimó con unos bríos inusitados. Una alegría que la llevaba a creer que ahora sí sería capaz de nadar contra la corriente; optimismo que se aunaba a la angustia por pensar en la posibilidad de cruzar el mismo calvario, si se veía forzada a terminar de nuevo con él. Por lo pronto, la cautela sería el mejor recurso para enfrentar la vigilancia paterna. Esperaba encontrar, más pronto que tarde, el momento propicio para convencer a su papá.

Amar a Rodrigo con tal locura, le producía una dicha de proporciones tan desmesuradas, que no le alcanzaba el pecho para contenerla. Supuso que ese halo misterioso que la impulsó a dejar el árbol de navidad a medias, no había sido más que la voz poderosa del destino. Y “contra el destino nadie podía resistirse...”. Algo parecido decía Gardel, en uno de los tangos que oía su papá, entre copas de vino y los recuerdos.

A Rodrigo se le reanimó el deseo de continuar con ella. Cuando la conoció, era una niña que, nada más, le resultaba divertida. Luego, en la fiesta de aquel club, le sorprendió gratamente comprobar cuánto había crecido. Verla convertida en una joven tan guapa, hizo que la atracción fuera inmediata. Comenzó

a frecuentarla en la casa de su amiga y comprobó lo sencilla y romántica que era. Le daba gran satisfacción leerle poemas y decirle las cosas bonitas que sabía cuánto le gustaban.

En un principio, le extrañó que prefiriera que se vieran en cualquier parte, menos en su casa. Después entendió que se debía al miedo irracional que le inspiraba su papá. Le pareció absurdo que ese hubiera sido el motivo para pedirle terminar un noviazgo que apenas comenzaba. Terminó por aceptar que esa relación no iba a ningún lado. Ahora, al igual que Virginia, concluyó que el destino insistía en unirlos. Nada desperdiciaba con intentarlo de nuevo.

En cuanto a las visitas, todo seguía igual. “*Dame un tiempo para hablar con mi papá, por favor*”. Si esas continuaban siendo las reglas, él no pondría objeción. Para su sorpresa, ella se conducía muy bien en esos ambientes que disfrutaba con sus amigos. Federico Moncada era agradable; no obstante, le producía cierta incomodidad ese afán de querer pagar la cuenta, como si pudiera comprarlo todo y a todos. Rodrigo se oponía a esa situación. Antes de conocerlo, había considerado a Minerva como una moderna madre de familia que trataba de demostrar, con sus modales, el legado de su alcurnia. Desde su punto de vista, era alarde más que otra cosa. Ahora que Federico dominaba la escena, entendía que no todo era agua clara en el entorno de Virginia. No se creyó la historia de los esposos que se adoraban. Era evidente el vínculo que existía entre los dos. Eso le hizo preguntarse qué hacía su novia con unas personas de gustos tan sofisticados y, a su entender, sin los suficientes principios.

—¿Tu papá sabe con quienes andas? —inquirió.
—Cree que son casados —respondió ella.
—¿A ti te parece bien seguir engañándolo?
—¡Claro que no! Pero, no me deja otra opción. Minerva y Federico son mis amigos y muy buenas personas. ¿Acaso, no lo ves?
—No digo lo contrario... Yo, que tú, andaría con cautela. Además, sabes que no puedo seguir costean-do esos lugares tan finos a los que acostumbran ir. ¿Qué te parece si comenzamos a salir a solas?

XXIX

Salir a solas con Rodrigo adquiría nuevas connotaciones. Una complicidad que nunca antes experimentó: el entusiasmo por explorar terrenos desconocidos y la certeza de que ambos sabían lo que deseaban, aunque no lo dijeran. En lo profundo de Virginia permanecían estampados los grandes temores de su padre, las advertencias, los tabúes y el castigo celestial sobre lo pecaminoso. Toda una vida escuchando lo que él esperaba, no era como para echarlo por la borda en un instante. ¿Cómo no podía entender él que ella era una joven como cualquiera, con ansias de amar y ser amada? Ya no era una niña que pudieran engatusar, como él pensaba. Con todo, no quería defraudarlo; lo que le generaba un eterno conflicto. A veces, después de una noche de besos y caricias, se contraponían la culpa y la dificultad en mantener la sensatez. En la soledad de la habitación, se preguntaba qué hacer con ese cúmulo de sensaciones que insistían en desbocarse...

En el avión, Virginia Santamaría continuaba con el hilo de sus remembranzas. ¿Acaso era una forma de reconciliarse con su pasado? Le sorprendía la claridad de aquellos momentos, como si estos no hubieran atravesado los largos senderos del tiempo. Como si fuera ahora, veía a Minerva acomodándole el cabello y dándole un puñado de consejos para que la cita fuera perfecta; el discreto color del lápiz labial, el perfume, los zarcillos prestados y el haz de sus ilusiones; el ramillete de sombras del anochecer, el cielo sin nubes alrededor de la luna, la joven que, cual

Artemisa, corría a cazar quimeras con el hombre de sus desvelos.

—¡Estás muy bonita, Virginia! —Exclamó Rodrigo, apenas subió al auto.

—Gracias. ¿A dónde vamos?

—Te llevaré a un sitio que te encantará.

¿Podía describirse la felicidad de aquella joven? Sólo que jamás lo había sido tanto. Ese estado de embriaguez sentimental le hacía contemplar una noche, totalmente, fantástica: la discoteca escondida en un rincón boscoso de la montaña, las luminarias a través de la neblina, la penumbra del salón, la música romántica y, lo mejor de todo, estar acompañada por él. No deseaba que terminara la noche. Las horas corrieron como nunca y había qué regresar. Abrazados y en silencio, Virginia iba pensando cómo decirle que no, pero deseando que sí. Entre las ráfagas de viento, el sonajero de los grillos, la ronda de las luciérnagas y la luna diáfana del frío enero tomó, a plena conciencia, una de las decisiones más significativas de su existir. Era el hombre que amaba hasta el delirio. Y ella casi desfallecía por sentirlo. Las notas melodiosas de Santana, en un Samba pa'ti que se le haría inolvidable, se deslizaron por sus oídos, a la par de las manos de Rodrigo sobre el cuerpo estremecido. Entre tanto, ella absorbía las fragancias de una madrugada que se llevaba lo que imaginó imposible de entregar, sin la bendición de Dios.

La paciencia, la delicadeza y la ternura que destilaban sus susurros, le hicieron entender a ella cuánto la amaba él. Con el dulce dolor de la virginidad desecha, la existencia trajo un nuevo sentido: asumir, frente a la vida, que ahora sí era una mujer, con toda

la distensión de la palabra y las implicaciones que eso podía conllevar. Bajo el infinito, eran ellos dos, transformados en un solo ser, aves de un mismo cielo o almas persiguiendo un mismo sueño. Ella juró: *Te amaré por siempre*. Él: *Por siempre seguiré contigo*. Se besaron una vez más. Ella, convencida de aquellas promesas, sin imaginar que podían ser vanas quimeras, camino a las lejanas estrellas. Para Virginia, el mundo ofrecía colores diferentes y los poemas creaban significados nuevos. El noviazgo se convertía en un compromiso más serio. Era imprescindible que Rodrigo comenzara a visitarla en su casa. Disfrutó de la euforia pasional, de los maravillosos momentos que, estaba segura, le seguiría brindando el mañana.

XXX

Ella no tuvo qué expresarlo verbalmente. Quienes la conocían presumieron que algo muy importante debió haber sucedido para que el brillo especial que había perdido, volviera a su mirada. De la profunda tristeza, saltó a una mezcla de regocijo y serenidad, lo que le otorgaba la apariencia de atravesar una nueva dimensión. Su actitud proclamaba que escondía un maravilloso secreto. Aunque deseaba que lo supiera el mundo entero, Virginia recapacitó sobre la conveniencia de la discreción. No quería que sus amigos la etiquetaran de chica fácil. Morelia sí estaba en posición de entenderla porque había pasado por la misma experiencia. Era una pena que los estudios no le permitieran reunirse, como solían hacerlo, y acabar alejándose. Conociéndolas, estaba casi segura de que Delia y Yajaira se escandalizarían. Estaban a punto de casarse y lucían orgullosas la voluntad de poder mantenerse puras hasta el matrimonio. A ella no le pasaba por la cabeza que el amor doblegara sus principios, del mismo modo que lo había hecho con ella. A Minerva no tuvo necesidad de ocultárselo. Apenas la vio, sonrió con picardía:

—¡Me lo cuentas todo!

En la universidad celebraron el cambio. Virginia no dejaba de sonreír. Eso satisfizo a sus amigos. Aunque nunca se lo dijeron, se sintieron impotentes frente al desaliento que le provocó el fin de la relación con Rodrigo. Ella intentó, inútilmente, de demostrarles lo contrario. En los momentos de mayor entusiasmo, se abstraía del ambiente, sin darse cuenta. Por fortu-

na, parecía que eso era cosa del pasado. Al verla tan risueña, sólo José, con la franqueza del llanero y la experiencia de hombre casado, soltó lo que pensaba: —Amiga, creo que ya usted entregó el queso —dijo, antes de soltar la carcajada.

Los primeros tiempos fueron extraordinarios. Rodrigo se comportaba mucho más cariñoso de lo que había esperado. Gentil y romántico, supo cómo apoderarse de los espacios de su corazón y de las arcas de sus sueños. Era el motivo de sus alegrías, su razón de ser. Todo era tan perfecto, que no podía imaginar que las aves de la perfidia pudieran asomarse por la ventana. Gradualmente, comenzó a percibir ciertas actitudes en él: las ausencias, las críticas continuas hacia Minerva y Federico y los repentinos cambios de humor. Las salidas eran, cada vez, menos frecuentes. Se preguntaba qué cosas podía haber hecho para molestarlo u ofenderlo. El no saber la sumía en una honda congoja. Sobre todo, porque supuso que, después de lo sucedido, se fortalecería el compromiso entre los dos. Movida por la incertidumbre y después de varios días sin saber de él, terminó por acudir al teléfono:

—Tengo mucho trabajo —respondió Rodrigo, con cierto desapego—. Apenas me desocupe, nos vemos. El tono de su voz, en vez de tranquilizarla, la indignó. Percibió que la llamada había sido incómoda para él. ¿Qué se había creído? ¿Qué ella iba a rogarle? Era un tonto si creía que lo volvería a llamar. Si acaso guardaba algún disgusto ocasionado por ella, él sabía dónde encontrarla para aclararlo. El tiempo continuaba su curso y Rodrigo permanecía en las mismas. Eso la obligaba a vivir entre el miedo a

perder lo que había supuesto como seguro y la esperanza de verlo. Después de la euforia por la reconciliación, hablar con sus amigos sobre el abandono del que estaba siendo objeto, le hería el orgullo. Frente a todos, trataba de conservar las apariencias, excepto con Minerva, que sabía lo que estaba sucediendo y quien encontraba las palabras menos acertadas para aliviarle el pesar:

—¡Todos los hombres son iguales! ¡No hay que fiarse de ellos! Yo, que tú, me buscaba otro novio.

Se aferró de nuevo a los estudios. A duras penas lograba poner atención a las clases. En casa, cruzaba unas cuantas palabras con su papá y corría a la habitación, con la excusa de siempre: prepararse para los exámenes. A solas, daba rienda suelta a la tristeza. Una canción que le recordara a Rodrigo era suficiente para abrir el portón de la pesadumbre. Para recuperar algo de fe, se sumergía en los momentos vividos con él. Los besos, las promesas, la pasión, el hecho de haber querido retomar el noviazgo, el interés por hablar con su papá... Entonces, ¿qué había pasado? ¿Cuál era el problema? Ella no lo había obligado a regresar. Acaso, ¿él era un mentiroso y ella no se había dado cuenta? Se negaba a escuchar lo que le decía la intuición; prefería recrearse con la idea de que la relación no estaba perdida. Era un consuelo fugaz, porque la voz de la realidad sonaba demasiado alta para ignorarla. Esa situación le hacía sufrir lo indecible. Si en esas horas de reflexiones ella llegó a concebir que había llegado al límite del suplicio, bastó con el comentario de Delia para comprender cuán equivocada estaba:

—Comes mucho, ¿verdad? Me parece que estás engordando. ¿Te has fijado que te ha salido una barriguita?

Una barrica de agua helada cayó sobre ella. El comentario le hizo caer en cuenta de que su delgadez estaba desapareciendo de un modo extraño o, tal vez, era que no le había querido dar importancia al aumento de peso. Al contrario, estaba contenta por esos kilitos de más. Pero ahora, frente a la posibilidad de haber quedado encinta, se asustó. A pesar de que su amor por Rodrigo distaba mucho de la lujuria, y aún sin tener la confirmación de su sospecha, comenzó a rodar por la pendiente hacia círculos infernales de Dante.

XXXI

La inexperiencia de Virginia le había llevado a hacer caso omiso a ciertos cambios en su cuerpo y en su conducta. No le apetecía comer sus alimentos preferidos, pero se le antojaban otros que antes no. Dejó de usar su colonia favorita porque le fastidiaba el aroma. Bostezaba, como nunca, con unos inmensos deseos de dormir. La ansiedad por la indiferencia de Rodrigo le había abierto el apetito. Las náuseas eran producidas por comer mucho y a deshora. No era de extrañar que la ropa le quedara algo ajustada. Si Delia no se lo hubiera hecho notar, ¿cuándo tiempo hubiera pasado para que ella cayera en cuenta? Entre la perplejidad frente a lo inesperado y el susto que le golpeaba la boca del estómago, trató de aferrarse a un hilo de esperanza: todo no era más que una infundada apreciación. Si era lo opuesto, ¿qué debía hacer? Pensó en su papá. ¿Por qué se había empeñado tanto en desoírlo? Haciendo un esfuerzo, se tranquilizó. Si lo que estaba suponiendo era cierto, debía asumir las consecuencias, aunque no contara con la más mínima idea de cómo hacerlo.

—Creo que estoy embarazada —le dijo a Minerva.

—Estaba por preguntártelo. ¿Desde cuándo no te viene el período?

—Va para tres meses.

—¡Caray! Es necesario que te hagas una prueba de inmediato.

Mientras esperaba el resultado, Virginia rogó para que todo fuera una falsa alarma porque, si no se había atrevido a hablarle a su papá sobre Rodrigo,

¿cómo decirle que estaba embarazada? La idea de que la echara a la calle le aterraba. En aquellas largas horas de espera, se acogió a la esperanza de que sucediera un milagro que la liberara de esa probabilidad, aunque no dejaba de preguntarse cómo sería tener, entre sus brazos, el producto de tanto amor. Aunque fuera sólo el de ella. Si analizaba mejor las cosas, tal vez el horizonte no era tan oscuro. Una vez con el resultado en las manos y Rodrigo sin dar señales de vida, la realidad la sumergió en una marea de incertidumbres.

—¡Tienes que llamarlo! —exclamó Minerva.

—Tengo miedo.

—¡No me vengas con eso! Mira que no es momento para cobardías. Le dices que necesitas hablar con él y punto.

Virginia había terminado por entender que Rodrigo ya no profesaba ni un mínimo de interés por ella. En esas circunstancias, no era conveniente insistir en algo que no tenía razón de ser. Se sentía burlada, ofendida, sin el más mínimo deseo de comunicarse con él. No obstante, el embarazo era un caso para tomarlo con la mayor seriedad. No era hora de estar pensando en dignidades. Si él ya no la amaba, al menos tenía la obligación de asumir la responsabilidad. Con mano temblorosa, fue al teléfono y levantó el auricular, pidiéndole al cielo que él accediera a reunirse con ella. Esa misma noche, en una mesa al aire libre de un concurrido café, ella comprendió que la crueldad en las palabras podía ser infinita.

—No puedo permanecer mucho tiempo aquí—afirmó Rodrigo—. Dime, ¿qué necesitas?

—Estoy en estado —respondió Virginia, ruborizada por la vergüenza, sin entender por qué.

—¿En estado? ¡Eso no puede ser! ¿Estás segura de que es mío?

—¿De quién más? ¡Por todos los santos! Tú me conoces.

—¿Qué quieres que haga? Yo no estoy preparado para casarme. Y si necesitas dinero, pues, ahora no puedo dártelo. Tengo el carro accidentado y debo mandarlo a reparar. Así que... ¿Sufres del corazón?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Tengo un amigo que estudia Medicina. Creo que, si se lo pido, puede practicar el aborto.

Ella no salía de su asombro.

—¿Aborto? ¡Ni lo digas!

—¿Hay taras en tu familia?

—No entiendo por qué me haces esa pregunta.

—Bueno, porque puede que ese niño resulte siendo un prócer de la independencia, un científico, un astronauta; también, un retrasado mental.

Con una indignación que casi la asfixiaba, no pudo seguir escuchando. En una fracción de segundo, sin soltar una lágrima, recuperó la dignidad que acababa de hacer a un lado por llegar a un acuerdo con él.

—¿Qué te pasa? ¿Te volviste loco? No vine por matrimonio, dinero y, mucho menos, para que me ayudaras a deshacerme de mi hijo. Sólo necesitaba tu apoyo. No quieres dármelo, no importa. Ya sabré cómo hacerme cargo.

—¿Te dejo en tu casa?

—No hace falta.

Virginia se alejó a toda prisa. Entre la gente que inundaba la larga avenida, se sintió irremediablemente sola y a oscuras, como si las voces de la ciudad hubieran enmudecido, y los faroles, perdido su capacidad de iluminar. El mundo se transformó en

un abismo profundo, de donde era imposible escapar. ¡Qué ilusa había sido! Rodrigo acababa de dar una estocada mortal al centro del universo creado por ella. Entendió que los poemas, las canciones, las caricias y las promesas, que la habían hecho tan dichosa, sólo eran granos de arena que se esparcían a voluntad del viento. ¡Cuánta razón había tenido su papá cuando en las cosas que le dijo! Era tan ridícula e insignificante. ¿Quién podía sentir amor o, al menos, respeto por ella? ¡Pobre del hijo que llevaba en el vientre! Caminó sin rumbo, entre pensamientos confusos y calles y avenidas sin sentido, hasta que, por inercia, llegó a casa de Minerva. Las lágrimas comenzaron a rodar.

XXXII

¡Cómo pudo equivocarse tanto! Todos lo hicieron, hasta la mamá de Morelia que dio por sentado los sentimientos de Rodrigo por Virginia. Por esa causa, no le importó abrirle las puertas de su casa, ni hacer el consabido papel de Celestina. *Ese hombre se casa contigo*, había dicho. Y Virginia se lo creyó, aunque era claro que, para casarse, primero debía terminar los estudios. Sólo así, su papá daría el visto bueno. Las cosas resultaron muy diferentes. ¡Cuánto daño le producía ver morir cada una de sus ilusiones! Como un torrencial aguacero, la desolación llegó para empaparle el alma. ¿Por qué el precio de la felicidad era tan alto? En medio de sus aflicciones, se preguntó: ¿a quién debía escuchar? ¿A sus amigas? ¿A su corazón? ¿A la voz de la realidad?

—No te queda otra opción que hablar con tu papá —aseveró Minerva.

—Ya me veo en la calle —comentó Virginia.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Dejaré los estudios y me pondré a trabajar.

—¡Ja! ¿Qué crees? ¿Que alguien te dará empleo en ese estado? En un supuesto que lo encuentres, ¿cuánto crees que te pagarán? De seguro, un sueldo de miseria. ¿Estás dispuesta a vivir en una habitación? Si acaso te alcanza para arrendar una. Eso sin mencionar el resto de las cosas. La crianza de un hijo genera muchos gastos. A mí me gustaría que te quedaras a vivir conmigo, pero, tú sabes que mamá no lo aceptaría. Con mis muchachos ya tiene más que suficiente. Querida amiga, no te queda otra que tomar la

mejor opción. ¡A lo hecho, pecho!

Ante el pragmatismo de Minerva, Virginia se desplomó:

—¡Ay, Dios! ¡No sé qué voy a hacer!

—Presta atención a lo que te voy a decir. ¿Qué calidad de vida puedes ofrecerle a ese niño? Tú eres muy joven y tienes una vida por delante. Interrumpe el embarazo, termina tus estudios. Cuando te gradúes, las cosas serán distintas y podrás casarte con otro y tener los hijos que desees.

—¿Qué dices?! ¡Abortar es un crimen!

—También traer a un niño a pasar necesidades. Así que deja el drama. No serías la primera, ni la última en hacerlo.

Virginia no lo ignoraba. En la universidad se corrían los rumores con facilidad. Que alguien, atravesando sus propios dilemas, lo hubiera hecho, no le daba licencia a ella para actuar de la misma forma. La sola idea era abominable. ¡Si pudiera decirle a su papá que debía salir de la ciudad para estudiar en otra universidad y dar a luz en secreto! ¡Qué estupidez se le ocurría! Sin los medios a su alcance, eso era imposible. ¿Cómo y cuándo terminaría su pesadilla? Minerva deseaba ayudarla; si creía que sus comentarios le harían sentir mejor, se equivocaba. Sin embargo, tenía que reconocer que no le faltaba razón.

Entre tanto, Delia se recriminaba por no haber sido sincera con Virginia. Se despidió de ella llevándose la duda cuando, seguramente, su amiga necesitaba un hombro donde apoyarse. Si estaba embarazada, ¿por qué no se lo dijo? Había suficiente confianza entre las dos. De ser esa la situación, su amiga se había metido en un problema garrafal. A esas alturas, para nadie era un secreto lo temperamental e intolerante

que era el señor Santamaría. Decidió que era necesario demostrarle comprensión y solidaridad. Sin dudar más, fue a visitarla, aunque su futuro esposo no estuviera de acuerdo. Ya encontraría la forma de calmarlo. A él no le gustaba, para nada, la amistad entre Virginia y la mujercita con quien salía.

—¿Has hablado con tu papá? —le preguntó, con suma preocupación.

—No, ¡cómo se te ocurre! Estoy que me muero de desesperación. Creo que no me queda otro camino que no tener a mi bebé. Aunque no sé cómo, porque ni dinero tengo.

—¿Qué dijo Rodrigo? ¿No piensa responsabilizarse?

—¡Ay, Delia! Si te contara. Algún día lo haré; ahora no. Me duele demasiado hablar sobre eso.

—Amiguita... Yo creo que podemos hacer otra cosa.

¿Qué te parece si lo tienes y te ayudo a criarlo?

—¡Cómo me conmueve tu ofrecimiento! ¿Te imaginas lo que diría Wilfredo? Él es muy quisquilloso. Además, en pocas semanas te casarás con él. Tú tendrás nuevos compromisos económicos, donde yo pasaría a convertirme en una carga pesada para ti. Eso no sería justo.

—Entonces, ¿qué más te puedo decir? Antes de tomar cualquier decisión, analízalo bien. Si te decides por el aborto, no sientas vergüenza en acudir a mí. Puedo darte parte del dinero que he ahorrado para la boda.

—Te lo agradezco. Espero que no sea necesario.

A Minerva, quien tomó el problema en sus manos, le resultó complicado encontrar una clínica que estuviera dispuesta a realizar una intervención que, en aquellos tiempos, era ilícita. Cuando la encontró, pidió la cita y acompañó a su amiga. En el consultorio, después de

examinar a Virginia, el médico habló claro:

—Una semana más y no será posible hacerlo, sin poner en riesgo su vida.

En vista de la premura, Minerva decidió pedir ayuda a Federico. Lo puso al tanto de la situación, mientras Virginia desfallecía de vergüenza. Él escuchó, de principio a fin, sin emitir una palabra. Cuando Minerva terminó, sacó la chequera y, con el tono seco de la decepción, preguntó:

—¿Cuánto es?

Por supuesto que Federico Moncada no lo ignoraba. Había llegado a la vida de Minerva para resolverle los problemas económicos. Eso no fue obstáculo para enamorarse de ella. Él seguía amando a su esposa, como a una hermana, la madre de sus hijos. El romanticismo se le acabó cuando llegó el primero. Su compañera de vida se había dedicado a criarlos, sacrificando la vida social que compartieron para dejarlo con una sensación de creciente soledad. Frente a esta circunstancia, comenzó a tener amantes que no pusieron en riesgo la estabilidad familiar.

Conoció a Minerva y todo cambió. Luego, llegó Virginia para dar calidez, con su sana amistad, a aquella relación clandestina. Amable y, en algunos aspectos, con mucho de ingenuidad, quiso ser para ella espléndido y protector; una especie de padre o hermano mayor, que tanta falta le hacía. Por eso, no dudaba en levantar la copa para decir: ¡Brindo por mis dos amores, el platónico y el carnal! Ahora, todo aquello quedaba atrás, en un lugar que nunca más volvería a disfrutar. Sin embargo, no podía abandonarla a su suerte. Aunque, desde ese día, no volvió a mirarla con la ternura de siempre.

XXXIII

Por instrucciones de la clínica, hecha una madeja de nervios y sin acompañante, ella atravesó la puerta. Minerva se quedó esperándola afuera. Poco le importaba a Virginia lo que le pudiera suceder. La muerte era la mejor opción. Las soluciones fáciles no habían sido hechas para ella. Los hados no le iban a permitir que se librara de las secuelas de lo que estaba por hacer. Sus amigas, a su manera, quisieron orientarla. No obstante, tenía que reconocer que la decisión partió de sí misma, obligada a hacer lo que creyó más conveniente. Sin la audacia de enfrentar a su papá, como la que ostentó cuando se entregó al amor, aquella noche de luna llena, intuyó que estaba por tomar el peor de los caminos. Frente a los remordimientos, fue una bendición comenzar a sentir los efectos de la anestesia.

Esperando la orden del doctor para poder escapar de aquella habitación, la imagen de Morelia, quien era una buena amiga, le llegó como un recordatorio de aquellos días donde, a pesar de todo, ellas habían sido felices. La mañana de aquel sábado, cuando Morelia llegó a su casa para sacarla de la cama.

—¡Levántate, floja! Mira que tengo que contarte lo que me pasó anoche.

—Al menos, deja que abra los ojos... Está bien, te escucho.

—¡Adivina!

—¿Qué cosa?

—¡Lo hice con Emil!

—¿Estás loca? ¿Y ahora qué?

—No te preocupes. Me juró que se casará conmigo. El rostro de Morelia nunca se vio tan hermoso, ni tan infantil. Toda ella era un cascabelero de emociones. De cada palabra brotaban burbujas de alegría. ¡Era su primera vez! Se sentía tan dichosa, que no dejaba de dar saltos por la habitación. No sabía que, en ocasiones, la felicidad era escurridiza y traicionera. Una banda sobre los ojos del discernimiento, que no otorgaba la posibilidad de ver lo que otros sí. Porque su mamá le había advertido que tuviera cuidado con ese hombre y ella no había querido escucharla. A las pocas horas de su idílico paso, Morelia se enteró de que, esa noche, Emil contraería matrimonio con otra.

La pobre quiso morir. Virginia trató de consolarla, inútilmente. No se había equivocado. Ese hombre siempre le dio mala espina. Paradójicamente, En medio de la tragedia, sintió un gran alivio, porque Rodrigo nunca sería capaz de hacer algo así. ¡Qué sarcásticos podían ser los astros!

—Te puedes ir —señaló la enfermera.

—¿Tengo que volver? —preguntó Virginia.

—No —respondió, con hosquedad—. Es una lástima...

—¿Qué cosa?

—Lo que hiciste, deshacerte de tu hijo.

Salió de la clínica a plena luz del sol, con una sensación de caminar sobre un desierto de arenas movedizas, ausente de emociones, como un cascarón a punto de resquebrajarse. Sin deseos de pensar arribó, en un instante, a un mundo sin sentido. Una especie de daltonismo espiritual le hacía ver oscuridad donde predominaba la luz; matorrales, en vez de las esplendidas flores que ornamentaban los jardines.

Nada de lo que había padecido, con anterioridad, era comparable con esa opresión en el pecho que casi no le dejaba respirar. Miró a Minerva, que la observaba con preocupación, a los transeúntes, a los niños que salían del colegio y pudo experimentar lo que significaba, verdaderamente, la soledad.

Después de pasar la tarde recuperándose en casa de su amiga, regresó a la suya. ¡Qué huecas podían resultar las habitaciones abarrotadas de objetos! Quiso destruir la foto y el poemario que le regaló Rodrigo. Acabar con todo lo que le recordaba esa etapa de ingenuidad. ¿Lograría algo con eso? La imagen del rostro en el espejo ya no era la de ella. A medida que pasaban los minutos, rodeada de silencios y en la confidencia de sus pensamientos, comenzó a sentir un tormento, cada vez, más insoportable. Quería buscar una daga para abrirse el pecho. Era inútil. Estaba convencida de que, aún con el corazón en sus manos, éste seguiría sintiendo el mismo dolor. La indisposición corporal aumentaba. A pesar de la llamarada en el vientre, sintió escalofríos. Entre los delirios de la fiebre, se fue hundiendo entre visiones de pesadillas.

La despertó el estribillo: *En la fiesta de Blas, en la fiesta de Blas...* Le sorprendía que, a su papá, tan chapado a la antigua, le gustara la Fórmula V, el grupo musical de moda. Quizás, porque era de origen español, de aquellas tierras que tanto añoraba y a las que no había podido volver. Ella no estaba de humor para canciones. Trató de levantarse. La debilidad la hizo desistir. Esperó un poco; luego, con gran esfuerzo, se vistió para salir. El olor a café recién hecho invadía la habitación. Al verla, su papá comentó:

—Tienes mala cara, muchacha. ¿Qué te pasa?

—Nada. Sólo que no dormí bien.

—¿Estás segura? ¿Por qué no te vienes conmigo al hospital para que te vea un médico?

—No es necesario, papá. Debo apurarme, si no quiero llegar tarde a clases.

—Desayuna, al menos, por favor.

Virginia lo observó con detenimiento. ¡Lucía tan desmejorado! Aparentaba más de los años que tenía. El trabajo agotador, las jornadas extras, la vida sin alicientes, a excepción de su hija, le habían robado la fortaleza. Le pareció que ya no era el huraño de siempre. ¿En qué momento había cambiado? Con profunda extrañeza, comprobó que aquel miedo que, en ocasiones, le dejaba la mente en blanco y que muchas veces tomó como respeto, se había desvanecido. Sintió rabia. Deseó gritarle todo lo que ella acababa de pasar por su culpa. ¡Si él no hubiera sido tan estricto! Quiso lastimarlo, verlo sufrir. Con un poquito de lo que ella sufría, hubiera sido suficiente para destruirlo. Pero, sólo de verlo allí, tan desamparado, se compadeció de él. No valía la pena. Con uno de los dos que atravesara ese tormento, era suficiente. Se sintió libre de su dominio; se preguntó para qué le servía eso ahora. Tomó el bolso y los libros y, sin premeditarlo, se despidió dándole un beso en la mejilla.

XXXIV

Después de varios días de convalecencia, pudo regresar a la universidad. La joven que entró al salón de clases sorprendió a sus amigos. ¿Cómo podía cambiar alguien tanto de un día para otro? Las ojeras y la palidez no eran nada, frente a la evidente debacle emocional. Todos sospecharon lo que había sucedido. Rodrigo se comportó como un patán y Virginia había tenido que tomar una difícil decisión. Algo sumamente doloroso y en contra de los principios que ella siempre había manifestado. Rafael y José no se dieron por enterados. Progresivamente, se fueron acercando para darle, en silencio, el apoyo fraternal que opinaban podía ayudarla a salir de la depresión. Margaret, con la franqueza de las buenas amigas, le ofreció su compañía, sin condiciones.

—Muchas Gracias. Sé que puedo contar contigo. Semanas antes, Minerva le había dicho “A lo hecho, pecho”. *Tiene toda la razón*, se dijo Virginia, *la vida continúa y debo encontrar la forma de seguir adelante*. No había asumido que ese amasijo de emociones que la mantenían en vela, que no la dejaban concentrarse en sus estudios o, simplemente, que no le permitían retomar sus rutinas, debían drenar por alguna válvula de escape. La tristeza y la desesperación no la dejaban en paz, haciéndola sentir que era preferible desaparecer de la faz de la tierra. El recuerdo de las palabras de la madre y de la abuela sobre “asumir con entereza los errores”, la obligaban a desistir de tan peregrina idea. Para agravar sus tribulaciones, Rodrigo fue a buscarla. Nada más verlo, indignada y tratando de mostrar serenidad, tomó el brazo de Rafael:

—Por favor, acompáñame. ¡No quiero hablar con él! ¿Para qué había ido? ¿Por un arranque de remordimiento? El daño estaba hecho y no había posibilidades de dar marcha atrás.

La válvula de escape la encontró donde menos esperaba: en las salidas nocturnas con Federico y Minerva. De la copa de vino o el coctelito que acostumbraba, pasó a ingerir grandes cantidades de bebidas espirituosas, como una especie de quimioterapia en contra de las células malignas que le estaban devorando el alma. Pretendía, con ello, extraviarse en el olvido. Artilugio inútil porque, en vez de levantarle el espíritu, las borracheras la hundían, mucho más, en el foso de sus desdichas. Regresaba a casa vuelta un harapo. A pesar de eso, insistía en repetir la misma escena cuando la oportunidad se presentaba.

Frente a los cambios de su hija y preocupado por el rendimiento académico, Santamaría se vio obligado, una vez más, a poner freno a tanta salidera. Se preguntaba qué clase de esposos eran esos que vivían de parranda en parranda. La buena impresión que le causaron, se fue disipando con las extravagancias de la pareja y las raras conductas de Virginia. Al principio, supuso que los estudios se volvían más exigentes. La complejidad de la carrera y los trasnochos la adelgazaban. La habían vuelto retraída y hosca. Sin embargo, cuando comenzó a percibir los tufos de alcohol y de nicotina, se le encendieron las alarmas. Le hubiera gustado tener una franca conversación con ella; cada vez que lo intentaba, se oponía el muro de su resistencia. En vista de las circunstancias, tomó la decisión de ponerle freno:

—¿A dónde vas?

—Voy a salir con Federico y Minerva.

—Son casi las once. Llámalos y diles que esta noche no.

—Papá, no tengo que pedirte permiso. Me preguntaste y te respondí. Sólo eso.

Santamaría se dio cuenta de cuánto había crecido su hija y cuán inútil resultaría ponerle candado a la reja, como en el pasado. Simplemente, daría un salto sobre ella, sin mirar atrás. Esas palabras le hirieron como espinas. Se preguntó qué había hecho él para merecer tal desparpajo.

Imbuida en su drama existencial, Virginia no reparó en las andanzas de Minerva, hasta tiempo después, cuando se apareció en la universidad con un hombre extraño manejándole el automóvil. Creyó que era un familiar; se equivocó. Alberto Salinas era joven, guapo y agradable. Un motociclista que seguía los pasos de Johnny Cecotto, el piloto que había ganado un campeonato nacional del motociclismo y que saltaría a la fama internacional. Por muy amistosa que fuera la nueva compañía de Minerva, a Virginia le incomodaba la infidelidad de la que era objeto Federico. Ella lo respetaba, lo quería y le estaba agradecida. Aceptar esa situación, era como traicionarlo por partida doble. ¿Cómo contarle lo que estaba sucediendo? Lo único que podía hacer era acudir al buen juicio de su amiga.

—¿Qué te pasa, Minerva? ¿Cómo se te ocurre hacerle eso a Federico, con lo bien que se porta contigo? Al menos, piensa en tus hijos, por favor.

—¡Ah, chica, no seas mojigata! Cada uno me da lo que el otro no.

XXXV

Con los estudios andando del timbo al tambo, Virginia seguía acompañando a Minerva en sus alocados proceder. No estaba de acuerdo con su conducta. ¿Quién era ella para juzgarla? ¿Acaso no había cometido, también, un acto censurable? Por más que el miedo la hubiera llevado a ello, no la dispensaba de su pecado. De algún modo debía agradecerle su solidaridad. Minerva se mantuvo a su lado en todo momento, sin emitir un solo reproche. Cuidándola como una hermana, cuando las consecuencias del aborto la hicieron tambalear sobre la cuerda de la vida. Ese agradecimiento la obligaba, más que nunca, a aceptar a su amiga tal como era. En medio de las tinieblas que la rodeaban, ¿en quién más podía apoyarse? Por más grande que fuera su deseo de contarle a sus amigos, el discernimiento le llevaba a concluir que no tenía el derecho de perturbar, con su viacrucis, esas vidas sin complicaciones.

En ausencia de Federico, por cuestiones familiares o de negocios, Minerva aprovechaba para disfrutar de lo que podía ofrecerle Alberto. Con ellos, Virginia entró a un mundo sin ostentaciones, más parecido al de ella, y a una pléyade de discotecas donde pudo continuar el desenfreno de su desesperación. A esta se le unió el síndrome del escepticismo. Le enfurecían los flirteos de los amigos de Alberto. ¡Qué palabras tan vacías! ¡Qué falta de originalidad! El amor era una falacia y no estaba dispuesta a que la engañaran de nuevo. Harta de las insinuaciones y fingiendo estar sola, se apartaba del acompañante

de turno para girar, como zaranda, por toda la pista. Bajo el influjo de las notas melodiosas de Barry White, parecía querer exorcizar los demonios que no la dejaban tranquila.

Con el transcurrir del tiempo, ella trató de apartar los velos de su desconfianza, quizás, en un intento de encontrar un poco de cariño, una pizca de su antigua fe, que tanto le faltaba. Los dioses, las estrellas, el universo debían confabularse para darle un chance, en contra de tantos reveses. Todo parecía ir de maravillas, cuando la realidad se presentaba con su gama de impiedades. Era una maldición, como si al haberse entregado a Rodrigo, se hubiera estampado una especie de letra escarlata sobre la frente, que pregonaba, a los cuatro puntos cardinales, que ella era una presa fácil para los bajos instintos. Eso la hacía sentirse sucia, destruida, nada...

Para infortunio de Alberto, se le ocurrió cometer el desatino de enamorarse de Minerva, como sólo los locos podían hacerlo. Al contrario de Federico, que ignoraba las andanzas de su amante, el motociclista conocía la situación. Al principio, no le dio importancia. A medida que el amor se apoderaba de su ser, comenzó a experimentar lo que era la tortura de los celos. La seguía a todas partes, vigilando los encuentros del amor de su vida con el rival. Sin que se dieran cuenta, ¡cuántas veces los vio salir de los moteles! Quiso insultarlos, golpearlos, tomar un revólver y acabar con ellos. Aunque ganas no le faltaron, nunca se les acercó. Desesperado y furioso, cuando se encontraba con ella, le armaba el escándalo. Minerva lo corría, diciendo que no estaba dispuesta a soportar sus majaderías, amenazán-

dolo con terminar la relación. Entonces, él se volvía cordero para suplicarle, prometiendo no volver a hacerlo. Promesa que duraba hasta que el tormento lo inducía a discutir de nuevo.

Lo que nunca sospechó Minerva, era que Federico había notado ciertos cambios que lo pusieron en alerta. De aquella mujer fogosa que lo atrapó, como telaraña a un insecto, ahora se reencontraba con un ser desapasionado que lo veía con un perenne rictus de desdén. De repente, sus caricias le resultaban fastidiosas. Él podía cumplirle sus más caros caprichos, aceptar a sus hijos y hasta la frecuente presencia de Virginia. Nunca jamás, la traición. Si Minerva se creía muy astuta, “más sabía el diablo por viejo que por diablo”. Sin previo aviso y al resguardo de las sombras, la esperó. Al cabo de un par de horas, la vio llegar con un hombre desconocido. Conducía el automóvil con el que, aupado por una atracción salvaje, la conquistó un lejano día.

—¿A que no adivinas lo que pasó anoche? —preguntó Minerva.

—¿Qué cosa? —respondió Virginia, con otra pregunta.

—Federico me encontró con Alberto —dijo y soltó la carcajada.

—¡A mí no me parece gracioso!

A los pocos días, le sorprendió ver a Federico esperándola en los pasillos de la Escuela. Virginia supuso que, luego del bochornoso episodio con Minerva y su nuevo amante, no quería saber nada de ninguna de las dos. Allí estaba él, como un clavel inclinado, tratando de sonreír. Llegó a buscarla porque tenía necesidad de hablarle sobre Minerva. Embargada

por la vergüenza, estimó que lo menos que podía hacer, por respeto y gratitud, era aceptar su invitación para ir a cenar. En el camino se devanaba los sesos, tratando de encontrar las palabras que pudieran suavizar las acciones de su amiga, aunque estaba consciente de que no había justificación posible.

—¿Por qué no me contaste lo que sucedía? —preguntó, perceptiblemente, resentido—. ¡Confiaba tanto en ti!

—¿Qué te puedo decir? Sé que he traicionado tu amistad; eso me duele. ¡Y mucho! Varias veces hablé con ella, tratando de hacerla recapacitar... Tú la conoces. No me escuchó; nunca escucha a nadie. Además, era su deber, no el mío.

—Me siento estúpido, burlado. ¡No sé qué voy a hacer!

—Federico, tú tienes familia. Concéntrate en tu esposa y en tus hijos.

—Estaba a punto de divorciarme de ella.

—No lo hiciste. En todo caso, pienso que es mejor así. No se puede cultivar la felicidad sobre la desgracia de otros.

Luego de un largo silencio, ella escuchó lo que nunca esperó:

—He estado pensando en ti, Virginia. Sabes que, a pesar de todo lo sucedido, te quiero y te admiro. Si aceptas tener una relación conmigo, podemos ir mañana mismo, si tú quieres, para que escojas el automóvil que más te guste.

Virginia, entre nuevos matices de tristeza, entendió que debía despedirse de quien había sido un buen amigo. Por suerte, pudo evaluar que esa no era la vida que deseaba para ella.

XXXVI

A punto de perder el semestre, despertó en ella el ímpetu del marinero que, después de la tormenta, enrumba la barca hacia puerto seguro. Confiaba encontrar, entre los recintos de “La casa que vence las sombras”, la guía para rescatar sus horizontes perdidos. ¿Cómo deshacerse de las culpas y las desilusiones y terminar ilesa? Algo bastante improbable, según su parecer. Las quemaduras eran muy profundas. Debía aprender a vivir con ellas; una voz interna le susurró que serían sus eternas compañeras. Al amparo de los libros, percibió que podía continuar el camino, alejada de aquella etapa de desafueros que sólo logró hacerla sentir asqueada y vacía. Con todo, no dejaba de agradecer a los hados. Sin Minerva y Federico, ¿qué descabros, además de los vividos, hubiera tenido que enfrentar?

Volvía a sus antiguas rutinas con una visión diferente. Nuevos grados de sensibilidad que le proporcionaron una temprana y serena madurez. Si, a pesar de su comportamiento, no podía guardarle rencor a Rodrigo, mucho menos a su papá, que siempre creyó actuar por el bien de ella. ¿Por qué no pudo comprenderlo antes? ¡Cuánta pérdida de energías en enojos, encerrada en un nicho de amargura sin fin! Por fortuna, estos habían desaparecido. En cambio, le era imposible arrancarse esa tristeza que la dejaba impávida frente a los trinos de los pájaros y la danza de los árboles. No obstante, insistía en terminar sus estudios. El tiempo era el auxilio que precisaba para despojarse de los grilletes de la tragedia.

En la universidad, sus amigos la recibieron con el cariño de siempre. Hasta ese momento les había negado el espacio que merecían. Agobiada por sus desventuras, no se dio cuenta de que ellos apartaron las suyas para apoyarla, en un gesto de desprendida solidaridad. Sintiendo que se habían precipitado los años sobre ella, secuela de sus amargas experiencias, le parecieron tan alegres y lozanos, que no pudo evitar que le embargara una profunda nostalgia por la joven que había dejado de ser. Hasta José, con esposa e hijos, reflejaba un sosiego espiritual que le permitía enfrentar, con firmeza y optimismo, los problemas que conllevaba mantener una familia, en sus precarias condiciones monetarias.

Más calmada, comenzó a comportarse como la amiga que, desde un principio, debió haber sido. Así, escuchó a Margaret contarle sobre su relación amorosa con Omar, un vecino que tenía años enamorado de ella. A pesar de tener ambas casi la misma edad, Virginia confirmaba cuánto maduraban las experiencias. Le conmovía la emoción con que se expresaba su amiga, a la vez que recordaba las cosas buenas que le sucedieron en el pasado, la etapa de sus inocentes noviazgos, cuando creyó que el amor era un canasto de flores esplendorosas y que los sueños podían realizarse. Escuchándola, ella trataba de asirse a la esperanza de que no todos los hombres debían ser iguales, porque su amiga no era merecedora de caminar, como ella, con los pies desnudos sobre las brasas de la desilusión.

José no era tan mujeriego, como lo imaginó por tanto tiempo. El afán de amistades femeninas obedecía a la necesidad de rellenar los vacíos de una existen-

cia algo complicada. Se había arriesgado a venir a la capital, con la idea de aprender una profesión que le permitiera ofrecer una vida mejor a sus hijos. La beca estudiantil y el sueldo por el trabajo a medio tiempo, no eran suficientes para cubrir todos los gastos. Después de destinar la mayor parte de sus ingresos a la manutención de su familia, apenas le alcanzaba para pagar el hospedaje y la comida. Le era imposible viajar con la frecuencia que él deseaba, por lo que pasaba semanas sin verla. Siempre alegre y extrovertido, no era de extrañar que las jóvenes quisieran relacionarse con él. ¿Cómo no disfrutar de esa situación, si podían ayudarlo a atenuar la soledad? Esperaba a graduarse para regresar, definitivamente, con los suyos.

Rafael le resultó ser un caso especial, digno de toda su comprensión. Al principio le extrañaba que, al contrario de José que, apenas ver una sonrisa femenina, se perdía del panorama, él no se apartaba de su lado. No entendía por qué rechazaba a las compañeras de estudios que morían por un poquito de su atención. Sobre todo, porque estaba claro que, entre los dos, no podía existir otra posibilidad que la de ser amigos por siempre jamás. Ella comenzó a sospechar, por ciertas actitudes, que él deseaba contarle algo delicado. Cuando casi parecía estar decidido, empezaba a balbucear y terminaba comentando cualquier cosa. Si en aquel entonces ella no se esforzó en averiguar qué le sucedía, ahora estaba dispuesta a lograr que le confiara la razón de las burlas y los comentarios de sus compañeros. Animada a apoyar a su amigo, en cualquier circunstancia, lo invitó a salir para conversar:

—¿Puedo preguntarte algo, Rafael?

Después de un largo suspiro, le respondió:

—¡Claro! ¿Qué quieres saber?

—Lo que sucede contigo. Intuyo que, desde hace tiempo, tratas de decírmelo y, no sé por qué, no terminas de hacerlo.

—No es fácil para mí, amiga... Aunque supongo que ya te lo imaginas.

—Tal vez, pero puedo estar equivocada. Necesito que confíes en mí. Sea lo que sea, quedará entre los dos. Soy una mujer que ha madurado tanto, que creo poder entenderte a cabalidad.

Sin embargo, una cosa era la presunción y otra darle la cara a la realidad. Ver a su amigo, consternado, al borde de las lágrimas, tratando de explicarle las razones de su inclinación sexual, tan rechazada por la sociedad en aquellos años, la conmovió al extremo. Con las palabras que escuchaba, cruzaron por su mente las imágenes de una infancia dolorosa. Las de un niño temeroso y vulnerable, creciendo en un mundo de ignominias. Una madre teniendo que dejarlo al cuidado de su tío, para irse a trabajar. Sin imaginar ella que era un pederasta que vivía amenazándolo con matarlo, si se le daba por contarle. La sordera de Dios ante una criatura que, arrodillada frente al altar de la iglesia, le pedía auxilio. La pérdida de su fe.

—Rafael, ¿cómo es posible que tu tío te haya hecho eso? No sé qué decirte...

—No importa. La verdad es que sólo necesitaba que me escucharas. Tal vez, porque sabía que podía confiar en ti.

—Oye, no sé nada sobre ese tema. Pero, ¿no crees que sería bueno que consultaras a un psicólogo?

—Ya lo hice y me recomendó tener relaciones sentimentales con mujeres. Seguí su consejo y no sirvió. Soy lo que ya te dije y no puedo hacer nada para cambiarlo.

Virginia se preguntó cómo sería vivir en un medio donde ellos, según lo que había escuchado, eran menospreciados y agredidos física y verbalmente. Para bien de todos, la revolución homosexual estaba dando sus pasos.

Ella percibió que la confesión los unía mucho más. Ambos estaban signados por desdichas personales, sumamente desgarradoras. Se convirtieron en dos seres inseparables. A medida que el afecto se fortalecía, ella confirmaba la belleza espiritual de su amigo. Para la mayoría de los que lo pretendían, la apostura física era más importante. Era una desgracia. Rafael no podía evitar que, así como de chicas, le siguiera una fila de hombres, ansiosos de sus favores. Virginia deseaba comprenderlo y ayudarlo, si era posible. Por él, no tuvo escrúpulos en compartir con aquellas personas cariñosas y sencillas, que le hicieron reflexionar sobre las complejidades del ser humano.

Pronto cayó en cuenta de que tanto atractivo no lo llevaría a feliz término. Cambiaba de pareja frecuentemente, en un impulso erróneo de encontrar la felicidad. Ella, anticipándose, sin sospechar la proximidad de la devastadora enfermedad que sobresaltaría a la humanidad, comenzó a preocuparse:

—Rafael, ¡tranquilízate! La promiscuidad puede resultar peligrosa.

—No te preocupes. Cuando tropiece con el amor de mi vida, me detengo —dijo, dando una voltereta graciosa.

El tiempo le daría la razón a ella. Unos años después, cuando él se fue al extranjero, con su pareja de turno, siguiendo el sueño de disfrutar de una liberación sexual sin censuras ni restricciones, murió a causa del SIDA.

XXXVII

Margaret estaba contenta con los buenos cambios que observaba en su amiga. Más de un año había transcurrido desde la mañana en que la vio entrar al salón de clases, deshecha y derrotada. Desde entonces, el escándalo Watergate, en Estados Unidos, el auge petrolero en la economía venezolana, las declaraciones del presidente Gerald Ford en contra de la OPEP, la nacionalización del Banco Central de Venezuela, el fracaso de Estados Unidos en la guerra contra Vietnam, la nacionalización de la industria petrolera venezolana, ocupaban las primeras páginas de los diarios nacionales e internacionales. Entre tanto, la juventud se divertía al son de las canciones de The Hues Corporation, Van McCoy y La Dimensión Latina.

Le complacía cada paso que daba Virginia hacia los nuevos caminos que le estaba ofreciendo la vida. Supo respetar los largos silencios, hasta que su amiga decidió contarle las tramas de sus desventuras. A medida que Margaret la escuchaba, empezó a sentirse invadida por el asombro y la consternación. Porque esa persona que había sufrido un gran desengaño y atravesado un mundo de experiencias oscuras, tan ajeno al de la educación recibida en su hogar, no encajaba con la joven dulce y sensata que conocía. Sin embargo, en contra de sus creencias, prevalecieron la solidaridad y el gran cariño que le profesaba. Entendió el porqué de sus aislamientos, el desinterés en todo lo que no fuera estudiar. Era evidente que Virginia insistía en reintegrarse al grupo, como antes. ¡Cuánto le costaba! Por más divertida que fuera la

reunión, no era capaz de sonreír. ¿Cómo podía hacerlo, con tan hondas heridas? Frente a ello, su deber fraternal la impulsó a sacarla de aquel abismo.

—Cambia esa cara, amiga.

—No tengo otra.

—Pues, debes poner de tu parte, Virginia. Sonreír no cuesta nada.

—Para ti es fácil porque no has pasado lo que yo.

—¡No puedes continuar así! ¡Vamos a acabar con esa tristeza! Tienes que distraerte en otras cosas. Mañana te traes unos zapatos deportivos, una franela y, después de clases, nos vamos al estadio universitario. ¿Te gusta trotar?

Para satisfacción de Margaret, resultó ser un buen plan. Los ejercicios físicos y las largas conversaciones entre las dos, se fueron transformando en la catarsis que tanto necesitaba Virginia. Si no era suficiente para curar las heridas, al menos, las aliviaba. Le sorprendía que en medio de las nostalgias no apareciera, en su amiga, un asomo de resentimiento hacia el hombre que la había lastimado de esa forma. *Tal vez, así es el verdadero amor*, pensaba Margaret, *incapaz de algún sentimiento mezquino. En mi caso, no sé cómo hubiera reaccionado*. Le conmovían el dolor y el arrepentimiento de su amiga, cuando recordaba el aborto. A pesar de todo, con el tiempo, Virginia comenzó a dar señales de recuperación.

No todo marchaba como debía. A Margaret le fastidiaba ver que, de vez en cuando, en una búsqueda infructuosa de una relación verdadera, su amiga se extraviara entre las breñas de las decepciones, en relaciones que terminaban, apenas iniciadas. Quizás,

había nacido para amar y no para ser correspondida. Suponía que Virginia necesitaba, más que una noche de placer, a alguien que hiciera el esfuerzo de descubrir su intelecto y sus dimensiones espirituales. A veces creía que esa recuperación estaba en el horizonte, como la utopía de la que hablaría Galeano, muchos años después. Virginia caminaba dos pasos, la recuperación se alejaba dos y el horizonte se corría diez más allá. Confiaba en que esos pequeños pasos, aunque tardaran más de lo deseado, la llevarían a un buen final. Cuando Santiago Pereyra se unió al grupo, imaginó que ese deseo podía ser una realidad.

XXXVIII

Con la ayuda de sus amigos, cada cual, a su manera, Virginia logró emerger de las profundidades, como la florecilla entre las grietas del concreto. Demasiado los había preocupado por lo que, en algún punto del trayecto, decidió que los lamentos ya eran demasiado. Al fin y al cabo, el planeta continuaba con sus giros elípticos y ella no podía quedarse gravitando en la órbita de sus tormentos. Dispuesta a terminar su carrera y a reincorporarse a los quehaceres propios de la juventud, decidió formar un fardo con ellos, anudarlo y esconderlo en un rincón secreto del corazón.

Del mismo modo, al contrario de Dorothy Gale, la célebre niña de las leyendas de Oz, tomó la decisión de no seguir soñando con un mago que pudiera sacarla del país de los infortunios para regresarla a su vida anterior. Aquella donde, a pesar de los pesares, se había sentido, alguna vez, segura y feliz. El “si se pudiera volver atrás”, le sonaba a una soberana estupidez. Hacía tiempo que había dejado de ser una joven ingenua. Era en vano seguir insistiendo en encontrar el hombre que la rescatara, cuando sospechaba que la salvación no estaba fuera, si no dentro de ella.

Aunque se había inscrito en la universidad a inicios de la carrera, Santiago Pereyra se incorporó al grupo, dos semestres antes de la graduación. Un joven uruguayo que había emigrado de su país, a consecuencia de la crisis política originada por los procesos autoritarios que desembocaron en una dictadura militar. Su formalidad contrastaba con el espíritu bromista de sus recientes compañeros. Sin embargo, supo adap-

tarse a la dinámica de estudio y pudo sentirse como Pedro por su casa. Poseía un amplio conocimiento sobre temas políticos y económicos. Y la virtud de atrapar la atención cuando disertaba sobre las nuevas manifestaciones sociales que se dieron y se daban en el mundo. *Parece una enciclopedia con piernas*, observó Virginia, *pero, no deja de ser interesante*.

La amistad entre Santiago y Virginia fue creciendo como un tallo de bambú: modesta, noble y fuerte, sin otro tipo de pretensiones. Ellos, después de que los demás abandonaban el recinto universitario, solían quedarse conversando hasta el anochecer; circunstancia que sembró la costumbre en Santiago de llevarla a su casa. Ella, además de aprender a observar el mundo con cristales nuevos, le placía la serenidad espiritual que él le provocaba. Le sorprendía la capacidad que demostraba en escucharla, con la misma concentración que merecían los argumentos profundos, por triviales que fueran los de ella. Siempre le daba la respuesta adecuada a sus inquietudes existenciales. En el regazo de aquella relación fraterna, empezó a sentirse un ser humano, de nuevo. Santiago, entre tanto, se dejaba llevar por el extraño deseo de querer rescatarla de aquello, aún desconocido que, evidentemente, la hacía tan vulnerable.

El cariño de Virginia se fue alimentando de la admiración por alguien que, a pesar de su juventud, daba muestra de una equilibrada madurez. Las conversaciones sobre su familia siempre estaban llenas de anécdotas cálidas y graciosas. Que se expresara de su madre, como lo hacía, no le causaba sorpresa. Era como escucharse hablar sobre la de ella, en aquellos tiempos en que, además de madre e hija,

solían comportarse como dos buenas amigas. Para su infortunio, esa relación había durado poco tiempo. En cambio, le despertaba harta curiosidad la estrecha relación que existía entre Don Pereyra y su hijo Santiago. Ella hubiera deseado tener la misma confianza con su padre. Su vida hubiera tomado otro rumbo. Lo importante, en las actuales circunstancias, era conservar esa amistad. Ella no estaba interesada en él, ni él se fijaría en alguien como ella. No tomaba en cuenta que tanta admiración deshacía las defensas de su corazón. Ni se enteraba de que los pensamientos de Santiago solían concentrarse en ella.

José fue el primero en darse cuenta de lo que pasaba con Santiago. En el ánimo de protegerla, comenzó a detallar el comportamiento del recién llegado a las filas. Si dependía de él, no iba a permitir que la lastimaran de nuevo. Sin embargo, era imposible pasar por alto la evidente deferencia que Santiago mostraba hacia Virginia. La forma de mirarla, como si no existiera otra, entre el ramillete de mujeres que le rodeaban. El afán por agradarla y hacerle reír. Los arranques de celos que, sorprendentemente, no eran advertidos por ella. Cuando estuvo seguro de que no representaba peligro para la estabilidad emocional de Virginia, sí no todo lo contrario, en un ataque de risa, se lo manifestó:

—Amiguita, ese hombre está enamorado de ti.

—¡Estás muy equivocado! —ripostó Virginia, algo incómoda, sin entender por qué—Si eso fuera así, ya me lo hubiera dicho o yo me hubiera dado cuenta.

La semilla, sin proponérselo, cayó en tierra fértil. Ella, al igual que José, reparó en detalles que antes no. Aquel sentimiento de amistad tomó otro rum-

bo. Con el vigor de sus experiencias, pudo disimular sus nuevas emociones: el golpeteo en el corazón y la necesidad creciente de estar a su lado. Recordar a Rodrigo y sus consecuencias, la hicieron convenirse de que no debía cometer los mismos errores. Juró hacer todo lo posible por conservar aquella amistad leal y comprensiva. A esa persona que había venido de lejos para darle el mejor de los obsequios: la recuperación del sentido de integridad y el respeto por sí misma, infinitamente más valiosos que cualquier romanticismo o momento de gratificación sexual.

Había olvidado que el amor era un alud que arrasaba con todo lo que se le atravesara en el camino, hasta con las más loables intenciones. Pudo comprobarlo el día en que ella lo esperó, después de un examen, mientras él terminaba el suyo. Sucedió lo que había intentado contener con el muro de sus razonamientos. Santiago salió del salón de clases, con una sonrisa de triunfo. La emoción lo llevó a abrazarla e, inesperadamente, besarla en los labios. Virginia recibió, con sorpresa, ese beso tierno y profundo, tan diferente a los últimos. Caminaron sin decirse nada, hasta que, debajo de la sombra de los árboles, Santiago la miró de frente para decirle:

—Discúlpame, Virginia, no debí haberte besado.

—¿Por qué? —preguntó ella, temiendo la respuesta.

—Simplemente, porque no puedo ofrecerte nada. Apenas me gradúe, regresaré a mi país. Tengo la obligación de hacerlo. Así que no puedo comenzar una relación contigo para dejarte botada a medio camino. Mereces ser feliz con alguien que pueda entregarse a ti, sin condiciones.

“Dios, ¿qué le pueden haber contado para que me rechace de esta manera?”, se preguntó Virginia, con una mezcla de angustia y tristeza. El temor a perderlo le hizo expresar:

—No te preocupes. Podemos salir sin ningún compromiso. Yo sé cómo son los hombres. En dos meses te habrás cansado de mí. Faltan más para que nos graduemos y debas tomar el avión de vuelta.

Con la perplejidad pintada en el rostro por lo que estaba escuchando, Santiago respondió:

—¿Qué dices? ¿Por qué te maltratas de esa manera? ¿Tan poco me conoces? Yo sí, a ti. Si comienzo algo contigo, temo que tendría que cambiar mis planes porque, entonces, no sería capaz de separarme de ti. Estoy seguro de que, si continuamos, lo nuestro será para toda la vida.

XXXIX

Los vientos borrascosos de las dictaduras azotaban a algunas naciones latinoamericanas. Los regímenes militares pretendían atraer la estabilidad política hacia a esas naciones abordadas por otras ideologías, supuestamente, temerarias. Las fuerzas armadas se basaban en la doctrina de la seguridad nacional, impulsada por los gobiernos de los Estados Unidos, a través del Plan Cóndor. Con el fin de procurar la seguridad interna, se amplió el campo de acción de los militares. Esto produjo el abuso de poder, con la nefasta consecuencia de víctimas mortales y desaparecidas. La crisis económica en la sociedad uruguaya afectó, además, a las instituciones políticas. El señor Pereyra, en vista de los pensamientos izquierdistas de su hijo Santiago, decidió enviarlo a estudiar fuera del país. Pretendía evitar que cayera en manos de los llamados escuadrones de la muerte.

Esos pensamientos habían florecido al amparo de las bibliotecas que abarrotaban su casa. Amante de la lectura y dueño de unas librerías en el país, se regocijaba del bagaje cultural de sus hijos, adquirido por los libros que endulzaban las novedosas ideas. Desde niño, Santiago comenzó a leer todo lo que pasaba frente a sus ojos. Los autores preferidos eran aquellos que dedicaban sus análisis a la historia y a los movimientos políticos y sociales. No era extraño que centrara su interés en las corrientes del pensamiento y en las nuevas voces de libertad. Pereyra no era un padre castrador de ideas; no obstante, prefirió resguardar la vida de su hijo, aunque fuera lejos del

hogar. Eligió a Venezuela por considerar que era un país estable y de proyección. Para evitar suspicacias entre los amigos que eran afectos al gobierno, se encargó de propagar que sus intenciones eran, únicamente, de índole educativa.

Santiago ostentaba un criterio firme, a pesar de su juventud. Eso le había causado algunos celos entre las amistades no acordes con sus planteamientos. En ningún momento le cruzó por la cabeza alejarse de la familia, por lo que, en un principio, se negó. A veces, existían situaciones que consideraba, antes de lanzarse a la persecución de los proyectos personales. Ésta era una de ellas. El deber le dictaba obedecer a su padre, a quien la preocupación lo mantenía en un estado de alerta por las cosas que estaban sucediendo. Para aliviarle la ansiedad y no perjudicar su estado de salud, a Santiago no le quedó otro camino que preparar las maletas. En el aeropuerto prometió, a sus familiares y a sí mismo, regresar. No podía abandonarlos, ni a sus sueños de trabajar en beneficio de los cambios que demandaba el país.

En el transcurso de la carrera universitaria, intentó volver a casa en varias oportunidades. Su papá no se lo permitió. Era la primera vez que se alejaba de los suyos. No le fue nada fácil acostumbrarse a vivir lejos de lo que había conformado su existir. Los tíos, inmigrantes de años atrás, lo recibieron con los brazos abiertos y trataron, por todos los medios, de hacerlo sentir como en casa. Fue una tarea difícil, hasta que logró entender que debía cumplir con lo establecido. Eso no le impidió estar al tanto del acontecer nacional, lo que con frecuencia le llenaba de incertidumbre. Por eso, se había impuesto graduarse lo más

pronto que le fuera posible. Con el título en la mano y ya en casa, distribuiría sus responsabilidades entre la participación política y el negocio de la familia. Todo iba según lo planificado cuando, a dos semestres de culminar la carrera, conoció a Virginia.

Coincidieron en varias asignaturas. Al verla por primera vez, más que la esbeltez y la serena belleza, fue el magnetismo de su sonrisa lo que le despertó el deseo de conocerla. Con el paso de los días, buscó entablar una conversación con ella; siempre andaba acompañada de sus amigos. Unírseles con el pretexto de estudiar con ellos, le pareció una forma simple de lograrlo. A medida que la conocía, se iba dando cuenta del nimbo de tristeza que ella pretendía esconder con una animación que, a veces, resultaba algo forzada. Cuando la amistad se fue estrechando y pudo acercarse a los contornos de su alma, decidió no traspasar los límites. Enamorarla le parecía una canallada cuando, en realidad, no podía incluirla en sus planes.

El beso alteró su mundo interior a tal punto, que quiso declararle, en ese mismo instante, lo que sentía por ella. Unos minutos de silencio le bastaron para reflexionar. Era un absurdo iniciar una relación sin futuro. No era el muchacho aquel que había emigrado por las presiones de las circunstancias. Por lo tanto, se negaba a comportarse como tal. Había planificado su futuro y su deber era responder en consecuencia. Deseaba volver a casa para cumplir con sus promesas. Nada de eso pudo evitarle conmoverse frente al rostro abatido, mientras él le exponía sus proyectos. De mutuo acuerdo, decidieron no verse más. El alejamiento les ayudaría a disipar lo que nun-

ca comenzó. Pero, a medida que pasaban los días, la voluntad de Santiago se fue fracturando. En un despejado atardecer, obedeciendo a sus sentimientos, decidió ir por ella.

XL

Después de escuchar sus argumentos, Virginia sonrió y dijo que lo entendía. La verdad era que a él no le faltaba razón. Sobre todo, para ella que, a pesar del tiempo transcurrido, aún no se había curado de sus decepciones; no necesitaba repetir la historia de soledad y sufrimiento. A medida que los sentimientos por Santiago crecían, anidó cierta ilusión de dejar el pasado atrás. Ahora, la realidad se imponía para obligarla a reconocer que ella colgaba del árbol de los amores truncados. ¿Acaso era conveniente una relación donde ella sería, como siempre, la afectada? Era preferible mantenerse lo más retirada posible de él, antes que volver a atravesar los glaciares de la congoja y la desesperanza. Los amigos, el tiempo y la distancia la ayudarían de nuevo.

A solas, en su habitación, no pudo evitar que los pensamientos la apabullaran. ¿Qué le perturbaba más? ¿Que se removieran los recuerdos de Rodrigo, causante de sus desgracias? ¿Pensar en la imposibilidad de un futuro con Santiago? Si algo tenía claro era que, esta vez, no iba a permitir que los fantasmas volvieran a arrastrarla por las laderas de la depresión. No perdería el tiempo en quejaderas. *A otro asunto, Canuto*, se dijo, zanjando el tema. A ella le esperaban muchas actividades para esos días de ocio vacacional. Dedicarle un tiempo a su papá, salir con los amigos y prepararse para la tesis de grado que debía presentar en los próximos meses. Tomó el bolso con los implementos deportivos y salió a ejercitarse con Margaret. A la entrada del estadio universitario, Santiago

la estaba esperando. Al verlo, ella descubrió cuánto deseaba que él fuera a buscarla.

Adoró esa noche. No hubo necesidad de la luna, las luciérnagas o la música de aquella madrugada fría de enero, cuando sucumbió a los besos de Rodrigo, para que Virginia sintiera que flotaba entre el canto de las musas. Sin experimentarlo nunca con otro y bajo el hechizo de los sentimientos maduros, su entrega fue distinta: única, sagrada, absoluta. Se rindió como la roca al frenesí de las olas, con el corazón limpio y la pasión desatada, en una comunión de cuerpo y espíritu, queriendo detener el tiempo para seguir amándolo, infinitamente. Era la mujer más bella y más amada del mundo y, quizás, no lo era. Pero, se lo dijo él, con una voz grave e inesperadamente suave, y ella quiso creer que no mentía. Dichosa y con los dedos recorriendo la espalda varonil, descifró nuevos significados en los poemas que, nuevamente, le había dado por leer. Embargada de profundas emociones, musitó en un suspiro:

—Te estoy entregando el alma...

Esas palabras conmovieron a Santiago, quien sintió emerger, desde lo profundo de su ser, una extraña energía que escapaba para fusionarse con la de ella. ¿Eso era entregar el alma? La amó con una pasión intensa, deseando tener el vigor suficiente para permanecer toda la noche con ella. Después, con la serenidad del amor satisfecho, la abrazó con ternura. La vanidad masculina cantó victoria porque la dulce joven, que yacía en la cama, había respondido con el mismo fervor. Fueron un hombre y una mujer convertidos en un sólo ser. En el silencio cómplice,

atrapado entre las cuatro paredes, él confirmó que la quería a su lado para siempre. Se encontraba frente a una encrucijada: quedarse con ella o volver con los suyos. Él le había hablado claro, ella no esperaba nada a cambio; no estimaron que la vida se les había complicado.

Comenzaron a amarse, románticos y vehementes, disfrutando de su oasis y sin preocuparse de lo que les esperaba más allá del horizonte, con un profundo sentido de comprensión y sin una pizca de egoísmo, sintiendo que se conocían, aun sin conocerse. Santiago desestimó los rumores sobre Virginia porque sospechó, desde un principio, que aquel lastimado corazón escondía dolorosos secretos que él estaba dispuesto a respetar, hasta que ella tuviera la confianza para contárselos. Virginia recogió los retazos de su ser y se hizo un traje nuevo. Se veía hermosa, aunque nadara en la certeza de la inevitable separación. Su amor era tan grande, que nunca atentaría contra las convicciones de Santiago. Si el precio de tanta dicha era dejarlo ir, estaba dispuesta a pagarlo. Como fuera, la vida volvía a ser amable con ella. Cuando pensó que nunca más volvería a entrar en los dominios de Hades, su Cancerbero se hizo a un lado. Porque, al fin de cuentas, Rodrigo Ramírez era su infierno.

XLI

Tirado sobre la arena y contemplando la marea, Santamaría descansaba, totalmente, satisfecho. Su hija había finalizado los estudios, como siempre lo soñó. Estaban de vacaciones en Margarita. Además de conocer la isla y sus deslumbrantes playas, a Virginia se le ocurrió que podía aprovechar la oportunidad para comprar el vestido de graduación. La zona franca, promocionada por sus bajos precios, estaba abarrotada de tiendas a la última moda. Viéndola disfrutar entre las olas, vuelta toda una mujer, alardeaba diciéndose que su modo de educarla había sido un triunfo. A pesar de ciertos períodos de rebeldía, ella nunca se vio tentada a perder el juicio por cabeza loca. Al contrario, supo escoger sus amistades, esos compañeros de estudios que llegaron a su casa para robarse su cariño y respeto. Para entonces, él había entendido, como lo expresó Flora en su momento, que no podía mantenerla alejada del mundo real.

Le agradaban esos amigos que, muchas veces, se quedaron estudiando hasta el alba, sin comprender el grado de concentración que demostraban, a pesar de los altos acordes de la música, cuando a él le era imposible conciliar el sueño. Margaret resultó ser la amiga que siempre deseó para su hija; no Minerva que, por fortuna, dejó de frecuentarla. Delia y Yajaira también eran buenas amistades, pero, desde que se casaron, sólo disponían de tiempo para atender a sus familias. En cuanto a los jóvenes, se daba cuenta del gran aprecio que sentían por Virginia. A excepción de José, que ya tenía esposa e hijos, le hubiera encan-

tado que, Rafael o Santiago, se convirtieran, algún día, en su yerno. Sobre todo, el último, porque hacía gala de mayor seriedad y manifestaba una atención especial hacia su hija. Si tuviera la oportunidad de ver cumplido ese deseo, podía morir tranquilo.

A esas alturas de la vida, cuando pudo analizar con mayor objetividad y sin llamarse a engaño, comprendió que su pasado no había sido tan íntegro, como acostumbraba contarle a su esposa. La familia perfecta no existía; la suya no era la excepción. También fue presa de los prejuicios y los tabúes de entonces. Si bien era cierto que sus hermanas se habían casado, no habían sido felices, como acostumbraba pregonarlo. En cuanto a la tía Cecilia, se guardó la historia a conveniencia. La pobre fue enviada a un pueblo lejano para que diera a luz al hijo bastardo. Después, la encerraron en un convento; el mismo que se encargó de darlo en adopción, sin tomar en cuenta las lágrimas de la joven madre. ¿Qué decir de sí mismo? ¿Acaso pudo olvidar las palizas de su intolerante padre, que lo llenó de inseguridades, difíciles de superar? La creación de esa familia, tan llena de virtudes, sólo era el reflejo de lo que deseó para la suya.

Desde el mar, Virginia observaba la placidez en el rostro de su papá. Eso la hizo sentir bien. En los últimos tiempos, a él le había dado por hablarle sobre su pasado. Entre tantas historias, ella acabó por comprender que su severo comportamiento se originó en las circunstancias que le habían tocado en suerte. Ella no era la gran conversadora; sin embargo, trataba de suplir esa desventaja acompañándolo en sus cafés matutinos, sus programas de televisión, aunque

estos no le despertaran el más mínimo interés, y en preguntarle cómo había pasado el día. Estos pequeños detalles redujeron una brecha que, alguna vez, creyeron insalvable.

Santiago insistía en hablar con él sobre el noviazgo. Consideraba que era la vía para demostrarle cuánto la amaba. Virginia se oponía, no por los temores de antaño, que terminaron con la mala decisión de abortar y que la llevaba, con frecuencia, a la tristeza y a la culpa. Si no por lo absurdo que le parecía esa conversación entre los dos. ¿En qué términos sería?

Amo a su hija, pero, existe un pequeño inconveniente. En unas cuantas semanas, tendré que regresar a mi país. No se preocupe. Cuando terminen los problemas allá, que no se sabe cuándo será, le doy mi palabra de honor que regresaré para casarme con ella. Eso no tenía sentido.

Virginia no dudaba de la sinceridad en las promesas de Santiago. La experiencia le había demostrado que una cosa era el deseo y otra la realidad. Frase que nunca olvidaba. La misma experiencia la conducía, con frecuencia, al pesimismo. Él le aseguraba que, una vez superada la crisis política, regresaría por ella. ¿En cuántos años? ¿Dos? ¿Treinta? ¿Alguien podía decirlo? Estaba consciente de que, si él no se había ido, era porque la amaba sinceramente. Una vez lejos de ella, muchas cosas le podían suceder, hasta enamorarse de nuevo. Se iba y ella sufriría el tormento de su ausencia. A eso le temía. No deseaba convertirse en una especie de Penélope en el andén, en una eterna espera.

Los conflictos políticos en Uruguay se agudizaban. La desaparición de la maestra y militante anarquista, amiga muy querida por la familia Pereyra, sacada a

la fuerza de la Embajada de Venezuela por los militares uruguayos, le afectó considerablemente. Era el detalle que hacía falta para que Santiago se decidiera a regresar a su país. Así las cosas, nada más llegar a Caracas, ella lo ayudaría a preparar las maletas. En medio de sus reflexiones, le pareció que alguien la llamaba. Prestó atención:

—¡Virginia!

Era lo que menos deseaba en esos momentos.

—Definitivamente, Rodrigo, ¡qué chico es el mundo!

—¡Qué bueno que te encuentro! Desde hace tiempo, estoy deseando hablar contigo. ¿Puedes concederme unos minutos? ¿Por favor?

XLII

El encuentro con Rodrigo no podía ser obra de la casualidad. Lo percibió como una especie de juego perverso de los dioses. Entre los miles de turistas, las decenas de playas y los trescientos sesenta y cinco días del año, tenía que aparecer él, en el mismo lugar y a la misma hora que ella, como si, de alguna manera, esos dioses quisieran decirle que los hilos de sus destinos estaban entrelazados en un mismo cordel. En los momentos en que ella había logrado apartarlo de sus pensamientos, al menos, gran parte del tiempo, era una desgracia. Verlo, le despertó sentimientos ajenos a la alegría. La estremeció de una manera que la sorprendió. Él no tenía que darse cuenta de que el cielo, el mar y el entorno desaparecían para dejarlos, a los dos, en una especie de isla remota, y a ella, en el centro de una maraña de sentimientos en pugna. El orgullo la obligó a mostrarse indiferente, como si nunca hubiera experimentado amor por él. Sentados, lejos de la multitud y a la sombra de las palmeras, le dejó hablar:

—Nunca me equivoqué contigo. Desde un principio supe quien eras. Una buena chica. Noble, generosa. Tan generosa que, a pesar de la forma como me comporté contigo, aun tienes la gentileza para escucharme. Necesito que me perdones. Jamás debí haberte tratado así. No lo merecías. Quise enmendarlo cuando fui a buscarte a la universidad. Tu actitud me dio a entender que ya era demasiado tarde. De verdad, lo siento.

—Pienso que todo fue producto de la inmadurez —dijo Virginia, hablando sólo de sí misma, porque él

ya era un hombre para aquel entonces—. Éramos tan jóvenes, que no tuvimos la valentía para enfrentar la situación.

A medida que Rodrigo describía las baladíes causas de su proceder y hablaba sobre sus planes, ajenos a ella, sintió algo extraordinario. La niña que se paraba frente al balcón de aquellas flores, se despedía, como una golondrina en busca de primaveras imposibles. A la vez, despertaba una mujer capaz de sentarse a conversar con el hombre que la había hundido en las tinieblas, haciéndole creer que era una moneda sin valor. Lo escuchó con el estoicismo de las caracolas que permanecían inmóviles sobre la arena.

Al final, pudo despedirlo simulando esa sonrisa que se le da a un conocido cualquiera, como si no hubiera sido el cataclismo que, por poco, acababa con su existencia. En la habitación del hotel, estalló. La ira se le agolpó en el pecho. ¿Acaso, era estúpida? ¡Cómo lo dejó irse sin decirle todo lo que había pasado por su irresponsabilidad! ¿Era importante haberlo hecho? ¿Gritarle que era un infame que le había provocado un sufrimiento más allá de lo soportable? ¿El peso de la culpa por lo que provocó su falta de apoyo? ¿El pensamiento perenne sobre lo que hubiera sido ver crecer a su hijo? ¿Las veces que deseó morir y la amarga tristeza que no terminaba por desaparecer? ¡Claro que sí! Porque hubiera podido expulsar el virus que no la dejaba sanar. Se desinfló. Al menos, pudo haberle preguntado qué había hecho ella para merecerlo.

Los recuerdos de esos días regresaron a tropel, apriionándole el alma con la misma fuerza de ayer, como si no hubiera pasado un solo día. ¿Por qué el cora-

zón se negaba a dejar todo atrás? ¿No había tenido suficiente para odiar a Rodrigo? Sus sentimientos se tornaron confusos. ¿Qué pasaba con Santiago? Ahora que él se marchaba, ¿qué sería de ella? ¿Cómo enfrentar, de nuevo, a sus monstruos y a sus miserias? Sintió miedo. Les temía a las zarpas de la soledad. Ella amaba a su novio; no tenía dudas. Entonces, ¿Por qué le afectaba tanto el encuentro con Rodrigo? Desde algún rincón del subconsciente, emergieron las conjuradas palabras dichas por él, una distante tarde, en la puerta de su casa: *...ten en cuenta que yo no dejaré de amarte y tú, jamás podrás olvidarme!*

¿Qué tan cierto era el poder de las palabras? ¿Ese reencuentro obedecía a un principio místico? Quizás, ¿a lo que estaba escrito en las gastadas cartas del tarot? Recordó la tarde en que la intriga la había llevado a acompañar a Margaret, a casa de una tarotista. En un apartamento en penumbras, entre estatuillas, cuarzos y velas, la tarotista, rodeada de una aureola de misterio, le habló sobre el futuro: *El amor te traerá penas y alegrías; tendrás que ser muy inteligente si quieres sobrevivir a sus secuelas. Déjame ver... ¡La carta de los amantes! Eso me indica que, al final, triunfarás; conocerás al hombre que te acompañará hasta la muerte. Pero... ¿Qué veo aquí? Mira estas dos cartas: El mundo y el loco. Ellas decretan que harás un viaje que transformará tu vida, marcando un antes y un después de algo que te marcará por siempre. No veo claro que cosa puede ser...*

Las dos jóvenes, escépticas, abandonaron aquel lugar, riendo a carcajadas, burlándose de aquella mujer que les predijo casi el mismo futuro. No era tan difícil predecir las cosas que le pasaban a la mayoría de las personas: amores, viajes y vicisitudes. A la

orilla de las circunstancias actuales, no pudo evitar preguntarse si aquella pitonisa no había resultado tan charlatana. ¿Se había referido a este viaje? ¿Quién era el hombre? ¿Rodrigo o Santiago? ¡Qué tonterías, yo pensado en sandeces!, se dijo. El hecho era que el reencuentro con Rodrigo había significado mucho más de lo que ella hubiera podido suponer en sus alocados desvaríos.

No quiso contárselo a Santiago porque no lo creyó conveniente. Al fin y al cabo, pronto se marcharía y no había necesidad de abrumarlo con sus inquietudes. Prefirió hablarle sobre sus vacaciones y lo mucho que disfrutó con su papá. *Cuando vuelvas, iremos los dos*, prometió, pareciéndole que era otro de sus sueños imposibles. Deseaba pedirle que no se fuera, que temía quedar a expensas de sus suplicios. Sólo con él era capaz de sentirse segura. Lo había extrañado en el viaje. No imaginaba cuánto más lo haría, una vez que se hubiera marchado.

—Amor, quiero casarme contigo —dijo Santiago, repentinamente—. En definitiva, no puedo irme sin ti. El desconcierto y la alegría la abrumaron a un mismo tiempo. Virginia sintió que se abrían los cielos para bañarla de esperanzas. Además de unirse al hombre que amaba, podía alejarse de todo aquello que le causaba tanto daño. Una inesperada oportunidad que le ofrecía el destino. Sólo que debía ser honesta y contarle para que él supiera con quien se casaba. No hacerlo era una deslealtad. Lo haría después; no quería destruir la magia del momento.

—¿Estás seguro de lo que me estás diciendo?

—¡Por supuesto! Quiero que formemos una familia y me des un montón de hijos —afirmó, con una ancha sonrisa.

¿Hijos? Se desató el fardo de sus tormentos y se liberaron las lágrimas contenidas por tanto tiempo. Cuando dejó de llorar, comenzó a hablar sobre la inocencia perdida de la peor manera, el embarazo inesperado, el abandono a su suerte, la intolerancia paterna, el miedo a enfrentar sola esa situación, las horas de desesperanza, la crueldad de su primer amor, los remordimientos, los deseos de morir, la soledad infinita... Una soledad, siempre en acecho, que sólo él sabía cómo alejar.

El alivio de la confesión dio paso a la vergüenza y, luego, al temor.

—Te he decepcionado, ¿verdad? —preguntó.

—No amor, ¿por qué lo piensas? Sólo me pregunto cómo fue capaz de causarte tanto daño.

XLIII

Regresar a Uruguay en plena dictadura militar era un contrasentido, sobre todo, cuando allá se vivía una época marcada por el exilio. Virginia estaba al tanto de los riesgos que corría Santiago, si continuaba con el curso de sus ideales. Quería profundamente a su futuro esposo; no dudaba en apoyarlo en todo lo que se propusiera. Lo importante era viajar lo más pronto posible. Los contactos de la familia Pereyra podían ayudar a superar cualquier obstáculo que se interpusiera al ingreso de los recién casados al país. Antes de viajar a la nación uruguaya, decidieron disfrutar, de su luna de miel, en Francia. Con todo listo para el viaje, prepararon el festejo de boda.

La ceremonia le permitió a Virginia reencontrarse con los amigos de toda la vida. Despedirse de ellos, con la promesa de volver un día y, en su ausencia, no perder el contacto. Santamaría estaba contento, a pesar de que su hija se mudaría con su esposo a un lugar con una situación política complicada. Esperaba que fuera una separación temporal porque, sin haberse ido, ya soñaba con volver a verla. En todo caso, se conformaba con haber cumplido con la misión que se habían propuesto él y Flora, en un pasado que, a veces, le sonaba tan lejano y, otras, nada más ayer.

En el aeropuerto, padre e hija se abrazaron como jamás lo habían hecho, con el amor que siempre existió y no supieron expresar. Mirándolo de frente, Virginia sintió el deseo de no abandonar a aquel hombre que, aunque trataba de disimularlo, sufría por verla partir. Santiago, frente a la preocupación

de su esposa, la consoló asegurándole que el alejamiento no sería para siempre, ni que se iban a desentender de él. A la primera oportunidad, si tardaban en regresar, le prometía llevarlo a vivir con ellos. Al traspasar la puerta y perder de vista a su papá, Virginia sintió, por vez primera, lo que eran los aires de la libertad plena.

París resultó más fascinante de lo que hubiera podido imaginar cuando, en la tranquilidad de su habitación, leía Rayuela o París era una fiesta. La lluvia menuda que los recibió, aumentó el romanticismo de la ciudad y exacerbó la emoción de estar al lado de Santiago. En un pequeño restaurant, entre los aromas de las especias francesas y frente a unos platos exquisitos, Virginia se prometió convertirse en la compañera que Santiago merecía. Era el inicio de una nueva etapa, que comenzaba con una luna de miel maravillosa. Todo le parecía asombroso. La Torre Eiffel, el Museo del Louvre, el crucero por el Sena, la Basílica del Sagrado Corazón, la Plaza de los Pintores, El Café de Flore, lugar predilecto de Ernest Hemingway, el Puente de las Artes, donde Horacio Oliveira esperaba encontrar a Lucía, la Maga... La visita al Palacio de Versailles, que le hizo filosofar sobre las causas de la revolución francesa.

Inolvidables los paseos, abrazados o tomados de las manos, por el canal Saint-Martin, o por las largas avenidas con sus plazas, monumentos y edificios históricos. Las noches extraordinarias donde, en un mínimo apartamento de la rue Paul Fort, acababan con el vino, el baguette, los exquisitos quesos franceses y los deliciosos crème brûlée. Las cálidas

conversaciones y, al final, próximo al amanecer e instigados por la pasión, hacer el amor como bárbaros hasta que, vencidos por el agotamiento, se quedaban dormidos.

Esos días transcurrieron a máxima velocidad. En el avión, rumbo a Uruguay, ella juró volver de nuevo. Apenas se vio en el aeropuerto de Carrasco, en Montevideo, Virginia pensó: *Al fin, la vida me permite ser feliz, otra vez*. En la clara mañana de un verano caluroso, la ciudad despertaba plácida y hermosa, ajena a las contingencias que vivían sus habitantes, frente a la situación política imperante. La cotidianidad capitalina iniciaba sus movimientos. En la marquesina de un cine, se anunciaba “Fiebre de Sábado por la noche”, la película que llevaría al estrellato a John Travolta.

La ciudad era hermosa. Le impresionaron el esplendor y la arquitectura influenciada por el estilo europeo: las palaciegas quintas, las avenidas custodiadas por los frondosos ombúes, el Teatro Solís, el Palacio Salvo, la Plaza de la Independencia y la Rambla, que se extendía a lo largo de las fulgurantes aguas del Río de la Plata. Después del rápido tour, atravesaron la larga carretera y los controles policiales, hasta que llegaron a Colonia del Sacramento. Todo le causaba tanta admiración, que se sintió tentada de bajar del auto para pasear por sus calles tranquilas, pero los esperaban en casa. De pronto, la felicidad que la embargaba fue arrasada por una inesperada sorpresa. Custodiando lo que sería su nuevo hogar, un frondoso árbol de trinitarias les daba la bienvenida. El rictus de amargura se apoderó de su rostro. Podía escapar de todo lo que quisiera, menos de los estiletes del pasado.

XLIV

Los estiletes del pasado... murmuró Virginia Santamaría, en la confortable cabina del avión, próximo a llegar a su destino. ¡Cuántos años transcurrieron desde que, llena de esperanzas, la joven aquella había tomado sus maletas para mudarse, temporalmente, a tierras lejanas! Creyó que el fantástico viaje, por su luna de miel, era el preámbulo de las cosas extraordinarias que le deparaba el futuro. En las horas oscuras de su época de desenfrenos, supuso que nunca sería digna de un hombre como Santiago. Por gracia del destino, se había equivocado. Él era mucho más de lo que hubiera podido soñar. Estaba dispuesta a recompensarle la proeza de haberla rescatado, ofreciéndole su amor y dedicación. La dicha que la embargó, hasta ese momento, le había hecho olvidar que una cosa era lo que ella pretendía y otra lo que ordenaban las estrellas. Frente a la puerta de su nuevo hogar, se dio cuenta de que nada había quedado atrás.

La presencia de las trinitarias, removieron antiguos sentimientos. Sintió el absurdo deseo de arrancarlas desde sus raíces. ¿Qué culpa tenían esas flores de sus desventuras? Exterminarlas no significaba que se curarían sus heridas. Apartó esos pensamientos. Allí estaban los Pereyra, evidentemente, emocionados por volver a tener a Santiago con ellos. Hizo un esfuerzo para corresponder, con amabilidad, al fraternal recibimiento de quienes, desde el primer momento, le hicieron sentir en casa. Ante tanta efusividad, se prometió ocultar lo hostil de su pasado y comenzar a escribir, con la tinta del optimismo, en las páginas

en blanco de la nueva fase de su vida. Confiaba en que los aires del tiempo terminarían por barrer los arenales de sus tragedias. Enmascarándose con la mejor de sus sonrisas, se integró a la alegría reinante. Después, cuando la fiesta terminó y todos se habían retirado, en el silencio de la habitación, comenzó a desempacar.

La casa estaba en un hermoso vecindario, no muy lejos del barrio histórico. Mudarse a Colonia del Sacramento significó un profundo cambio. De la Caracas vital y en constante transformación, Virginia debió adaptarse a esa comunidad apacible, sin el bullicio de las grandes ciudades, a las cuatro estaciones del año, a la energía propia de los colonienses y a sus costumbres, a los fines de semanas con familiares y amigos, mientras disfrutaban del mate, el vino tinto, los asados y los partidos de fútbol, momentos tan distintos a los de los sábados y domingos solitarios en la casa paterna. Siempre estaba rodeada de cordialidad y cariño. A medida que transcurrían los meses, se dejó abordar por la nostalgia.

Su esposo se había quedado corto en los comentarios sobre su familia. El amor y la confianza, entre todos, era sorprendente. ¡Cuánto le hubiera gustado poseer en su casa una pizca de lo que veía! El señor Pereyra mostraba el mismo grado de serenidad y comprensión que su hijo Santiago. Diana, la señora de la casa, era amable y alegre, parecido a como lo había sido su mamá, en los inolvidables años de su infancia. El ambiente en ese hogar era tan armonioso, y Santiago, tan considerado, que Virginia no dejaba de preguntarse qué podía faltarle para alcanzar, de una vez por todas, la felicidad.

En la intimidad de la habitación, se entregaba limpia y profundamente a él, aunque no pudiera despojarse de las sanguijuelas que le absorbían el derecho a vivir en paz. Sin poder alejarse de las culpas y de los recuerdos, aprovechaba las ausencias de Santiago para salir a recorrer las calles del casco histórico, donde no faltaban las trinitarias, las exuberantes buganvillas. En el muelle, frente al resplandor del Río de la Plata, daba rienda suelta a sus tristezas. Sí, vencida por el pesar del hijo no nacido, no podía escapar del avispero de los remordimientos. Como si eso no fuera suficiente, tampoco terminaba por olvidar a Rodrigo, no porque lo siguiera amando, sino porque necesitaba entender que había hecho ella para merecer su comportamiento. En contra de sus propósitos, una idea peregrina comenzó a rondar por su mente. Si lo viera, tan sólo una vez más, podría preguntarle y acabar con el karma.

La imaginación la orilló a creer que las fuerzas misteriosas, como lo hicieron en el pasado, actuarían de nuevo para que pudiera reencontrarse con él. Aferrada a una infundada obsesión, comenzó a buscarlo, eventualmente, entre los peatones, las personas que entraban en la librería y en los turistas que recorrían las calles empedradas o tomaban fotos en el muelle. Y cuando salía fuera del país, con Santiago, le asaltaba, en ocasiones, la idea de que pudiera tropezar con Rodrigo entre la multitud. Al fin y al cabo, la vida le había demostrado que el mundo no era tan grande. Ella no hacía nada malo con eso. Cuando meditaba en su proceder, entendía que de alguna manera traicionaba la confianza que su esposo depositaba en ella.

El señor Pereyra, presumiendo que el retraimiento de Virginia era producto del hastío, no de la nostalgia, la invitó a integrarse al proceso contable del negocio familiar. Fue un respiro para ella. Atareada, entre cuentas y balances, pudo alejarse de esos pensamientos que no hacían más que entristecerla. En contraste, fueron sustituidos por la preocupación, porque ahora se enteraba. En el afán de protegerla, Santiago no le había contado. Después de atender la llamada telefónica, abandonaba lo que estaba haciendo en la librería y corría a reunirse con sus amigos, en la clandestinidad. *Ten cuidado, hijo, que siempre hay un soplón donde menos lo esperas*, le prevenía el señor Pereyra. Aunque la dictadura estaba llegando a su fin y se establecía la agenda para el retorno de la ansiada democracia, Virginia no podía recuperar la tranquilidad, hasta que él regresaba de sus reuniones. Cuando más satisfecha se sentía con sus nuevas responsabilidades, tuvo que abandonarlas, obligada por algunos trastornos de salud. En las ausencias de Santiago se enfrentó, de nuevo, a la soledad. Bien era sabido que, “cuando el diablo no tenía qué hacer, con el rabo mataba moscas”.

XLV

¿Cómo dejar el pasado atrás, si la vida misma se lo prohibía? Las náuseas y los mareos aquejaban a Virginia, por lo que, días antes, había consultado al médico. Ahora, del brazo de su esposo, entraba a la clínica, no como lo hizo una lejana mañana, presionada por el miedo y los remordimientos, sino con la emoción de quien está por recibir la mejor de las noticias. La asistente los había llamado para informarles que debían ir por el resultado de los análisis médicos. Ambos estaban emocionados. Después de varios años, el sueño de un hijo se haría realidad. Cuando el obstetra entró al consultorio, sin asomos de sonrisa, entendieron que algo andaba mal. No esperaban que lo fuera tanto.

—No estás embarazada —dijo el obstetra.

—¿Está todo bien, doctor? —preguntó Santiago.

—No. Con los medicamentos que le voy a recetar, se recuperará. Pero, en cuanto al embarazo, lo lamento. Según los resultados clínicos, eso no será posible en el futuro. Desafortunadamente, los daños en el útero por el aborto fueron demasiado graves.

Santiago, observando la consternación en el rostro de su esposa, comentó:

—No te sientas mal por eso, querida. Importa que estés saludable. Además, debes tener en cuenta que lo que no se tiene, no se añora.

Virginia no soltó una lágrima. En el trayecto de regreso a casa, enclaustrada en sus pensamientos, no escuchó, ni dijo nada. Siempre lo tuvo presente. Algún día, la vida le habría de pasar factura. Ahora que

lo estaba haciendo, ¿para qué llorar? Era el precio que estaba obligada a pagar por su desventurada acción en el pasado. El vacío, como nunca, inundó todos los rincones de su espíritu. Había destrozado las ilusiones de Santiago, que tanto deseaba un hijo. Aunque él estaba a su lado, se sintió, irremediablemente, sola. La historia, en cierto modo, se repetía. Se refugió en el silencio, durante un largo tiempo.

El fallecimiento de Santamaría coincidió con la inscripción de Colonia del Sacramento en la Lista del Patrimonio Mundial, un acontecimiento que llenó de alegría a los Pereyra y que fue empañada por la noticia. Una semana antes, él había llamado a su hija para ponerla al tanto de su delicado estado de salud. Santiago y Virginia viajaron de inmediato a Caracas. Lo llevaron a la clínica, aunque fue demasiado tarde. Después de varias horas en el quirófano, el médico cirujano les informó que la operación no había tenido éxito. Ella lamentó no haber estado a su lado, acompañándolo en la penosa enfermedad. A pesar de que su padre prefirió mantener en secreto sus dolencias y se había negado, constantemente, a vivir con ellos, los remordimientos la embargaron. Frente al féretro, le pidió perdón. Consideró que, sin él, ya no tenía sentido regresar a su país, aunque todo su ser le dijera todo lo contrario, porque su verdadero hogar estaba allí, en su ciudad natal, donde pasó su infancia y parte de su juventud; no en tierras ajenas. Le alegró ver de nuevo a sus amigas. ¡Cómo le reconfortaron sus abrazos y sus palabras de consuelo! Después del funeral, las invitó a su casa. Una casa que se rendía a los embates del tiempo, al descuido. Sin embargo, conservaba la calidez de una dulce anciana.

A las sombras del atardecer, charlaron como si no hubieran dejado de verse, con la misma camaradería, a pesar de los años transcurridos. Delia había terminado por divorciarse, cansada de las infidelidades de Wilfredo. Yajaira y Margaret continuaban casadas; Eduardo y Omar resultaron ser buenos esposos y excelentes padres. Los hijos de cada una, estudiando y atravesando las particularidades propias de la juventud. Las amigas, con sus idas y venidas, se les veía contentas.

Virginia habló sobre su tragedia; la imposibilidad de tener un hijo. Afirmó que no dejaba de esforzarse por superarlo, esperando poder apartar las cortinas de la tristeza para que su alma pudiera volver a apreciar la luz del sol. Contaba con el amor de Santiago y las atenciones de la familia. Sobre todo, las de su suegra Diana que la cuidaba como una verdadera madre. Todos la querían bien. Lo menos que debía hacer, como muestra de agradecimiento, era tratar de continuar su vida, sin volver la mirada atrás. Lo que no les comentó fue que, con la vuelta a la casa paterna, volvieron los recuerdos de un pasado que no dejaba de lastimarla. ¿Acaso, nunca lo iba a olvidar? Rodrigo... ¿Qué había sucedido con él? ¿Alguna vez pensaba en ella? ¿En su reprensible proceder?

Quiso pedirles que la acompañaran; pasar por la calle de sus desdichas. ¡Si él supiera todo lo que había causado! Los seres humanos no debían andar por el mundo destrozando vidas... ¡Qué cosas se le ocurrían! Si estaba en su destino que se volvieran a encontrar, no sería por su mediación. Como sin darle importancia, o quisiera saber cuál era el pronóstico del tiempo, sin interesarle si llovía o no, preguntó:

—¿Han sabido de Rodrigo?

—No —contestaron sus amigas, al unísono.

Sin embargo, antes de despedirse, Delia no pudo contenerse:

—Tengo que contarte algo.

—Dime.

—Yo sí lo vi.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Rodrigo.

—¿Cuándo?

—Hace un par de meses.

—¿Hablaste con él?

—Sí. Sigue viviendo donde mismo, con su esposa y sus hijos.

XLVI

En un nuevo suspiro cósmico, transcurrieron otros largos años. Para entonces, había acabado por aceptarlo. *No volveré a mi país*, se lo dijo tantas veces, a Santiago y a sí misma, que terminó por creerlo. Olvidó que a las deidades del destino les divertía cambiarle las señas. Ahora que él ya no pertenecía a este mundo, ella decidió cumplir su deseo. Regresaba sin planes, ni compromisos, sólo con la ilusión de llegar a casa. Les daría una sorpresa a sus amigas, que la esperaban sin conocer la fecha del boleto de avión. Virginia se ajustó el cinturón de seguridad; la aeronave estaba por aterrizar. La emoción hizo presa de ella, mientras distinguía, desde la ventanilla, el suave oleaje bajo la luz del amanecer. Maiquetía despertaba bajo la promesa de un sol deslumbrante. Aspiró profundamente como sí, al hacerlo, pudiera percibir el salobre aroma del mar. Sin tener con quién compartir sus sentires, extrañó a Santiago, como nunca. Volvió a la galería de los recuerdos. Aquel comentario de Delia, sobre su encuentro con Rodrigo, la sacudió, aunque para entonces ya no pensara en él con la misma intensidad. El rostro del hombre joven, del que se había enamorado en la adolescencia, no le llegaba a la mente con la antigua nitidez. La memoria, poco a poco, se lo fue ensombreciendo debajo de los velos de su fragilidad. Eso no era obstáculo para continuar con la ilusión de verlo, una vez más. Ahora que tenía la oportunidad, nada le costaba, en algún momento, pasar por su casa y tocar la puerta. Ambos eran dos adultos mayores con la capacidad de

conversar, serenamente, sobre lo que la atormentó durante tanto tiempo. Así, él podría despejarle la incógnita y ella, finalmente, terminar con esa historia. Al salir del aeropuerto, subió a un taxi y, en un repentino impulso, tomó la decisión: darle la dirección de Rodrigo al chofer. La ciudad, como de costumbre, lucía maravillosa y espléndida. Los grafitis y las consignas en las paredes develaban el clima político del país. Ella estaba al tanto del acontecer nacional: las secuelas de la compleja polarización política. Había soñado tanto con respirar los aires de su tierra natal, que esta situación no logró minimizar las ansias de volver. En la radio, Carlos Vives cantaba:

*Nada voy a hacer
rebuscando en las heridas del pasado...*

El chofer abandonó la autopista y entró a la urbanización. El recorrido era parecido al que ella hacía con sus amigas, durante aquella fantástica etapa estudiantil. La arboleda continuaba custodiando la avenida principal. El proceso de urbanización había suplantado la mayoría de las imponentes quintas por centros comerciales, negocios y edificios. Para satisfacción de Virginia, en las calles aledañas, aunque desgastadas por el torbellino de los años, muchas seguían en pie.

A medida que se acercaban, no hacía más que imaginar el tan esperado encuentro. ¿La miraría, cara a cara, sin reconocerla? ¿Se abrazarían como dos buenos amigos? ¿La invitaría a pasar y le presentaría a su familia, a sus hijos, a sus nietos? ¿Se alegraría de verla? El regocijo, que casi rayaba en lo infantil, le hizo sonreír. Cruzaron la esquina; allí estaba el inmueble. La sonrisa se le transformó en un gesto de patética sorpresa:

—Pare, por favor. ¡Debo bajar un momento! —pidió Virginia— ¿Puede esperar por mí?

—El tiempo que necesite, señora.

Ella tomó aire. ¿Qué esperaba? ¿Qué todo iba a estar igual que cuando se fue? En vez de las hermosas trinitarias que un día enamoraron su alma primaveral, un letrero desgastado ofrecía los servicios de un modesto taller mecánico. ¿Por qué se había sorprendido? ¿Cuántos años pasaron desde entonces? La vida no era inmutable. Ella fue la que quedó suspendida en el punto de una pueril esperanza. Con el espíritu fatigado, no le importó sentarse en la acera.

—Señora, ¿se siente mal? —preguntó el taxista, que corrió a auxiliarla.

—No, hijo, sólo deseo descansar un poco.

Se transportó a la tarde cuando Santiago y ella contemplaban, desde lo alto del Faro de Colonia del Sacramento, la iridiscencia del Río de La Plata. Compungida por los trastornos de salud de su compañero de vida, dejó que las palabras se le escaparan desde lo más profundo de su ser:

—Santiago, tú sabes que te he amado y te amo con toda el alma. Y que agradezco, infinitamente, que hayamos cruzado juntos este camino. No sé cómo hubiera terminado mi vida sin ti...

—Lo sé, amor. Sólo siento no haber logrado que dejaras de mirar atrás.

¡Él siempre lo supo! Ella guardó silencio por vergüenza.

Ahora le resultaba claro. Frente al balcón arruinado, lo entendió. La posibilidad de ese encuentro nunca había existido. Todo fue producto de una delirante fantasía. De repente, sintió que sus dramas existen-

ciales ya no lo eran tanto. Las cosas pudieron haber sido diferentes, si ella no hubiera insistido en perseguir estrellas, hace tiempo extinguidas. No aprendió a leer entre líneas o a interpretar las señales. ¡Fueron tantas! Gran parte de su existencia desperdiciada, deseando encontrar una respuesta que siempre estuvo frente a sus ojos. Ella no tuvo la culpa por esa relación tan desdichada y Rodrigo, ¡jamás la había querido! Por eso, actuó en consecuencia. Así de simple. Debíó haber puesto punto final cuando él la dejó esperando en la celebración de sus quince años. Era un absurdo pensar así. ¿Quién podía adivinar lo que deparaba el futuro? Le embargó una certeza. Con Santiago pudo haber sido completamente feliz, si no se hubiera condenado a la prisión de remordimientos inútiles y de añoranzas volátiles.

Miró a la jovencita que imaginaba un universo abarrotado de sueños posibles. Encerrada en su cuarto, rodeada de libros y muñecas, suspirando por Rodrigo, su primer amor, mientras Héctor Cabrera, a través del tocadiscos, les cantaba a los amores rotos:

*No pienses en mí,
podrás seguir por tu camino
sin jamás pensar en mí...*

¿Dónde estaba esa joven romántica y confiada? En lo profundo de sí misma. La miró y se miró... No tenían nada en común. Una voz interna exclamó:

—¡Déjala ir!

Era una ironía. A la hora que le tocaba atravesar las hojarascas del otoño, tener que enfrentarse a la verdad. En esos instantes comprendió que la vida no la

había maltratado, fue ella quien insistió en hacerlo. Todo aquello que la hizo padecer gran parte de su existir, sorpresivamente, se desdibujaba como una huella arrastrada por las olas.

¿Dejarla ir?, se preguntó.

Demasiado había tardado para soltarla y no volver a pensar en él.

Contenido

I	9
II	13
III	17
IV	23
V	31
VI	35
VII	39
VIII	43
IX	47
X	49
XI	53
XII	57
XIII	61
XIV	65
XV	69
XVI	71
XVII	75
XVIII	79
XIX	83
XX	87
XXI	91
XXII	95
XXIII	99
XXIV	103
XXV	107
XXVI	111
XXVII	115
XXVIII	119

XXIX	123
XXX	126
XXXI	131
XXXII	135
XXXIII	139
XXXIV	143
XXXV	147
XXXVI	151
XXXVII	157
XXXVIII	161
XXXIX	167
XL	171
XLI	175
XLII	179
XLIII	185
XLIV	189
XLV	193
XLVI	197

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 30 de mayo de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristóbal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día pero del año 1870 en que naciera Fernando Brígido Criollo Ríos en Santa Bárbara del Zulia (murió en Maracaibo el 31 de mayo de 1944). Maestro de instrucción primaria (1891), periodista y autor de textos didácticos, destacado no sólo en la educación pública sino también en la privada; autor de varios textos que fueron de consulta obligada en los institutos educacionales de la región, los cuales tuvieron numerosas ediciones, razón por la cual no se localizan casi en las bibliotecas públicas y, por lo tanto, no se puede elaborar su fichaje bibliográfico adecuado. Tuvo su escuela privada en la calle Padilla (1892-1926), donde enseñó durante 34 años. Jurado examinador de los planteles públicos de Maracaibo (1927-1931) y presidente del Concejo Municipal de Valencia (1931-1941). Sub-director de la escuela primaria federal que existió en Cabimas en 1928, conocida con el nombre de El Trompillo, localizada entre el Candilito y las Tierritas, en el sector La Plaza, en donde hoy está la calle Principal (1942-1944). Se desempeñó como periodista y director de los periódicos *Excelsior* y *El Fonógrafo*, así como colaborador de otras publicaciones periódicas del Zulia; trabajó como ingeniero municipal y secretario del Concejo Municipal de Maracaibo. Contrajo matrimonio en Cabimas el 14 de abril de 1928 con Emelina Barrios y procrearon cinco (5) hijos, a Pedro Luis, Carmelo, Emelina, Rosa y Jesús Criollo Barrios. Desde 2002 una institución educativa en Maracaibo, lleva su nombre.